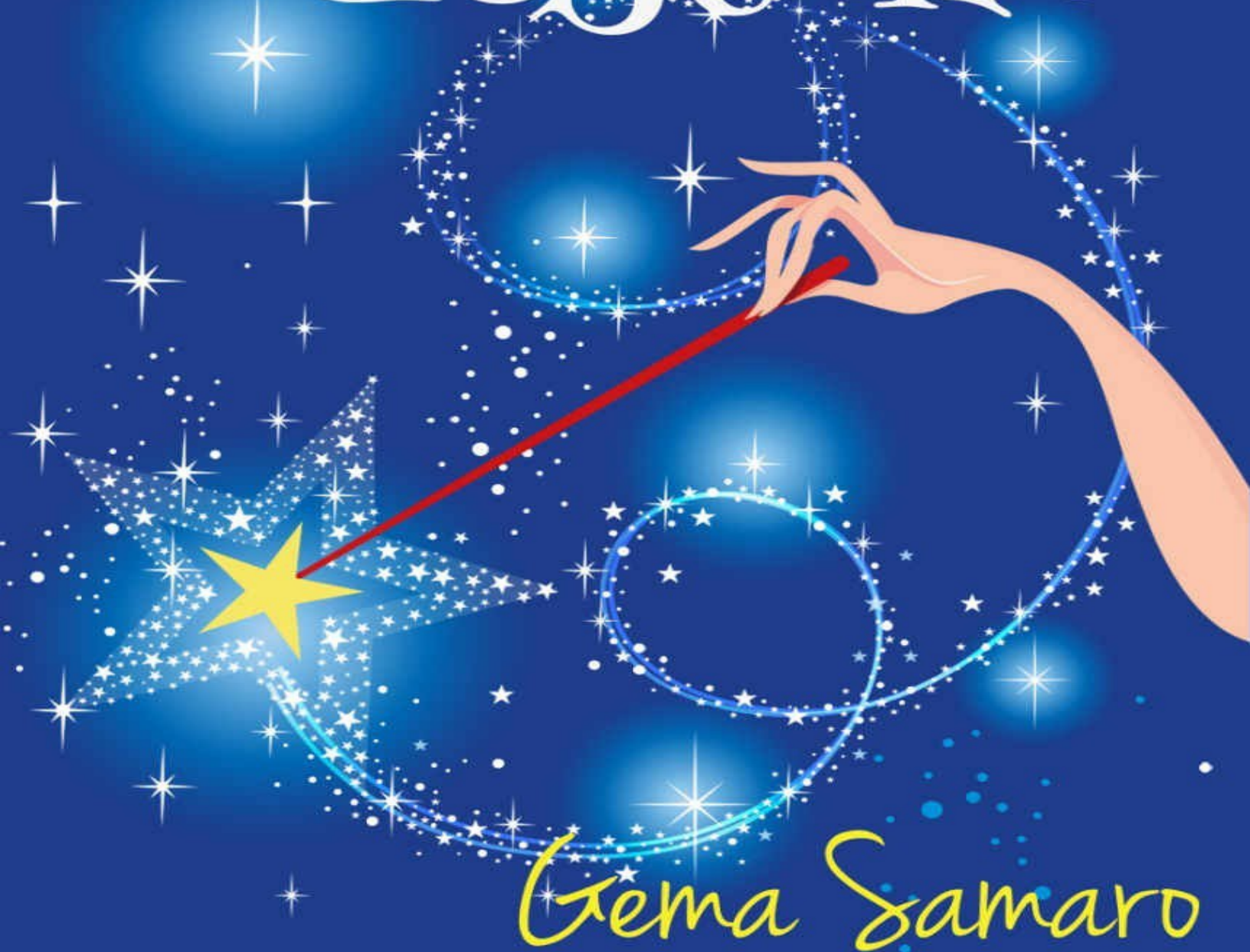


# Nuestro mágico destino



Gema Samaro

# **NUESTRO MÁGICO DESTINO**

**GEMA SAMARO**

©Gema Samaro, junio, 2020

©Todos los derechos reservados

Foto de portada: iStockby Getty Images [iStock.com/gurcanozkan](https://www.iStock.com/gurcanozkan)

Diseño de portada: AIRG

*Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso de la autora con la Ley de Derechos de Autor.*

*Los personajes que aparecen en la novela son inventados, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.*

# ÍNDICE

[SINOPSIS](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[EPÍLOGO](#)

## SINOPSIS

A Rubén le ha dejado Úrsula, su novia, y en su desesperación por recuperarla decide recurrir a Jana, la amiga de la que siempre estuvo enamorado en el instituto y que pasó de él.

Algo que entendió perfectamente, porque eran totalmente opuestos y aquello estaba destinado al fracaso.

Sin embargo, con Úrsula es diferente, Úrsula es perfecta para él, o eso cree, a pesar de que las cosas se hayan torcido últimamente. Unas cuantas cosillas que tienen enmienda, y para las que solo necesita el asesoramiento financiero y mágico de Jana.

A Jana siempre le gustó Rubén. Las cartas del tarot insistían en que era su pareja ideal. Si bien, ella prefirió hacer caso a su sentido común y huir de él por tener demasiados pájaros en la cabeza, por descentrado y por golfo.

Ella es todo lo contrario. Una bruja con los pies en la tierra, que desde que lo dejó con su último novio hace dos años no ha vuelto a enamorarse.

Y así es feliz.

Vamos, que ni loca tendría nada con Rubén. Puesto que, aunque parezca cambiado, se haya convertido en un empresario de éxito y siga siendo el tío más bueno que ha visto jamás, sabe que lo mejor que puede ocurrir con él es que salga de su vida.

Por eso, en cuanto se presenta en su despacho, no duda en ayudarlo a que vuelva con Úrsula y así perderle de vista para siempre.

O esa es su intención hasta que entre asesoramientos, hechizos, atracciones irremisibles y flechas que toman direcciones equivocadas, Jana empieza a confundirse más de la cuenta.

Y Rubén también...

La atracción es brutal, la pasión se desata y todo apunta a que lo suyo podría ser algo más que sexo.

¿Será culpa del destino? ¿Se puede luchar contra él? ¿Qué sucede cuando no quieres enamorarte de alguien y todo parece confabularse para que lo hagas?

## Capítulo 1

Rubén odiaba los centros comerciales, y más un viernes por la tarde, pero no le quedó más remedio que entrar en uno a toda prisa para comprar el regalo de cumpleaños de su sobrino.

Tenía el tiempo justo para subir a la tercera planta, comprar unas zapatillas deportivas y salir pitando hacia casa de su hermana.

Por eso, cuando nada más entrar le abordó un dependiente de un *stand* de alta cosmética masculina, con un tubo de crema en la mano y una sonrisa que no podía ser más falsa, le bufó:

—¡No quiero nada!

El dependiente —un tío de unos treinta años, mediana estatura, cara simpática y pelo amarillo —, forzó la sonrisa, le cortó el pasó con un solo movimiento de pies impecable, y replicó cantarín:

—Yo creo que sí. Seguro que le preocupa proteger su piel de los radicales libres, la luz azul y la contaminación.

Rubén le fulminó con la mirada, negó con la cabeza y farfulló:

—Me preocupan mucho más otras cosas. Y ahora, si me permite...

Rubén dio un paso al lado para zafarse del dependiente, pero este se tenía tan aprendidas las coreografías que de nuevo le bloqueó:

—Las muchas preocupaciones que tenemos hacen que aparezcan bolsas y ojeras que ahora podemos minimizar con un sencillo gesto cada noche. Precisamente, mi rostro luce así de fresco y de joven, y tengo 44 años, gracias a este contorno de ojos para hombre. Es un producto que sin duda funciona, si me permite: le ofrezco unas muestras...

Rubén pensó que ojalá ese potingue pudiera librarle de las ojeras que lucía hasta los pies desde que Úrsula se había ido.

Ya habían pasado cinco semanas, y aquello iba de mal en peor.

Lo que parecía que solo sería una crisis pasajera se estaba convirtiendo en una agonía y no tenía ni idea de cómo reconducir esa maldita situación.

Estaba desesperado. Y no entendía nada. ¿Cómo Úrsula, por esa tontería de la conversación de WhatsApp con Mayte, podía haber cogido sus cosas y marcharse sin más?

Como para no tener ojeras...

—Déjelo. Gracias. Lo mío no se quita con cremas —refunfuñó, a la vez que clavaba la mirada en ese dependiente que la verdad era que parecía tener diez años menos.

—Pruebe a quitarse unos cuantos años de encima y me cuenta. ¡Espéreme un momentito, por favor!

Rubén se quedó mirando al dependiente y justo cuando estaba a punto de mandarle bien lejos, se percató de que conocía a ese tío de algo. Esos ojos pequeños y vivarachos los había visto antes. Estaba seguro. ¿Pero dónde?

Y luego ese desparpajo, esa manera de moverse, esa forma de hablar tan rápida...

Era todo tan familiar...

Mientras hacía memoria, el dependiente abrió un cajón del *stand*, sacó unas cuantas muestras, se las tendió a Rubén con una sonrisa triunfante, y este exclamó con una sonrisa parecida:

—Aparentas diez años menos, ¡porque esa es la edad que tienes, cabrón!

El dependiente se quedó blanco, pestañeó muy deprisa y musitó nervioso:

—¿Cómo dice, caballero?

Rubén se partió de risa, le arrebató las muestras de un manotazo, se las guardó en el bolsillo de su chaqueta y respondió:

—Jajajajajaja. ¡No te había reconocido con ese tinte de color pollo que llevas! ¡Roque, tío, soy Rubén! ¡Rubén Navarro!

Rubén le tendió la mano, se dieron un fuerte apretón, luego se abrazaron en tanto que Roque le confesaba:

—¡Te has puesto como un armario! Mira que siempre has sido un cañonazo, pero es que ahora ¡estás como para ponerte un piso caro!

Y es que Rubén, con su 1.90 cm de estatura, moreno, pelo abundante, ojos oscuros, nariz recta, mentón marcado, sonrisa perfecta y cuerpo de escándalo podía anunciar perfumes o lo que diera la gana.

Sin embargo, él no se daba ninguna importancia, por eso se echó a reír y replicó a su amigo del instituto:

—¡Sigues tan exagerado como siempre!

Los dos amigos deshicieron el abrazo, Roque le miró de arriba abajo y exclamó alucinado, llevándose la mano a la frente:

—¡No te he reconocido! Como antes llevabas esos pelos largos...

—Me ha pasado lo mismo, me ha despistado tu pelo amarillo y lo de tu edad...

Roque se encogió de hombros y reconoció divertido:

—Las ventas, ya sabes. ¡Joder, qué alegría verte! Yo pensaba que estaba ligando con el tío más bueno que había visto en los últimos tiempos y resulta que eres tú.

—¿Ah, estabas ligando?

—Ligando y vendiendo. Yo no soy de separar trabajo y placer. Pero cuéntame ¿qué tal todo? Lo último que supimos de ti fue que ibas a estudiar Ingeniería Informática, y ya al dejar el instituto te perdimos la pista.

Llegados ese punto, a Rubén no le quedó más remedio que recordarle cómo había sido realmente la historia:

—Di mejor que tu hermana no volvió a cogerme el teléfono, ni a responderme a los correos, ni a los mensajes, ni a nada de nada.

Roque suspiró, y decidió decir toda la verdad, porque Rubén no se merecía otra cosa:

—Le gustabas. Le gustabas muchísimo, pero entre que querías montar tu propia empresa y ella tenía el trauma de los negocios fallidos de papá, y que te liaste con la mitad de su clase...

—Me enrollé después de que ella rompiera conmigo. Tenía mucho dolor dentro, estaba furioso. Pero tampoco estuve con la mitad de su clase...

—Con las justas para que terminara de convencerse de que eras un golfo, con un futuro por delante bastante incierto. Estoy convencido de que habría vuelto contigo si le hubieras dicho que tu sueño era trabajar en una multinacional u opositar a algún ministerio. Yo te habría asesorado en

su día, pero es que me hizo jurar que jamás te confesaría que rompió contigo estando enamorada de ti hasta las trancas y que siguió amándote después. Ahora te lo digo porque como han pasado tantos años...

Rubén arqueó una ceja y preguntó porque la verdad era que no daba crédito:

—¿No me estás vacilando? ¿Tu melliza siguió enamorada de mí después de cortar conmigo?

—Tan enamorada que se pasaba el día escribiendo tu nombre y besando la foto del anuario del instituto, que la tenía recortada y ampliada en tamaño folio.

Rubén se carcajeó, pues en la vida habría imaginado que Jana hubiera seguido sintiendo tanto por él después de dejarlo:

—¡Qué increíble! ¡Y yo convencido de que pasaba de mí!

Roque, con la mirada chispeante, inquirió tras llevarse el dedo índice a los labios:

—¿Tú no seguirás enamorado secretamente de ella?

Rubén pensó que demasiados problemas tenía encima como para seguir enamorado secretamente de Jana:

—No. Yo no... ¿Y ella de mí? —preguntó por preguntar, porque era obvio que era una estupidez de pregunta.

—Yo creo que se le acabó pasando, por lo menos hace un montón que no la pillo babeando tu foto. Y ya siguió con su camino. Pero le ha ido como el culo en el amor. El último novio resultó ser un *polifake* que no le dio más que disgustos...

Rubén sintió una extraña alegría al enterarse de que a Jana le había ido de pena en el amor. Y no entendía por qué si él no era un tío vengativo, el caso fue que preguntó y eso que tampoco era que fuera cotilla:

—¿Un tío que le dijo que era policía y que luego resultó que no lo era?

—Jojojoho. ¡Qué va! El tío era novio formal de mi hermana y al tiempo se hacía pasar por poliamoroso con el batallón de tías con las que salía también.

—¿Y tu hermana no sabía que estaba con un *politrucho*?

—No. Ni las otras que estaban con un tío que tenía novia formal. Fue un palo para Jana, que fijate si se quedaría escarmentada que desde entonces no ha vuelto a estar con nadie. Vive centrada en su trabajo, estudió ADE, se especializó en Gestión Patrimonial y Financiera y trabaja en una plataforma de inversión velando por los intereses económicos de sus clientes. Es por lo del trauma que tiene la pobre con los negocios ruinosos de papá, no quiere que nadie pase por eso.

Rubén se sabía de memoria el currículum de Jana ya que cada tanto solía visitar su perfil de LinkedIn. Y no visitaba más cosas porque no tenía más presencia en las redes sociales, que si no lo habría fisgoneado todo. Pero esa chica era tan discreta que su única presencia en Internet era ese perfil profesional con una foto en la que, a pesar de la pésima resolución, se la veía más guapa que nunca.

Y por supuesto que no la buscaba porque siguiera colgado de ella, tan solo era para saber que estaba bien.

Solo eso.

Y como era algo que no le importaba más que a él, se hizo de nuevas con el relato de Roque y musitó:

—Siento que lo pasarais tan mal.

—A ver, que mamá siempre trabajó como una mula para que no nos faltara de nada. Hemos



tenido una vida decente, sin lujos, pero bien. Los dos hemos podido estudiar, quiero decir que Jana ya sabes cómo es. Está obsesionada con la seguridad. Yo en cambio estudié Humanidades, trabajo vendiendo antiojeras, gano una mierda, sigo viviendo con mis padres en el barrio y soy feliz. ¿Y tú qué tal? ¿A qué te dedicas?

Rubén sin darse ninguna importancia respondió con la pura verdad:

—Al final terminé trabajando en una multinacional, que además es mía.

Roque alucinado, se quedó boquiabierto y luego exclamó:

—¡Te has montado toda una multinacional! Si es que tengo un ojo... Yo siempre le decía a Jana que te estaba subestimando, que tú no eras un paquete de tío, que podías ser un picaflor, pero que listo eras un rato listo. Yo sabía que estabas llamado a hacer grandes cosas. ¡Y encima estás como un queso!

—Me equivoqué de mellizo, contigo habría sido muy feliz —bromeó divertido.

—Nos lo habríamos pasado de p.m. Pero es lo que hay: ¡siempre fuiste tan *hetero*! ¿Y de qué es tu empresa?

—Empezó siendo una *spin-off* universitaria dedicada al desarrollo de tecnología sensorial inalámbrica para el monitoreo de parámetros ambientales y hoy es una multinacional especializada en el desarrollo del *hardware* para el Internet de las cosas: nos dedicamos a conectar el mundo físico con el digital, a través de redes de sensores inteligentes. Sus aplicaciones son incontables, la agricultura, la salud, la industria 4.0, la logística, las ciudades inteligentes, la gestión del agua... Esta semana hemos estado conectando sensores en bosques alemanes para crear una red de prevención de incendios.

Roque mirándole con una admiración absoluta, gritó llevándose la mano a la boca:

—¡Madre mía! Con razón tienes esas ojeras y no te lo digo para venderte la crema... ¡Es que se te ve agotadito de tanto trabajar!

Rubén negó con la cabeza y le confesó porque de repente se le pasó algo por la cabeza:

—Estoy así por una chica... Por mi novia, me ha dejado y no sé qué hacer para que vuelva. ¿Jana sigue siendo bruja o lo ha dejado?

Roque entornó la mirada y respondió convencido:

—Se es bruja o no se es. No se puede dejar.

Rubén le miró esperanzado, pues de esa manera podía matar dos pájaros de un tiro y siguió contando:

—Úrsula, mi novia, también es de las que necesita seguridad, quería que compráramos una casa en el campo, que tuviera una cartera de inversión... Lo típico. Pero yo estaba a lo mío y no le hacía ningún caso. Eso tuvo que quemarle bastante. Y luego, pasó una estupidez, un equívoco con una conversación de WhatsApp, que ella malinterpretó como que yo estaba tonteando con una amiga suya, y se piró de casa.

—Vaya. Me cuesta empatizar con lo primero porque nunca he tenido un novio forrado que se niegue a comprarme un *casoplón* en Ibiza. Es un drama de una liga en la que nunca he jugado. Pero en lo de los tonteos por WhatsApp... Uf. Algo sé. Pillé a un ex mandándole *fotopollas* a uno y sé lo que se siente —aseguró Roque, llevándose la mano al pecho.

—Lo mío no fue una foto de esas... Lo mío fue que esta tía me escribió, y como es una plasta, y yo estaba a mis cosas, ni me molesté en leer lo que ponía. Respondía a todo, sí, sí, ajá, ajá... Y ella se fue con los pantallazos a Úrsula. Pantallazos en los que en esencia yo le decía que sí a

tomar una copa y lo que surgiera. Pero te juro que yo respondí en piloto automático, es que no quería nada con ella...

Roque resopló y le recordó por si acaso aún no lo sabía:

—Los wasaps los carga el diablo, hay que fijarse muy bien en lo que se pone.

—He aprendido la lección con sangre. Y estoy dispuesto a todo para que Úrsula vuelva: darle seguridad, invertir en lo que sea, recurrir a la magia... Y no te lo vas a creer, pero anoche en mi desesperación le pedí a mi abuelo Rogelio que en paz descansa que me iluminara, y obviamente tú eres la respuesta. Más que tú, Jana. Ella es perfecta para asesorarme con las inversiones y con los hechizos. ¿Crees que querrá ayudarme? Dame su teléfono y te compro todas las cremas del *stand*...

## Capítulo 2

En cuanto Roque salió del trabajo, lo primero que hizo fue llamar a su hermana, mientras se dirigía caminando hasta la boca del metro:

—¡Hola, Jana! Te llamo para comunicarte que tu generoso acto de acto del mes pasado, de prestarme trescientos pavos para que me pudiera ir de fin de semana a Ámsterdam con Alfi, ya tiene una maravillosa consecuencia. ¡Tu buena acción regresa en forma de cita con Rubén Navarro!

Jana, que estaba tumbada en el sofá viendo una serie, se incorporó de un respingo y le preguntó a su hermano mellizo nerviosa:

—¿Rubén Navarro, mi Rubén Navarro?

—Claro. ¡Oy, chica! ¡Tienes que verlo! Se ha cortado la melena salvaje, ya no parece Tarzán, pero está más bueno que nunca. Se le ha puesto un cuerpazo de empotrador que te vas a correr en cuanto le veas. ¡Y qué cara, qué ojos, qué boca, qué manos para que te lo agarre todo! Me faltó tiempo para entrarle con la excusa de las cremas y fue él quien me reconoció después de que le soltara que tengo 44 años...

Jana se revolvió en el asiento, y bufó bastante ansiosa:

—¡Madre mía! ¡Qué vergüenza!

—Sabe que es *marketing*. Es un hombre de negocios. Qué digo negocios... ¡Multinacionales! Tiene una multinacional que se dedica al Internet de las cosas. El tío está poniendo sensores inteligentes en todas partes: ríos, volcanes, árboles... Me pasó una tarjeta, le he estado cotilleando y ¡vaya ojo que tuviste más nefasto, guapa! Está forrado y lo ha dejado con su novia. Así que tienes que ayudarlo... —le dijo Roque entusiasmado.

—¿Ayudarlo a qué? —inquirió Jana, temiéndose lo peor.

—Le conté a lo que te dedicabas profesionalmente y luego me preguntó que si seguías siendo bruja. Yo ya le dije que de eso nunca se da uno de baja. Y nada, necesita que le asesores con unas inversiones y que le hagas unos hechizos. Me contó que la exnovia es de tu tipo, que buscaba seguridad en forma de *casoplón* en el campo y una buena cartera de inversión y él pasó de darle el capricho. Luego, le pilló tonteando con una amiga y la tía se fue de casa... El pobre está desesperado, tiene unas ojeras hasta los pies. Por lo que tienes que ayudarlo, y todos salimos ganando: tú tienes un cliente nuevo, él recupera a la novia y yo le he colocado cincuenta cremas.

Jana se levantó, se acercó a la ventana y replicó nerviosa al tiempo que dejaba la vista perdida en el bullicio de la calle de un viernes por la noche en Malasaña.

—No me apetece nada volver a ver a Rubén.

Era mentira. De hecho, le había buscado en Internet un montón de veces, sabía lo de su empresa y lo buenísimo que estaba. Estaba harta de ver las entrevistas y los *webinars* que tenía colgados en YouTube. Era su placer culpable que no pensaba compartir con nadie. Y menos con el cotilla de su mellizo.

—Tienes que verlo. Hazme caso. ¿Tú sabes cómo le quedaba el traje? Un traje bueno, carísimo...

—Ya ves tú lo que me importa —disimuló, porque sabía perfectamente de lo que estaba hablando. Los trajes le quedaban que era una cosa escandalosa...

—Tiene que importarte porque te interesa como cliente, porque a lo mejor lo de la novia no tiene arreglo y a ti siempre te gustó.

—Me gustó, pero siempre tuve clarísimo que no tendría nada con él. Y mira si tenía razón, sigue siendo un mujeriego... —replicó Jana a la defensiva.

—Él niega los cargos. Dice que se puso a responder a la amiga al tuntún, sin leer lo que le ponía y resulta que le estaba diciendo que sí a tomar una copa y a lo que viniera después... La novia se cabreó muchísimo y se ha ido de casa.

Jana sonrió satisfecha de la decisión tomada en su día y, aliviada de no haber tenido que cargar con infinitos cuernos, repuso:

—Normal. ¿Pero quién va a creerse ese rollo?

—Ah, pues yo sí que le creo. Parecía sincero. Además, me ha confesado que en el instituto se enrolló con todas esas porque estaba muy dolido y furioso. Y ya como estábamos con las confidencias no me ha quedado más remedio que contarle que después de romper con él, seguiste colgada, y que te pasabas los días babeando su foto. El pobre ha alucinado porque...

Jana con un cabreo monumental, pues su hermano no podía ser más traidor, le interrumpió para reprocharle:

—Que le has dicho ¿qué? ¡Cómo puedes hacerme esto! ¡Me juraste que jamás se lo contarías a nadie! ¡Y vas y se lo sueltas a él! ¡Si es que no se puede confiar en ti!

Roque, mosqueado con el dramatismo excesivo de su hermana, preguntó:

—Han pasado quince años... ¿Qué más te da que sepa que le dejaste gustándote más que comer con los dedos y que por mucho que te esforzabas no podías olvidarle? ¿O es que te sigue gustando?

—¡Sí, claro! Sigo soñando cada noche con el chico que me gustaba en el instituto. ¿Pero tú estás majara o qué?

Roque se paró y, bajando el tono de voz para no dar envidia a la señora que en ese momento pasaba a su lado, le confesó:

—Pues yo te digo que este tío está para soñar con él, pero cosas muy guarras y bien sucias.

—¡No tengo mejor cosa que hacer! Ya ves tú —murmuró mintiendo como una bellaca, porque el caso es que había tenido sueños de esa índole alguna que otra vez.

Sueños que se habían hecho mucho más recurrentes en los dos últimos años de abstinencia.

No fallaba.

Cada vez que le cotilleaba algún video de YouTube tenía algún sueño de alto voltaje.

Pero vamos... Que no tenía importancia ninguna. Soñaba con él, como podía soñar con cualquier otro...

—A mí me ha hecho ilusión verle otra vez...

—Lo que te ha hecho ilusión es que te compre cincuenta cremas.

—Es un gran negociador. Me ha pedido tu número, a cambio de todas las cremas del *stand*. Y no he podido resistirme a su oferta...

—¡Dios! ¡Sois tal para cual!

—Sí, ha reconocido que se enamoró del mellizo equivocado. Y yo también he lamentado que sea tan asquerosamente *hetero*.

Jana al escuchar la palabra “enamoró” sintió algo extraño por el cuerpo... Pero qué más daba... Era un golfo y siempre lo sería.

—Pues no voy a responderle...

—¡No te pongas celosa, anda! Si cuando le he confesado que te pasabas el día escribiendo su nombre en todas partes, se le han puesto los ojos chisporroteantes.

Jana sabía que eso solo podía ser por una razón:

—De pura vanidad.

—¡Qué va! Si no puede ser más humilde. Yo creo que hay algo ahí que, si hurgarais un poco, y removierais esas energías que no pudieron desatarse en su día, acabaríais foll...

—Acabaríamos de ninguna manera, porque no hay nada que remover —le interrumpió Jana convencida, mientras una pareja se comía a besos frente a su ventana.

Roque se echó a andar de nuevo hacia el metro y le pidió:

—Ayúdame, por caridad. Te interesa como cliente y no te cuesta nada echarle las cartas para saber qué le deparará el futuro con la novia.

—¿Qué futuro le va a deparar? Esa chica sería idiota si volviera a confiar en él... ¡Ay, Dios! No, ¡no puede ser!

Jana se quedó callada y Roque preguntó expectante:

—¿Qué pasa?

—Me acaba de entrar un wasap de Rubén...

—Mucho ha tardado. ¿Qué te dice?

Jana, con la vista puesta en la pareja que seguía besándose y muerta de los nervios, balbuceó:

—Creo que lo mejor es que lo bloquee.

Sobre todo, porque le acababa de entrar la estúpida curiosidad de saber cómo sería besar a Rubén otra vez. Y eso no era prudente, ni sensato, ni profesional, ni nada de nada...

—Uy, ¡tú reaccionas de esa forma tan histérica porque te gusta! —dedujo Roque.

—¿Histérica yo? Al contrario, estoy actuando desde la razón y la lógica...

—Sí fuera así, le citarías en tu despacho para ofrecerle una maravillosa estrategia de inversión y de recuperación de la novia perdida. Eso es lo que haría una buena analista financiera y una buena bruja. Y no esconder la cabeza como un avestruz.

Jana se dio la vuelta para dejar de observar a los que se comían a besos en tanto que pensaba que su hermano tenía razón.

Eso era lo que estaba haciendo...

Y ella no era una cobarde. Aparte que ¿qué tenía que temer? En su día ya había demostrado que sabía mantener a raya la atracción que sentía por Rubén, tenía clarísimo que jamás iba a tener nada con él y desde luego que no estaban los tiempos como para ir rechazando a un cliente dispuesto a hacer una inversión importante.

Así que regresó al sofá, se sentó y no le quedó otra que claudicar:

—Está bien.

Roque que acababa de llegar a la boca del metro soltó una carcajada y le aseguró:

—¡No te vas a arrepentir!

—No sé yo, pero bueno...

—Anda, si seguro que ya estás dándole vueltas a qué te vas a poner para el reencuentro. Si te conoceré...

—Te equivocas.

Era mentira, ya que en ese justo instante acababa de hacer un repaso mental a su armario y acababa de concluir que tenía que comprarse algo nuevo con carácter de urgencia.

Algo que transmitiera que su vida era maravillosa, genial, trepidante, única.

Y mientras ella estaba en esas, Roque se partía de risa...

—Jojojohojo. Y depilada por lo que pueda pasar.

Al contrario, pensó Jana: ¡con los pelos puestos para evitar tentaciones!

—¡Déjame en paz, que me lías cada una! —rezongó, pero ya picándole con ganas la curiosidad por el reencuentro.

—Calla y dame las gracias. Que lo único que he hecho es introducir un poco de emoción y fantasía en tu vida.

—No las necesito, gracias. Estoy muy bien, así como estoy.

Estaba tranquila, estaba a gusto y no pedía más... Pero a Roque su vida le parecía tan apasionante que replicó irónico:

—Estás genial. Un viernes más, tirada en el sofá muerta de asco. He quedado en el Baila Cariño a las once, ¿por qué no te vienes?

—Tengo que acabar una serie...

—¡Jo, qué planazo! Mejor responde a Rubén, que a lo mejor la cosa se pone interesante y acabáis practicando *sexting*. Te advierto que está en ese típico momento de confusión en el que puede acabar tirando hacia cualquier parte.

—Que tire para su novia y a mí que me deje tranquila.

—Pero ¿no dices que no tiene futuro con ella?

—Lo que digo es que lo más lógico es que ella salga por piernas. No obstante, si lo que Rubén desea es volver con ella, yo voy a ayudarle en todo lo que esté en mi mano para que lo hagan.

—¡Qué altruista y generosa! ¿Por qué será que no te creo? En cuanto lo veas te van a entrar tales ganas de follártelo que...

—¡Qué pesadito, hijo! No todos estamos tan salidos como tú.

—Es que no hay nada peor que una atracción inconclusa. El gusanillo va a estar ahí dándote por saco hasta que te lo tires.

—Si no caí con 17, imagina ahora con 34...

—Pues imagino que, con 34 y dos años de abstinencia como tú llevas, vas a caer con todo el equipo...

## Capítulo 3

Tras despedirse de Roque, Jana decidió que lo mejor era responder cuanto antes a Rubén con un mensaje correcto y muy profesional.

Tan profesional que tras intercambiar las típicas frases de cortesía, sobre qué tal les iba, cuánto tiempo sin verse y demás, se pasaron como dos horas hablando acerca de temas tan excitantes, y sobre todo para un viernes por la noche, como estrategias de inversión, planificación financiera, patrimonio inmobiliario, gestión de activos, o servicios y productos financieros.

Y todo a base de wasap va, wasap viene... A palo seco, sin emoticones, ni frases de doble sentido, ni nada de nada.

Un aburrimiento padre.

Y no era que Jana deseara que se hubiera puesto a tontear con ella, no, para nada...

Eso Rubén lo debía dejar para las amigas de Úrsula, pero sí una cosa menos fría que esa conversación tan desabrida que ella no estaba acostumbrada a tener ni tan siquiera con los clientes nuevos.

Habían sido tan amigos que le resultaba extraño estar hablando con alguien que era más gélido que un *chatbot* de inteligencia artificial.

Aunque bien pensado, y dado que ella lo tenía todo clarísimo, tal vez eso era lo mejor que les podía pasar para que las cosas siguieran tal cual.

El caso fue que al final de la conversación, Jana le propuso que se pasara el lunes por su despacho al mediodía para que le presentara un plan financiero que se ajustara a las necesidades y objetivos que acababa de exponerle y él aceptó encantado.

De la novia y los hechizos no habló para nada, si bien Jana se negaba a analizarlo que para eso tenía a su amiga Greta:

—No ha mencionado a la novia porque al volver a contactar contigo se ha dado cuenta de demasiadas cosas. Siempre estuvo loco por ti —concluyó Greta después de que Jana le hubiera contado todo lo que había pasado.

Eran las once de la mañana del sábado, y estaban en el Zara de Serrano, buscando un modelito para la cita del lunes, mientras Jana pensaba que ya era mala suerte que la minifalda hubiera vuelto con tanta fuerza.

—Eso fue hace miles de años. No te paso la conversación que mantuvimos, para que no mueras de sopor. Pero no pudo resultar más insulsa ni más seca. Y por supuesto que no pienso plantarme en el despacho con una minifalda como esta, con este blancor piernas que presento... —se lamentó descartando una minifalda de cuadritos.

—Ponte medias.

—El lunes va a hacer treinta grados.

—Vámonos al Retiro a que te dé el sol en las piernas.

—Necesito al menos quince días para que adquieran el tono propio de una vida apasionante,

repleta de viajes y de experiencias increíbles.

—¡Qué tontería! Se puede llevar una vida apasionante sin que te dé un rayo de sol. Una vida de vampira folladora...

—Quita, quita... Vamos, mejor al fondo que he visto que hay vestidos de corte *midi* que encajan mejor con la imagen que quiero proyectar.

En tanto que se dirigían a esa parte de la tienda, Greta cogió al vuelo un minivestido de lunares y le confesó a su amiga:

—Samuel me ha invitado a cenar esta noche en El Paraguas. Este vestido es perfecto para la ocasión. Me pillo la XL y listo. No necesito ni probarme.

Greta era rubia, llevaba el pelo corto degradado, medía 1.80 cm, tenía curvas por todas partes y eran amigas desde el instituto.

—Parece que va bien lo tuyo con ese chico...

Greta suspiró, pestañó deprisa y reconoció con una sonrisita de lo más boba:

—Demasiado bien. Cuando estamos juntos es como si el mundo desapareciera.

—Y ya van dos cines, dos musicales, un concierto, tres cenas...

—Y un teatro. Y aquí sigo: sin catarlo. Estoy deseando tirármelo desde la primera cita, ya sabes lo ansiosa que soy. Pero de momento seguimos con los besos, ¡y qué besos!, tan románticos... ¿Y sabes qué?

Jana negó con la cabeza y, deseando que a su amiga le fuera bien, preguntó:

—¿Qué?

—Que le estoy encontrando el gusto a esto de ir despacio. Creo que siempre la cago por mis malditas prisas, pero esta vez es distinto. Samuel me da paz. Y se está esforzando mucho en que las cosas salgan bien. No es de esos pelmas que se pasan el día hablando de su trabajo, ni de los problemas con su familia, ni de lo mal que está el mundo.

Cuando ya estaban frente al perchero del fondo, a Jana no le quedó más remedio que preguntar:

—¿Ya sabes dónde vive o dónde trabaja?

Greta contrarió el gesto, porque sabía perfectamente por dónde iba su amiga:

—Sé que quieres protegerme, pero Samuel no tiene nada que ver con tu Víctor.

—Ya no es nada mío, perdona. Víctor sin más.

—Pues eso, que Samuel no tiene nada que ver con él. No tiene una doble vida ni nada parecido. Estamos conociéndonos, apenas llevamos unas semanas saliendo y conozco lo esencial. Sé que vive en Pozuelo, que trabaja en una empresa de prevención de riesgos laborales y que cuando estamos juntos, solo somos él y yo. Nada más. Y se crea una atmósfera de tal complicidad que hasta me estoy asustando... Porque esto parece que va muy en serio. Y él me gusta mogollón...

—Me parece genial. Me alegro mucho por ti. Y solo deseo que seas feliz...

—Y yo entiendo que te pases la vida con la mosca detrás de la oreja después de lo que te pasó con Víctor. Pero de verdad que Samuel no es así...

Jana se puso a mover perchas buscando el vestido perfecto a la vez que le recordaba a su amiga:

—Víctor parecía ser el chico perfecto y mira con lo que salió... Estaba conmigo y con las otras. Lo tenía tan bien montado que si aquella no llega a pillarle el otro teléfono móvil, todavía seguiríamos viviendo en esa mentira.

—¡Menudo cabrón! Pero Samuel no es así. No conozco a sus amigos, ni sé exactamente dónde



vive o trabaja porque estamos empezando. Pero en cuestión de días lo sabré todo... No para de decirme que está loco por presentarme a su gato Cas. Así que tú tranquila, que está todo bien. Quién me lo iba a decir, con lo mal que me cayó el día que le conocí en la tienda aquella. Me pareció tan pijo, tan borde y tan estirado. Lo que son las apariencias ¡y ahora me tiene loca!

—¡Qué bueno! —exclamó Jana, al tiempo que descolgaba del perchero un vestido con volumen, a la rodilla, de color fucsia y manga abullonada—. Y de verdad que no quiero amargarte la fiesta. Solo es que nunca está de más ser precavida...

—Y lo soy.

—¿Te gusta? —preguntó Jana a su amiga, convencida de que había encontrado el vestido perfecto.

Greta un tanto horrorizada, respondió tras encogerse de hombros:

—Si lo que buscas es asustarle es perfecto. El vestido es un poco como el de las hermanas de *El resplandor*.

—Pues debe ser la última moda, porque mira todos los que hay de este estilo. Y con las botas Dr. Martens creo que voy a conseguir el estilismo perfecto para parecer una tía moderna, creativa, divertida, arriesgada, rompedora, desafiante... Yo lo veo. Me lo voy a llevar.

—Yo no lo veo mucho. Además, no te hace falta ningún pingo para parecer algo que ya eres. Quiero decir que tú eres así...

—El bocazas de Roque le confesó que yo estaba enamoradísima de él en el instituto y no quiero que se piense que aún me gusta.

—Ah, o sea que quieres espantarle.

—No, él pasa de mí. La grabación de un surtidor de gasolina es un derroche de pasión al lado de los mensajes que me ha dejado. Lo que quiero transmitirle es la idea de que no me arrepiento de la decisión que tomé en su día de dejarle y que me va genial, que estoy feliz...

—Feliz y con el gusto en el culo para elegir vestidos. Pero no se puede ser perfecta... —bromeó Greta.

—Ya te mandaré una foto. Y verás...

—No, si igual te ve de esa guisa de poseída por el mal y le pone muchísimo.

—Yo le voy a ofrecer un buen plan financiero, que es lo que me ha pedido, supongo por lo que me contó el traidor de mi hermano que con la intención de recuperar a la novia. Y ya está... Si decide contratar nuestros servicios, solo me encargaría de encontrarle el *casoplón* y después la cartera de inversión la llevaría el equipo de gestores. No tendría que verle más...

Y tras decir esto, las dos se dirigieron a la caja a la vez que Greta le recordaba:

—¡Menudo zasca te ha dado la realidad! Tú que te burlabas de los pájaros que tenía Rubén en la cabeza y ahora míralo, comprando *casoplones* para contentar a una novia...

—Tú fíjate lo culpable que se sentirá. La de cuernos que tendrá la pobre...

—¿Le has preguntado al tarot? ¿Qué te sale?

—¿Para qué? Habrá tenido suerte en los negocios y me alegro muchísimo, pero en lo otro sigue igual: es un mujeriego sin remedio.

Greta la miró negando con la cabeza y le advirtió:

—A ver si en esto vas a estar también equivocada y vas a tener que comerte tus palabras.

—Imposible, te digo yo que no... A Roque le ha contado que la novia se ha marchado por un malentendido, pero quién se va a creer esa trola. Este se puso a tontear con la amiga de la novia y

le han pillado. Los tíos así nunca cambian.

—Pero a ti nunca te engañó, tú le diste calabazas y él se buscó la vida.

—¡Y tanto que se la buscó! Y eso que decía que estaba muy enamorado de mí.

—Es que lo tuyo fue muy fuerte, ni comías ni dejabas comer —le recordó Greta cuando ya estaban a punto de que les tocara su turno en la caja.

—¿Cómo que no? Le dejé tanto que no volví a cogerle el teléfono...

—Y todavía te extrañas de que haya estado borde contigo...

—Él ha sido el que ha querido contactar conmigo. Yo no he ido a buscarlo...

—Fíjate que me creo que lo de la novia ha sido un malentendido, en las cartas te va a salir que es fiel como un perro y ahora a ver qué haces...

Jana negó con rotunda con la cabeza y replicó convencida:

—No insistas que entre Rubén y yo jamás pasará nada. Pero nada de nada. Lo sé.

—Te recuerdo que las cartas te decían que era el hombre de tu vida.

—Ya, pero yo decidí tomar otro camino. Rubén es muy diferente a mí, ni encajamos ni tampoco podría darme lo que necesito...

—Chica, pero ¿cuántas mansiones necesitas para ser feliz?

—Hablo en serio. Yo le ayudaré en lo que pueda y después, adiós.

—Jojojohojo. ¡Adiós y vuelve corriendo mañana a echarme otro polvo como este!

—Calla, anda, calla: que yo ya ni sé lo que es eso...

## Capítulo 4

El lunes, a las doce en punto de la mañana, Rubén se presentó en el despacho de Jana y ella por poco no se derramó encima el café que tenía en la mano.

Era patético, pero estaba tan ansiosa que en cuanto le vio le entró un tembleque total.

—¡Hola! —masculló él, con una sonrisa de bobo increíble, levantando una mano y haciéndole, de los nervios que tenía, el saludo vulcano.

Y es que Jana estaba como un millón de veces más guapa que en la foto del LinkedIn, con sus ojazos verdes, su melena castaña recta, el flequillo loco que seguro que seguía recortándose a tijeretazo limpio, la boca que tuvo la suerte de besar...

Estaba radiante, en su despacho elegante y sobrio de la Castellana, en la que destacaban los sofás de cuero, la mesa de cristal y unas estanterías blancas llenas de libros.

Todos los detalles estaban cuidados al máximo para transmitir rigor, seriedad y profesionalidad. No obstante, lo mejor del despacho sin duda era ella...

Llevaba un vestido fucsia, ligero, primaveral, fresco, dulce, encantador que contrastaba con la fuerza y la rotundidad de unas botas negras.

El contraste era tan espectacular que estuvo a punto de exclamar: “Guau”, pero en su lugar se puso duro como no tenía que haberse puesto, porque él estaba allí para recuperar a Úrsula.

Pero no pasaba nada.

Era normal que ante la presencia de esa diosa, con esa cara tan preciosa y ese cuerpo con el que había fantaseado tantísimas cosas, y ninguna buena, tuviera esa reacción.

Era Jana.

La única chica que le había vuelto loco de remate...

Y que ahora pasados los años, le estaba mirando de una forma muy rara, como si fuera un fantasma, o un tal vez un bicho asqueroso.

No sabría decir bien.

Aunque, la realidad era que Jana, en cuanto le vio, se arrepintió de haber aceptado esa cita.

Porque no podía ser...

Lo reconocía.

Ese tío le gustaba demasiado.

No le convenía. Lo sabía. Lo suyo no podía ser. Pero estaba tan bueno, le sentaba tan bien el maldito traje, tenía tal cuerpo de empotrador, esa mirada salvaje, esa boca que era un delito y un castigo, que era horrible.

¿Pues no le estaban entrando ganas de saltar a sus brazos y besarlo?

Pero no besarlo en plan amigo con dos besos en las mejillas, no.

Besarlo con lengua hasta dejarlo seco.

Lo que hacía la abstinencia....

Muy agobiada, le pidió que tomara asiento y ella hizo lo mismo tras apurar el café.

Y es que ya no había marcha atrás, le tenía metido en su despacho y con el informe sobre el plan de inversión recién impreso encima de la mesa.

Y ella era una chica muy profesional, muy seria, muy centrada y muy autocontrolada y podía gestionar perfectamente una situación como esa.

O por lo menos, eso era lo que no paraba de repetirse mientras Rubén no le quitaba la mirada de encima. Y luego por fin habló:

—Muchas gracias por ayudarme, Jana. Estoy desesperado. No te he hablado de Úrsula por WhatsApp porque después de lo que me pasó le he cogido miedo al invento. Pero tienes que ayudarme a recuperarla.

Jana se fijó en que tenía unas ojeras tremendas, que no le hacían perder ni un ápice de atractivo.

Dios, ¡estaba demasiado bueno!

Por qué a ella.

Y mira que estaba harta de verlo en YouTube, pero es que en directo ese hombre era una pura bomba sexual.

Para Jana era imposible mirarlo y que no se le pasaran por la cabeza pensamientos de lo más indecorosos.

Él siempre tuvo ese poder sobre ella, si bien también era verdad que siempre supo mantenerlo a raya.

No tenía que olvidarlo.

Y ahora no iba a ser diferente...

A pesar de que ella habría jurado que le estaba mirando con un punto de deseo en la mirada.

Pero bueno, qué importaba...

Si los dos tenían igual de claro que no iba a pasar nada.

Él estaba allí por Úrsula y ella para ayudarlo y perderlo de vista para siempre.

—Sí, claro, te ayudo en lo que haga falta. Aquí tienes el plan financiero que se ajusta a la perfección a tus necesidades...

Jana le tendió el informe, y él al cogerlo le rozó levemente un dedo.

Y en qué hora.

¡Dios santo!, un dedo.

Y se había puesto más duro todavía.

Aturdido y nervioso, se puso a ojear el informe en el que Jana hasta le había sugerido como inversión en patrimonio la compra de un antiguo molino en un pueblo de Guadalajara.

—Madre mía, ¡ya tienes fichada hasta la casa de campo! Tú siempre tan resolutiva y eficiente.

Y *sexy*, porque hasta con ese vestido que parecía el típico para esconder una subida de peso de ocho kilos, la tía estaba impresionante.

Pero claro eso se lo calló, para no hacer honor a su leyenda.

Jana por su parte sonrió al escuchar esos adjetivos tan asépticos y siguió bordando su papel de asesora financiera:

—Es un antiguo molino, restaurado, en una finca de 15 hectáreas a hora y media de Madrid. Tiene una casa principal de 400 metros, de techos altos y muros gruesos, distribuida en dos plantas, con cinco dormitorios, cinco cuartos de baños, salón con chimenea, buhardilla, jardín, piscina y casa de invitados... Es un sueño y lo mejor es el precio, ahora tiene una segunda rebaja y es una auténtica oportunidad.

Rubén se puso a ojear las fotos del molino que había adjuntado y se quedó alucinado porque era una maravilla. El sueño de Úrsula y de cualquiera... Sobre todo, el pedazo de dormitorio decorado en estilo toscano con vistas al río, en el que absurdamente se imaginó metido en la cama con Jana al lado.

Otra mala jugada del deseo, pero solo era eso...

No había que darle más importancia, porque si él estaba ahí era por una sola razón que le confesó a Jana:

—Lo he hecho rematadamente mal con Úrsula, imagino que Roque te habrá contado Ya sabemos cómo es. A poco que le aprietes...

—Y sin que lo hagas. ¡Lo casca todo!

—Pues eso. Llevo tres años con Úrsula, ella desde hacía un tiempo me estaba pidiendo que compráramos algo en el campo. Tengo un piso en el paseo de la Habana, ya sé que tú estabas convencida de que acabaría debajo del puente de Ventas, pero no... Soy un chico con pisazo —dijo Rubén con retranca.

—Te recuerdo que en aquella época eras un *friki* que se pasaba el día creando algoritmos para cosas de lo más delirantes y encima decías que ibas a vivir de eso.

—Y vivo, me gano la vida desarrollando algoritmos para el Internet de las cosas. Mis delirios de *friki* me han llevado a diseñar sensores que han viajado hasta el espacio para medir tormentas solares —explicó a modo informativo, sin que para nada hubiera ni el más mínimo deje de soberbia o un afán revanchista.

—Y no sabes cuánto me alegro... —Y Rubén sabía que se alegraba de verdad. No tenía más que mirarla a sus maravillosos ojazos verdes para saberlo.

—Lo sé. Como también entiendo que no creyeras para nada en mí. Era un flipado con demasiados sueños. Pero he tenido suerte...

Jana sonrió porque le faltaba añadir algo a la lista que explicaba su éxito, lo más importante:

—Y talento por un tubo.

Rubén al verla sonreír, sintió una cosa en el estómago que achacó a la nostalgia, porque cuánto había adorado esa sonrisa divina...

Pero bueno, ahora estaba en otra por eso volvió a lo que le había llevado hasta el despacho de Jana:

—Tampoco te pases... Pero te agradezco el cumplido. El caso es que me compré ese piso espacioso, cómodo y para mí perfecto, pero Úrsula siempre ha soñado con algo muy parecido a lo que me has mostrado. Sus padres tienen una finca en Toledo y ella se ha criado allí, entre caballos, gallinas y no sé qué más. En fin, que su idea es tener un lugar parecido donde soltar a los niños y a los perros que se supone que vamos a tener. No obstante, cada vez que me lo planteaba yo solía hacerme el remolón, así como tampoco abría los enlaces de las casas de campo que me enviaba para que les echara un vistazo. Y es que yo prefiero invertirlo todo en mi empresa... Sin embargo, a Úrsula eso le agobia, no le da seguridad; por lo que tampoco ha dejado de pedirme desde que empezamos a salir que me hiciera con una cartera de inversión tan potente como la de su papá. Y yo ni caso... Yo a lo mío y ella cada día más quemada, hasta que hace cinco semanas terminé de pifiarla del todo, cuando me puse a intercambiar mensajes con una amiga suya en modo piloto automático y resulta que quedé con ella para tomar una copa y lo que viniera después sin darme cuenta.

Jana no pudo evitar echarse a reír ya que, aunque conocía la historia, escuchada de sus labios sonaba de lo más graciosa:

—Jajajajajaja. Eres la primera persona que conozco que queda con alguien sin darse cuenta.

Rubén la miró muy serio, se encogió de hombros y aseguró:

—Sé que suena ridículo. Pero así fue... Es una tía muy pesada, yo estaba liado con un proyecto de monitorización de un volcán, y las notificaciones del WhatsApp me estaban taladrando la cabeza. Así que sin leer, respondí sí, ajá, sí, ajá... Tres horas después, Úrsula estaba haciendo la maleta, bañada en lágrimas y gritándome que era un cerdo. Luego me pasó los pantallazos de la conversación y casi me dio algo. Porque es que la cabrona de la amiga, me llegó a preguntar que si quería que llevara algo muy escotado a la supuesta cita, y yo respondí que sí, y ya venida totalmente arriba, me llegó a preguntar que si deseaba romperle la ropa interior con los dientes y comérselo todo, y yo respondí ajá, aja, perfecto...

Jana que estaba muerta de risa, negó con la cabeza, porque aquello es que no podía ser cierto:

—Jojojohojo. ¡No puede ser!

—Ya sé que piensas que soy un golfo, pero te juro que, ni aunque fuera la última mujer de la tierra, jamás tendría nada con Mayte Antúnez, la amiga de Úrsula... Es que no me pone nada, nada de nada... Y es tan pesada, que cada vez que llama a Úrsula se pasan horas al teléfono... Por no hablar de sus infinitos dramas. Úrsula cada dos por tres tenía que salir corriendo a consolarla porque siempre le sobrevenía alguna desgracia: una traición de un amigo, una humillación de un jefe, una decepción con una prima, una cocina inundada, un herpes repentino, unas llaves perdidas por enésima vez... Ahora están viviendo juntas... Por lo menos la buena de Úrsula se está ahorrando los paseos a horas intempestivas a su casa.

Jana seguía partida de la risa y convencida de que todo lo sucedido solo tenía una explicación:

—Te tendió una trampa y caíste...

—Eso es lo que dice Mayte, que me tendió una trampa porque se olía que soy un golfo. Sin embargo, te juro que ni quería ligar con esa petarda, ni con nadie. Jamás he engañado a Úrsula. Y estoy destrozado. No sé qué hacer para que me crea. Y ya han pasado cinco semanas... No me coge el teléfono, no responde a mis *mails*, no quiere saber nada de mí. Y yo ni como, ni duermo, ni vivo. Sé que la pifíe, sé que he hecho cosas mal, pero la quiero y no puedo vivir sin ella... Por eso, te he pedido tu asesoramiento financiero, para que Úrsula vea que quiero ser un hombre como su padre, con sus inversiones bien hechas, y ahora te ruego también tu asesoramiento *brujil*, porque tu hermano me ha dicho que sigues dándole a la magia.

Jana abrió el primer cajón de la mesa de su despacho y sacó el tarot:

—Sí, pero no lo digas muy alto. Estos de mi oficina también son amantes de los algoritmos y de no dejarse llevar por las emociones para analizar las inversiones y la situación económica; sin embargo, como se enteren de que le doy a esto: no me van a dejar en paz.

—No. Tranquila, tu secreto está a salvo conmigo. Yo es que confío mucho en tus cartas, siempre aciertan. Dijeron que yo lo petaría con mis pájaros y mira...

Jana asintió porque la verdad era que las cartas siempre decían lo mismo, pero también le recordó:

—También decían que tú y yo seríamos felices para siempre, y mira...

Rubén se encogió de hombros y repuso con la vista clavada en el tarot:

—Una golondrina no hace verano. Tú baraja, a ver qué me dicen las cartas respecto a lo mío

con Úrsula...

## Capítulo 5

Jana respiró hondo, mezcló las cartas, las dispuso sobre la mesa en una tirada de cinco cartas y solo tuvo que echarle un vistazo rápido para concluir:

—Uf. Aquí hay cuernos.

Rubén negó con la cabeza, se revolvió en el asiento y clavándole la mirada le aseguró:

—Te juro que no. Que ni drogado con burundanga tendría nada con Mayte.

—Pues con otra. Pero aquí te digo yo que hay cuernos. ¿No ves esta carta?

Jana cogió la carta de El diablo y se la mostró para alucine de Rubén que insistía en que:

—La veo, pero no sé por qué sale. ¡Más fiel no he podido ser!

—Es lo que hay. He preguntado a las cartas que cómo está tu relación con Úrsula y me responde que en la situación actual lo estás pasando fatal... Te sale El colgado...

—Eso ya lo sé yo. Así me siento, colgado por los pies, mi mundo del revés. Estoy que no doy pie con bola... Perdido, hundido, triste, loco, desesperado...

A Jana le dio mucha pena verle así, pero no podía decir otra cosa más que lo que veía en las cartas:

—En los temores te sale La muerte. Obvio: tienes pavor a que esto haya acabado.

Rubén se pasó la mano por la cara y masculló:

—Y tanto.

—Haces la consulta porque tu deseo es que vuelva... Por eso te sale La templanza, pero el resultado es concluyente: El diablo. Hay infidelidad...

Rubén se cruzó de brazos, resopló y habló convencido:

—Como no sea de pensamiento, porque de obra te digo yo que no.

—Esta carta no sale por unas meras fantasías...

—Y muy fugaces. Son como fognazos impuros que se me vienen a la mente y que descarto al instante.

Jana rompió a reír, mientras Rubén pensaba que como le confesara quién le había provocado el último fognazo se iba a caer de espaldas.

—Bueno, dejemos esta carta y pasemos al consejo que te da el tarot, que es la carta de La luna... —dijo Jana que no sabía bien qué pensar.

La carta no daba lugar a dudas, pero Rubén parecía sincero... Su mirada, su expresión gestual y su lenguaje corporal parecían corroborar que no estaba mintiendo.

Menudo lío. Por eso, decidió pasar a la última carta de la que Rubén dedujo que:

—¿Y eso que significa? Que por unos cuernos que no he puesto, ¿tengo que llorarla y olvidarme de ella?

Jana se quedó mirando a la tirada, negó con la cabeza y se echó el pelo a un lado en un gesto que Rubén encontró tan *sexy* que si no se le vino otro fognazo sucio a la mente fue porque fijó la vista en la maldita carta, concentrando ahí toda su atención:



—Creo que esta carta lo que te está aconsejando es que vayas a lo más profundo de ti.

Rubén frunció el ceño y replicó a la defensiva:

—Que te digo que por muy profundo que vaya la verdad es que en los tres últimos años solo he estado con ella. No me he acostado con nadie más...

Y más bien poco, de tarde en tarde, pero eso no se lo iba a decir a Jana.

—Creo que el consejo del tarot es que vayas a lo más profundo de ti y que aceptes lo que estás negando y que te tiene bloqueado, que te impide avanzar. Tienes que reconocer de una vez todo eso que está oculto y que no quieres ver, ya que sólo así podrás tomar el camino correcto.

Rubén desesperado, resopló, se encogió de hombros y reconoció:

—¿Y eso qué demonios es? Quiero decir que yo solo quiero volver con Úrsula, no que tus cartas me psicoanalicen.

Jana se encogió de hombros y respondió con la verdad:

—Tú preguntas y ellas responden. No puedo decirte otra cosa.

—¿Pero vamos a volver o no?

—El consejo es que hagas ese trabajo interior y la respuesta llegará por sí sola.

Rubén con la mirada puesta en la carta habló decepcionado:

—Pues vaya mierda. ¿No podemos hacer un hechizo para acelerar el proceso? No puedo estar sin ella, necesito que me perdone y que vuelva. Ya no concibo mi vida sin Úrsula, se me cae la casa encima, está tan vacía que llevo dos semanas quedándome a dormir en la oficina. No puedo estar en casa, rodeado de recuerdos, sin que me den unos ataques de ansiedad horribles.

—Ahora entiendo más por qué te ha salido La luna. Estás vibrando de una forma muy negativa y la carta te está advirtiéndote de que tienes que conectar con la parte perfecta, plena y eterna que hay dentro de ti.

—No creo que yo tenga nada de eso dentro.

Jana asintió con la cabeza y, batiendo la mano, afirmó:

—Todo el mundo lo tiene. Tú también. Busca, busca...

—¿Eso antes o después de conectar con mi parte más oculta?

—Es que a lo mejor te estás negando a aceptar esa parte de ti.

Rubén se revolvió el pelo con la mano, se encogió de hombros y reconoció:

—Soy un ser muy básico, me pides unas cosas...

—No lo eres. Solo tienes que hacer un ejercicio de introspección.

—Te lo hago ahora mismo, miro hacia dentro y solo veo mi egoísmo y mi estupidez. No hay más.

—Claro que hay más. Pero para eso tienes que volver a casa, encender incienso y luego darte un baño ritual para purificarte y empezar a sanar. Ya verás cómo se te pasan los ataques de ansiedad.

Jana consultó el calendario, en tanto que Rubén preguntaba con curiosidad:

—Yo lo único que quiero es que Úrsula vuelva. Si me doy un baño de esos ¿tú crees que volverá?

—Puede ser un comienzo... Acabo de comprobar que el viernes es luna creciente. Es el día ideal para que lo hagas. Tienes que poner velas rosas alrededor de la bañera y añadir al agua romero, salvia, verbena y pétalos de rosa. Luego, cuando ya estés dentro, tienes que decir...

Rubén tenía la cabeza demasiado embotada como para registrar tanto dato, por eso le pidió:

—¿Por qué no te vienes a casa y hacemos el hechizo juntos? A mí es que se me va olvidar todo y yo no sé dónde comprar todas esas cosas. Tráelas tú y te invito a cenar...

—Son cosas sencillas que puedes encontrar en cualquier sitio.

—Tengo la semana liadísima. No sé dónde lo voy a pillar, como no me des el teléfono de Telehechizos.

Jana tenía muy claro que no iba a ir a su casa a cenar, por eso le propuso:

—Te puedo hacer un paquete y te lo mando con un mensajero.

—Estoy fatal. No voy a hacerlo bien. Me voy a liar. Y a ver si voy a pifiarla más todavía. Es mejor que vengas a casa y que lo supervises todo. Además, así me miras si tengo algún gnomo haciéndome cabronadas...

Jana se echó a reír de nuevo y preguntó:

—¿Qué dices de gnomos?

Rubén respondió muy serio, como si aquello fuera lo más normal del mundo:

—¿Ya no ves gnomos? ¿Perdiste ese don?

Y entonces Jana se percató de qué era de lo que estaba hablando...

—El que veía duendes era mi gato, que se quedaba como flipado viendo criaturas que cruzaban el mundo astral.

—Sí, y tú un día me contaste que le viste el gorro a uno...

—Ah, sí... Bueno, tenía doce años, me desperté de la siesta y me pareció ver a una criatura pasar... ¡Qué vergüenza! ¡Cómo pude contarte eso!

—Éramos amigos. Me lo contabas todo... Y yo me partía de risa, estabas como una cabra. Pero al mismo tiempo eras tan responsable y tan centrada... Jamás he conocido a nadie como tú. ¡Me tenías loco!

Jana sonrió y se le escapó sin querer un...

—Y tú a mí.

Rubén sintió otra vez ese pellizco en el estómago de pura nostalgia y musitó:

—Pero no pudo ser. Y qué buen criterio tuviste al huir de un tío que queda con gente sin querer para comérselo todo.

—Jajajajaja. Perdona, pero te pasa cada cosa...

—¿Me vas a ayudar?

—¿Más? Tienes tu plan financiero, el consejo de las cartas y el del baño ritual. ¿Qué más quieres?

Rubén se inclinó hacia adelante y, en su desesperación agarró las manos de Jana y clavándole la mirada, masculló:

—No me dejes. Te necesito. Y que conste que te estoy agarrando las manos como si fueras mi abuela.

Jana sintió un estremecimiento de lo más tonto, al sentir esas manos enormes sobre las suyas, y farfulló:

—Sí, claro. Como si fuera tu abuela, y no te dejo: te estoy ayudando...

Rubén sin poder apartar la mirada de esos ojazos verdes que siempre le habían fascinado y extrañamente feliz, de tener las manos de Jana entre las suyas, repuso:

—Lo sé.

—Entonces, tranquilo —murmuró Jana, al tiempo que pensaba que no podía estar más bueno.

Tanto que le estaban entrando otra vez unas ganas absurdas de agarrarlo por el cuello y besarlo. Pero vamos, que no tenía importancia...

Ninguna.

Estaba todo totalmente controlado, aunque él la estuviera mirando de una manera que Jana habría jurado que la estaba desnudando con la mirada.

Pero no... Porque él aclaró por si quedaba alguna duda:

—Te pido ayuda con lo de Úrsula.

—Sí, claro, estás aquí por Úrsula...

Rubén asintió, aunque de repente, por un fugaz instante, se le pasaron tales imágenes por la cabeza que apartó las manos de las de Jana, agarró el informe, se puso de pie y dijo agradecido:

—Muchas gracias por todo. Y por favor, ven a casa el viernes, vivo a diez minutos andando de aquí.

Jana también se levantó, le acompañó hasta la puerta donde repuso porque no tenía ni idea de qué hacer:

—Ya te diré algo.

—Espero que sea que vienes. Y que sepas que me ha encantado verte otra vez. Siempre serás mi bruja favorita...

Y tras decir esto, y sin previo aviso, se acercó para darle un beso en la mejilla, pero Jana se puso tan nerviosa al percatarse de que se le venía encima, que giró la cabeza y el beso terminó en un pico...

Jana muerta de risa y de nervios, exclamó hablando atropelladamente:

—¡Ay madre, también eres el tío que va dando picos sin querer!

Y Rubén, con un apuro tremendo, se excusó:

—Eso parece. ¡Qué desastre! Perdóname...

—Ha sido un accidente.

—Llevo una racha. Yo no sé qué me pasa. A ver si vienes a casa y pillas al gnomo cabrón o a lo que sea que hace que no pare de liarla. Y no te preocupes que esto del pico es uno y no más...

Jana sintiendo que los labios le ardían y que pedían más y más, mintió como una bellaca y aseguró:

—No tienes ni que decirlo. No ha pasado nada. De verdad.

Rubén asintió con la cabeza, y con el corazón latiéndole con fuerza, mintió también:

—Nada de nada. Tienes razón...

## Capítulo 6

Jana estuvo pensándose toda la semana qué hacer, si ir o no ir a la casa de Rubén, pero al final decidió que lo mejor era asegurarse que hacía bien el hechizo y así podría liberarse antes de él.

Porque desde que había vuelto a su vida estaba más que confundida...

Y no podía permitirlo.

Así que en esas estaba... Se había comprado otro vestido para la ocasión, y no es que quisiera impresionarle, era que su armario era un espanto. Y llevaba en un bolsón enorme todo lo necesario para el baño ritual.

Y condones...

Que no tenían nada que ver con el hechizo, pero como había pasado ese accidente del pico, quién sabía...

Y no era que quisiera que pasara nada.

Al contrario.

Estaba convencida de que no iba a suceder nada, pero por si acaso: ella estaba preparada para cualquier contratiempo.

Mejor dicho: fatalidad.

Porque eso era lo que iba a suponer hacerlo con Rubén...

Algo tan horrible que prefería ni pensarlo.

Sin embargo, era complicado no hacerlo y más con un tío tan buenismo como él y por el que sentía una atracción que casi ni controlaba.

En fin, que así de resignada y con esa pelota en la cabeza se dirigía a casa de Rubén, cuando recibió la llamada de Greta...

—Tía, confirmado: ¡ese cerdo me ha hecho un pedazo de *ghosting*! —soltó en cuanto descolgó el teléfono.

Greta estaba viviendo también unos días difíciles, porque en la última cita con Samuel por fin lo hicieron, fue genial, si bien se despertó sola.

Y desde entonces, no había vuelto a saber nada de él.

—¿Sigue sin responder a tus llamadas?

—Ni a mis wasaps. Es como si se hubiera muerto, pero está vivo y coleando en alguna parte. ¿Pero dónde? Qué sé yo, y como, total, Pozuelo no es grande... Y espera que viva en Pozuelo y en cuanto al trabajo, lo mismo. No tengo ni puñetera idea dónde trabaja este impresentable. Y anda que no me lo advertiste, si es que es un cabrón de manual. Y seguro que tiene dos móviles, este que no coge es el de ligar.

Jana podía entenderla tan bien que se limitó a replicar:

—Siento que estés pasando por esta situación...

—Pero este no se va a reír de mí. Voy a remover cielo y tierra hasta que me lo encuentre y le diga a la cara lo sinvergüenza que es por jugar con mis sentimientos e ilusionarme de esa forma

tan vil, para luego salir huyendo como un cobarde.

—Te entiendo. Pero estos tíos se cuidan mucho de que no les pillen. Si es que realmente te la ha jugado... A lo mejor le ha pasado algo...

—Que no, que todas las piezas encajan. Si por eso ni me hablaba de su familia, ni de sus amigos, ni mucho menos me los presentó. Solo me hablaba de su gato, que estoy segura que ni lo tiene. Y vivo está porque tiene la última hora de conexión activa en el WhatsApp y se conectó hace cinco minutos. No me lo coge porque no le da gana.

—Uf. Pues vaya...

—Pero yo a este le encuentro como que me llamo Greta López, y tengo un hilo por donde empezar a tirar. Porque es muy listo, pero tuvo la mala suerte de llevarme a un bareto cerca de tu casa donde el dueño le reconoció... Era un antiguo compañero de colegio. Hablaron un poco y luego Samuel me pidió que nos fuéramos porque no soportaba la música que estaba sonando. ¡Qué cretino! Lo que no soportaba era haberse dejado un fleco suelto. Y se va a cagar. Te paso a buscar y nos plantamos en el bareto ese. ¡Tengo una sed de venganza que no me cabe en el cuerpo! Necesito hablar con ese tío y sacarle toda la información que pueda.

Jana intentando no matarse con los tacones de color menta, con cordones atados al tobillo, que se había puesto a juego con el vestido largo de florecitas, repuso:

—Mejor déjalo para mañana. O mejor olvídate de ese tío. Tienes que pasar. Ese impresentable no merece ni tu rabia...

—¿Cómo que no? Se la merece toda. No voy a descansar hasta que le vomite toda mi bilis. Solo así podré olvidarme a gusto de él. Te paso a buscar a las diez a tu casa...

—Hoy no. He quedado con Rubén. Al final voy a su casa a ayudarlo a lo del baño ritual...

—Jajajajajaja. ¿Baño ritual? ¡Ay madre, te lo vas a acabar follando en la bañera!

—Calla, anda, calla.

—Es lo que va a pasar, si ya hubo manitas en la primera cita...

—Manitas, no. Me agarró las manos como si fuera una abuela. Y luego el pico fue un accidente. Así que no pasó nada y hoy tampoco va a pasar, pero por si acaso llevo condones.

—Jajajajajajajaja. ¡Ay me estás alegrando el día!

Jana retirándose el flequillo a un lado, cargada de dignidad repuso:

—No sé qué te hace gracia.

—Tu coherencia —replicó muerta de risa.

—Estoy siendo muy coherente con la atracción tan brutal que siento por Rubén. Conscientemente la reprimo, pero ya metidos en faena: no lo sé. Y por si acaso, voy bien pertrechada...

—¿Y por qué tienes que reprimirte? ¿La novia no le ha mandado a la mierda?

—Sí, pero tiene que volver con ella. Es su deseo y es lo mejor para mí. Rubén no me conviene para nada, porque es obvio de qué pasta está hecho.

—¿De qué pasta? Si te coge de las manos como si fueras una abuela, te besa sin querer, y respeta a una tía que le ha dejado...

—Me mira de una forma que tendrías que verlo: me desnuda con la mirada.

A Greta no le sorprendió para nada porque los conocía de toda la vida. Por eso le recordó:

—Eso no es ninguna novedad. Rubén siempre te ha mirado así.

—Ya, pero es que ahora quiere recuperar a su novia. No puede ir mirando así a las tías... O

mejor dicho, él sí, porque es lo que es. Y no lo puede evitar. Le gustan demasiado las mujeres.

—Le gustas tú.

—Yo y cincuenta mil más.

—¡Todavía respiras por la herida! Te recuerdo que él se empezó a liar con otras en el momento en que pasaste de él. Y creo que lo hacía para que espabilaras...

—¡Qué más da! A mí no me gustaría que un novio que quisiera recuperarme fuera desnudando a las tías con la mirada.

—Es que a lo mejor te ha visto y se ha dado cuenta de que a la que quiere recuperar es a ti.

—A mí nunca me tuvo...

Greta pensó que, a ella que había vivido toda esa historia desde el minuto uno, no podía engañarla:

—¡Estabas enamorada hasta las trancas de él!

—Sí, pero nunca pasamos de los besos.

—Estás hablando de lo carnal. Dices que nunca te tuvo porque no follasteis...

—Hablo de todos los aspectos. Nunca me entregué del todo, porque no lo vi claro. Porque siempre tuve muchas dudas. Porque es demasiado guapo. Porque le gustan demasiado las tías. Porque veía en mi casa los estragos que podían hacer los malditos pájaros en la cabeza y los de Rubén me daban pánico...

—¡Qué me vas a contar, que nos dabas unas chapas tremendas con eso! Y anda que no te decíamos que no. Que solo tenía ojos para ti, que lo de tu padre había sido mala suerte, pero que Rubén apuntaba maneras... Tía, que con trece años ganó su primer premio de ciencia y tecnología, que con diecisiete ya estaba montando una empresa con su hermana con la aplicación de salud que inventó. No hacía falta ser muy listo para percatarse de que...

—Ya, ya, que vosotros sois muy listos —le cortó Jana molesta.

—Lo que pasa es que nosotros no teníamos tu miedo a que Rubén te decepcionara, a que te traicionara, a que te engañara... Esa desconfianza tuya no te hacía ver las cosas con claridad. Y te llevó a huir de lo que te asustaba... Pero por mucho que huyas, da lo mismo. Ya está de nuevo en tu vida.

—Ha vuelto para que le ayude a recuperar a la novia —insistió.

—O para que enfrentes de una vez tus temores, los superes y seas feliz.

Jana resopló porque si algo tenía claro era que no iba a pasar por ahí. Ni loca:

—Jamás tendría nada serio con él.

—¿En broma sí? —preguntó Greta risueña.

—Un rollo o algo, sí. Pero hasta ahí... Y siempre y cuando rompiera definitivamente con la novia.

—Ya, por eso llevas condones en el bolso.

—Los llevo porque no me fío ni de él ni de mí. Pero vamos, la posibilidad de que suceda es tan remota...

—Ya veremos, ya. No creo que podáis resistiros al morbo de rematar la faena que quedó inconclusa hace años.

Jana resopló y le suplicó a su amiga:

—Estoy a tres portales de su casa, no me pongas más nerviosa...

—Si lo peor que puede pasar es que esta noche folles. Así que tú tranquila. Oye mañana vamos

al bareto ese y me cuentas todo.

—Sí, y siento mucho lo que ha pasado con Samuel.

—Le voy a encontrar y te juro que se le van a quitar las ganas de hacer más espantadas. Con Greta López no se juega. Me lo voy a tatuar con letras chinas en el coño. Y así cuando los próximos tíos que vengan a mi vida me pregunten qué significa, contaré la historia de que cómo un mamarracho que se atrevió a hacerme un *ghosting* acabó implorándome perdón de rodillas y lo dejé hundido en la mierda para siempre. ¡Puto cerdo cabrón! No voy a parar hasta darle lo que se merece...

Jana que estaba delante del portal de Rubén, le dijo a su amiga muerta de los nervios:

—Ya he llegado. Empatizo tanto con tu dolor que a ver cómo me saco ahora de encima tu energía justiciera y vengativa.

—Follando. Tú te lo tiras y ya relajada, le haces todos los hechizos que quiera...

## Capítulo 7

Jana con una ansiedad tremenda y preguntándose qué demonios hacía ahí, entró en el portal, el típico de los años setenta de un edificio de pisos de cuatrocientos metros: con sus mármoles, sillones de cuero, bodegones, mobiliario de maderas nobles y un pedazo de ascensor de esos que ascienden lentos y cadenciosos.

Pero antes de subir, un portero con pinta de bombero de calendario le saludó con una sonrisa enorme y le preguntó:

—Vas dónde Rubén, ¿verdad?

Jana pensó que eso era justo lo que le faltaba... Y como pudo musitó:

—Sí.

El portero sin dejar de sonreír, con todos sus dientes perfectos y blancos, replicó:

—El ascensor está al frente.... Yo ya me voy, que mi jornada acaba a las nueve. A pasarlo bien.

Jana se puso roja de repente y farfulló tras asentir con la cabeza y forzar la sonrisa:

—Gracias, igualmente...

Y se dirigió trastabillando hasta el ascensor, al tiempo que no dejaba de pensar en que por las palabras del portero solo se podía deducir que lo más normal cuando una chica entraba en ese portal, un viernes a las nueve de la noche, era que subiera al ático de Rubén Navarro.

Madre mía.

¿Qué número haría ella?

Decidió que lo mejor era no pensarlo y llamar al ascensor en tanto que echaba un vistazo a su aspecto en el reflejo de la puerta.

Aún seguía colorada, pero no por lo que pensara ese chico de ella, que le daba lo mismo, no iba a verlo más en la vida, sino porque le daba rabia pasar por una de las incontables chicas del viernes de Rubén.

No lo soportaba.

Pero bueno, ella lo tenía todo clarísimo y no tenía nada de lo que preocuparse. Se colocó bien el flequillo, sonrió un poco a su reflejo y se gustó con su vestido de flores, los tacones y el bolsón.

Además, ¿hacía cuánto que no salía un viernes por la noche?

¿Aunque se podía considerar una salida de viernes noche ir a casa de un hombre desesperado a ayudarle a hacer un baño ritual purificante, sanador y amoroso?

El ascensor se abrió, entró, pulsó el botón que ponía ático y respiró hondo.

Las puertas se cerraron y Jana sintió un vértigo extraño.

Un vértigo que se transformó en una ansiedad insoportable cuando el ascensor empezó a subir y ella con la mirada clavada en el espejo no podía dejar de repetirse que qué diablos estaba haciendo, con lo a gusto que podía estar, en esos instantes, en casa, tumbada en el sofá, con el Kindle, con sus series, o descubriendo caras en el gotelé del techo.

Una agonía que se le hizo eterna, pero que terminó cuando las puertas del ascensor se abrieron



en la última planta y no le quedó más remedio que salir y plantarse frente a la puerta de Rubén, hiperventilando y sudorosa.

Y de nuevo volvió a preguntarse que qué narices estaba haciendo allí...

Era una locura, una estupidez, un despropósito, una insensatez.

Vamos, que era para darse la vuelta y salir corriendo, huyendo más bien. Sin embargo, era absurdo porque iba a tener que volver a verle para firmar el plan financiero y porque si quería sacarle definitivamente de su vida, tenía que ayudarlo a volver con Úrsula.

Así que sí.

Por esa razón estaba ahí.

Genial. Al menos había recuperado algo de lucidez.

Luego respiró hondo. Y para no hacerlo más largo y con la sensación de que no había marcha atrás, se encomendó a todos los dioses, los elementos, los santos, los guías, los familiares, las hadas, los duendes y todo aquel que pudiera salir en su auxilio y llamó al timbre.

Siete segundos después, Rubén abrió la puerta en albornoz y zapatillas de baño y le preguntó con una de cara de idiota tremenda:

—¿Por qué has subido andando, mujer?

Y sonrió a la vez que pensaba que qué bien le sentaba a Jana estar jadeante y sudorosa, como si acabara de...

De nada.

Porque era un pensamiento de lo más absurdo, inapropiado, ridículo y de todo punto inaceptable, que fulminó de su mente en tanto que Jana negaba con la cabeza, resoplaba y al fin respondía con la verdad:

—Es ansiedad —confesó mientras se enjugaba el sudor de la frente con el dorso de la mano—. No podía parar de preguntarme por qué estaba aquí y me ha entrado un agobio tremendo. Pero bueno, justo cuando he llegado al descansillo de tu ático ya he encontrado la respuesta y aquí estoy con las hierbas.

Jana le mostró el bolsón, Rubén se quedó mirándolo alucinado y preguntó:

—No sabía que íbamos también a fumar hierbas. ¿Ahí qué traes? ¿La cachimba?

—¿Cómo vamos a fumar hierbas? Me refiero al romero, la salvia y todo lo demás para el baño ritual...

—¡Ah, el baño sí! Yo ya estoy listo, no llevo nada debajo del albornoz.

Jana se imaginaba que no llevaba nada, pero confirmarlo le hizo sentir algo muy raro.

Rarísimo.

Y más cuando él sonrió con esa sonrisa suya de diablo y le pidió con un gesto de la cabeza:

—Pasa, por favor.

Jana entró en la casa, él cerró la puerta y ella se quedó alucinada ante la presencia imponente del señor del cuadro que estaba colgado nada más entrar. Un retrato malísimo, con fallos de perspectiva, de luz, de color... Bueno, un horror, de un señor de unos setenta años, alto, bigotudo, enjuto, adusto, de mirada inquisitiva y cara de poquísimos amigos. Tan pocos que Jana sintió que le estaba exigiendo a gritos que se pirara de ahí que no era bienvenida...

Y hasta cierto punto era normal que la mirara así porque ella dedujo que solo podía ser alguien de la familia de Úrsula.

—¿Es el abuelo de tu novia?

Rubén se quedó mirando el retrato de ese señor y respondió a Jana muy serio:

—No, no tiene nada que ver con Úrsula. Es más, ella detesta este retrato, quiere que lo quememos, pero yo siento que tiene que estar aquí. Te presento a Don Luis, el antiguo dueño, el retrato lo pintó su mujer, no es que se le diera muy bien la pintura, pero capta a la perfección su esencia. Yo no le conocí, el piso me lo vendió su hijo, pero todos dicen que era intratable, orgulloso, soberbio, despótico, desconfiado, huraño y muy amante de lo suyo. Fíjate lo que pone al pie de retrato: “Las posesiones se defienden”. Como comprenderás tenía que darle su sitio en mi hogar. Y creo que ya vamos llevándonos bien, al principio las luces se apagaban y se encendían solas a todas horas, pero ahora solo escucho de vez en cuando cómo se cierra alguna puerta...

Jana, que estaba boquiabierta contemplando el retrato, masculló al tiempo que sintió un escalofrío:

—¿Qué me estás contando?

Rubén al ver la cara de susto que estaba poniendo no pudo más que echarse a reír y replicar:

—Jajajajajaja. ¡Que te estoy vacilando! El pobre hombre no dice ni mu, y eso que le doy la brasa que ni imaginas. El que me debe estar jodiendo vivo es el gnomo ese cabrón que debo de tener por aquí danzando...

A Jana no le hizo ninguna gracia la bromita y habló molesta:

—Esta debe ser la gracia que le haces a todas las que te subes a casa...

Rubén frunció el ceño y sin tener ni idea de lo que estaba hablando repuso:

—¿Qué otras? Si llevo viviendo tres años con Úrsula, ya te lo he dicho. Me compré el piso y al poco me vine a vivir con ella...

Jana frunció los labios y sin creerle para nada objetó:

—Solo sé que cuando he entrado el portero ha dado por hecho que venía a verte. Y eso solo puede ser porque está más que acostumbrado a que si entra una desconocida un viernes por la noche a este portal, sea para subir a tu casa...

Rubén entendía que dedujera semejante cosa, pero la realidad era que:

—Ya. Y también podría suceder que Roberto además de mi portero sea mi amigo. Que entrenemos juntos cada mañana en el gimnasio y que supiera que ibas a venir a verme porque se lo he dicho en cuanto he vuelto del trabajo a las siete...

Al escuchar esa explicación, Jana de repente se sintió fatal porque por su reacción se podía deducir que estaba celosa, por eso aclaró:

—A ver, que me da igual a quién subas a casa...

—Ya, pero parece que me estás reprochando que sea un mujeriego y no lo soy. Cuando amo a alguien me entrego a esa persona. Contigo habría hecho lo mismo, si me hubieras dejado. Pero como no me dejaste...

—Como no te dejé, te liaste con las que te dio la gana. Y tranquilo que no te lo reprocho, eras libre de hacer lo que quisieras.

Rubén pensó que era libre, pero que no le valió de nada pues jamás pudo sacársela de la cabeza.

Y mira que lo intentó.

Que por eso se enrolló con todas esas de las que hablaba y que tampoco fueron tantas.

Más que nada porque tenía a Jana tan dentro que no podía sentir nada por nadie más. Y las

dejaba...

Las dejaba con la esperanza de que Jana se pusiera cada vez más celosa de sus conquistas ridículas y acabara volviendo con él.

Pero eso no pasó ya que con sus estupideces consiguió el efecto contrario y no hizo otra cosa que alejarla mucho más de él. Y perderla definitivamente.

Y tal vez fue lo mejor puesto que, aunque le había costado muchas lágrimas asumirlo, él por su perfil inquieto y audaz nunca habría sido capaz de darle la confianza, la tranquilidad y la seguridad que tanto anhelaba.

Así que decidió que lo mejor era dejar el tema y centrarse en el presente:

—Ya no tiene ningún sentido que estemos hablando de algo que pasó hace un montón, ahora lo importante es recuperar a Úrsula. ¿Te parece?

A Jana no le parecía, a Jana lo que le habría gustado era que le hubiera dado alguna explicación sobre por qué, si la quería tanto, tuvo que desquitarse con todas esas.

No obstante, como él tenía razón y ya no tenía sentido remover todo aquello, respondió:

—Me parece perfecto.

—Genial. Estoy en alboroz porque he pensado que primero hagamos lo del baño y ya más tranquilos: cenemos.

—Bien. Como tú quieras...

Rubén sonrió, deseoso de que su suerte cambiara, y le pidió con un gesto de la cabeza:

—¡Sígueme! La casa tiene tres cuartos de baño, pero el más grande está en mi dormitorio...

## Capítulo 8

Jana abandonó el vestíbulo detrás de Rubén y lo siguió mientras atravesaban un salón enorme, un comedor, una biblioteca, un pasillo...

La casa era maravillosa, espaciosa, toda exterior, decorada con gusto y muy acogedora. Todo transmitía a la perfección la personalidad del dueño. Donde quiera que mirarse: desde el mobiliario moderno y funcional a los cuadros abstractos que colgaban de las paredes, absolutamente todo transmitía: equilibrio, fuerza, determinación, carisma, coraje...

Todo era muy él. A Úrsula no se la veía por ninguna parte. Es que ni en foto. ¿Habría sido siempre así o Rubén habría borrado sus huellas para sufrir menos?

Jana no tenía ni idea, lo que único que sabía era que todo lo que estaba viendo era impresionante, incluida la espectacular espalda que tenía delante.

Y es que vaya cuerpo se le había puesto con los años al tío del albornoz al que iba siguiendo.

Siempre había tenido un buen tipo, pero lo que lucía ahora era un pedazo de cuerpo que era para perder el sentido.

Claro que ella no iba a hacerlo...

Y no porque no hubiera habitaciones con camas enormes en las que recuperarse...

Madre mía. Qué despliegue de dormitorios.

—¡Cuántas habitaciones...!

—Cinco. Más la de la zona de servicio. Don Luis tenía a una pareja trabajando en casa. Y ahora seguro que estás pensando que compré este ático pensando en mi harén —bromeó.

—Pues no, estaba pensando en otra cosa...

Y por supuesto que no se la iba a decir...

—Necesitaba comprarme algo cerca de la oficina y en cuanto entré y vi el retrato de Don Luis fue un amor a primera vista.

—Desde luego, esos bigotes son para volverse loco...

—Te parecerá una tontería, pero fue mirarle y sentir que tenía que quedarme. Yo creo que me eligió, por eso no me da el coñazo con su fantasmal presencia. Le gusta que esté aquí. Y no veas cómo le tengo de cuidadas las plantas... Es que tengo una terraza ajardinada maravillosa, muy discreta, ajena a los ojos de todos, donde se pueden hacer unas orgías increíbles.

—Deja de vacilarme, anda...

—No te vacilo, al principio sí las hice... Pero luego apareció Úrsula y todo cambió. Cuando me enamoro practico la exclusividad sexual, porque no me sale hacer otra cosa y la terraza es perfecta para las cenas románticas. Por las noches se está genial y las vistas son perfectas. He pensado que cenemos esta noche en la terraza...

Jana sintió un súbito escalofrío, puesto que eso de la cena romántica le puso demasiado nerviosa:

—Donde quieras, pero vamos que va a ser una cena normal.

—Ya, ya. Tranquila que no va a haber romanticismos ni orgías. Esta terraza es muy versátil, también me suelo traer a cenar a amigos y familiares... —dijo girándose y con una mirada de diablo tremenda.

—Anda que no te lo estás pasando bien a mi costa.

—Ya sabes cómo soy.

—De tocapelotas. Sí. Lo sé perfectamente.

—Y eso que me pillas en horas bajas. Lo de Úrsula me trae por la calle de la amargura. ¡Menos mal que estás aquí! Ya se lo conté a Roque, estaba tan desesperado que pedí ayuda a mi abuelo. Yo no soy de molestarle, porque ya sabes la mala uva que tenía, pero no me quedó otra y al día siguiente me topé con tu hermano en el centro comercial. Tú eres la respuesta a todas mis plegarias...

—A ver qué podemos hacer...

Rubén se paró frente a la puerta de su habitación, la abrió, encendió la luz y con un gesto de la mano invitó a Jana a que pasara:

—Ya hemos llegado a nuestro destino.

Jana pasó al dormitorio principal decorado en plan minimalista, con colores suaves y líneas depuradas, y en el que el absoluto protagonista era la cama más grande que había visto en su vida:

—Ahora lo entiendo todo. Elegiste esta casa para poder meter la supercama.

—Me gustan las camas grandes, se duerme muchísimo mejor.

Jana pensó que no había quien se creyera que había hecho esa elección pensando en el descanso. Pero prefirió no comentar nada y siguió dejando vagar la vista por los armarios, el vestidor de la derecha, el baño en suite de la izquierda y una estantería al frente desde donde la miraba para su más absoluto pasmo una criatura que conocía bien:

—¡Dios! ¡Mini Jana! ¡Lo que habrá visto la pobre!

Jana corrió hacia la osita de peluche que le regaló a ese sátiro hace un montón de años y que estaba convencida que habría pasado a mejor vida.

—Es mi consejera. Por eso ocupa un lugar presidencial en mi dormitorio... Me ha acompañado a todas partes: a mi primer piso compartido, a los tres apartamentos que alquilé después y luego a esta casa.

—Está como nueva.

—La llevo a una tintorería especializada para que luzca así de lozana. Me gusta mirarla todas las noches antes de dormir, siento que me entiende.

Jana se partió de risa, pero le gustó que la conservara. La historia de Mini Jana era mona, mona y ñoña, de los tiempos en que ella era una ingenua y creía en el amor y esas cosas.

Resulta que un día que estaban dando vueltas por un hipermercado buscando no recordaba qué, él se fijó en la osita. Según Rubén era idéntica a ella. Blancuzca, ojos verdes, pestañas larguísimas, nariz respingona, boca de fresa y una falda vaquera en forma de A que Jana no se quitaba. A Jana le hizo mucha gracia la comparación, porque la verdad era que sí que tenían un aire, y se la regaló para que siempre le tuviera presente. Sus chorradas de quinceañera, cuando aún era tan boba que iba regalando peluches a cerdos con orejas.

—Y parece que te ha dado suerte —comentó Jana sin dejar de contemplar al peluche.

Rubén pensó que era más que eso, solo tenía que mirar a Mini Jana en los días más duros para conectarse con una época en la que había sido muy feliz, pero en vez de eso replicó:

—Mucha. Aunque Úrsula no la soporta. Esta loca por quemarla junto al cuadro de Don Luis. Y eso que no conoce la verdadera historia. Es que es muy celosa. Y para que no se hiciera pajas mentales con el hecho de que conservara un peluche de mi primera novia, le conté que era Juanita, mi primera peluche a la que estoy muy apegado.

—Jajajajajaja.

—A Úrsula por supuesto que estos apegos míos le parecen de lo más irracional y absurdo. Y posiblemente lo sean... Pero no pienso desprenderme de Mini Jana por nada del mundo. Estoy dispuesto a ceder en todo, me haré con un *casoplón*, con una buena cartera de inversión, con lo que sea, pero mi osa de peluche no me la quita ni Dios.

Jana dejó la osita de peluche en la estantería y concluyó convencida:

—¡Estás peor de lo que pensaba! Vamos al baño, y acabemos con esto cuanto antes, no vaya a ser que lo tuyo sea contagioso.

Rubén abrió la puerta del cuarto del baño, le cedió el paso a Jana que se quedó perpleja al ver una bañera de hidromasaje redonda donde debían caber seis personas fácilmente.

—Tranquila que en la bañera jamás ha pasado nada indecente. Por lo menos conmigo. Don Luis no sé qué habrá hecho en ella. Lo que sí puedo decirte es que nosotros apenas la usamos. Tenemos conciencia ecológica. Hay que ahorrar agua. Somos de ducha. No obstante, hoy he hecho una excepción y la he medio llenado. No me juzgues.

Rubén se encogió de hombros, puso cara de no haber roto un plato en su vida y Jana extrañamente nerviosa, se apartó de él, se descolgó el bolso y comenzó a sacar las cosas que iban a necesitar:

—Teníamos que haber hecho esto en la bañera más pequeña de la casa.

—Pero es que ese cuarto de baño es enano y lo he descartado por si te sentías incómoda al estar en un espacio tan reducido y conmigo desnudo.

Jana abrió los ojos como platos y replicó negando con la cabeza:

—Yo no me voy a quedar a ver cómo te bañas. Yo te lo preparo todo, te cuento lo que tienes que decir y hacer, y te espero afuera.

—Ah, bueno. Pues si lo llego a saber... Ya, para la próxima...

—No te vengas arriba que no va a haber próxima. Las siguientes lo harás tú solito...

Rubén que estaba fijándose en todo lo que Jana sacaba del bolsón exclamó:

—¡Qué de cosas!

—Tampoco son tantas: los pétalos de rosa, el romero, la salvia, la verbena, las velas rosas y solo me queda...

Jana metió la mano en el bolsón buscando la caja de las barritas de incienso, si bien tuvo la mala fortuna de sacar otra cosa:

—¡Condomes! —gritó Rubén, gratamente sorprendido—. Entiendo. Es para pedir que vuelva a tener vida sexual, con Úrsula, por supuesto... ¿Los vamos a echar también al agua?

Jana muerta de la vergüenza, arrojó los condones de nuevo al bolso y farfulló mientras rebuscaba bien y daba con la caja correcta:

—No, los condones no son para tu baño ritual. Lo que buscaba es esto... Las barritas de incienso.

Rubén se cruzó de brazos, se llevó la mano a la barbilla y entornando los ojos preguntó:

—¿Y los condones para qué los llevas?

Jana se puso a la defensiva y repuso pestañeando muy deprisa:

—No seas cotilla, por favor.

Rubén pensó que tenía razón, que estaba siendo un cotilla de marca mayor, por eso intentó disimular un poco diciendo:

—Solo es curiosidad. Me parece muy interesante el universo este de la magia.

—¿Estás haciendo un chiste fácil? ¿Magia... polvos? ¿Vas por ahí?

—Jojojoho. No me subestimes, por favor. Supongo que los condones son para otro hechizo.

—Pues no. Los condones son para lo que son los condones.

Rubén puso una cara rara, porque aquello le chirriaba un poco y habló:

—Ah, como tú siempre decías que solo lo harías con el hombre de tu vida, y ese tío aún no ha aparecido...

—Claro, claro, como no ha aparecido sigo siendo virgen a los 34 y llevo condones en el bolso para atraerlo —le interrumpió Jana, muerta de risa.

—Vale, perdona, es que me ha extrañado lo de los condones, ya que estaba convencido de que solo practicabas el sexo con amor.

Jana no estaba dispuesta a darle explicaciones al respecto, pero sí que le interesaba saber algo:

—Lo que practique o no, no es cosa tuya. Pero ¿cómo sabes que no ha aparecido aún ese hombre?

—Me lo cascó Roque, y sin que le apretara ni tan solo un poco. Lo soltó él solito, me dijo que te había ido de pena en el amor...

Jana contrarió el gesto, resopló y comentó molesta:

—¿Tendría que salir a la calle con bozal! ¿Por qué será tan bocazas?

—Él es así de expansivo. No le reprimas...

—No, claro. Tengo que permitir que vaya contando detalles íntimos de mi vida al primero que pasa.

Rubén se puso serio y le recordó frunciendo el ceño:

—Al primero que pasa, no. A mí. Que fui alguien importante en tu vida...

—¿Hace mil años! ¿Qué te importará a ti mi vida amorosa?

—Me importa mucho. Eres mi amiga. Deseo tu felicidad...

Aunque sí era sincero, en el fondo se alegraba de que aún no hubiera encontrado a nadie. Y no se alegraba por venganza, ni revanchismo, se alegraba por...

No sabía; si bien, se alegraba muchísimo.

## Capítulo 9

Después de que Jana encendiera el incienso, esparciera las hierbas en el agua y prendiera las velas rosas que había dispuesto alrededor de la bañera, muy concentrada, le explicó:

—El incienso que se está quemando es para purificar, luego he añadido al agua romero para que te proteja, salvia para que te sane, verbena para atraer el amor verdadero y por último voy a dejar caer los pétalos de rosa para que no falte la pasión.

Jana comenzó a arrojar los pétalos de rosa al agua a la vez que Rubén decía:

—Sí, sí, ¡tú échale guindas al pavo que buena falta me hace! Estoy que no sé ni dónde tengo la cabeza...

—Tranquilo que las velas rosas son para la armonía y el sosiego. Ahora lo que tienes que hacer es repetir las palabras que te voy decir, luego yo me iré, tú te introducirás en la bañera, respiraras lento y profundo, te relajarás y sentirás cómo las hierbas hacen su trabajo, te calman y te sanan.

Rubén se quedó mirando la bañera y pensó que estaba perfecta con las velitas y los pétalos de rosa para tener una velada de lo más *hot*. Pero no comentó nada, obviamente. En su lugar, replicó agradecido:

—Vale. Genial. Dime qué tengo que decir...

Jana respiró hondo, cerró los ojos, y pronunció con un tono de voz que no pudo resultar más sensual:

—Soy amor, me abro al amor, lo deseo, lo acepto, lo merezco, viene a mí, infinito y pleno, auténtico y verdadero.

Rubén al escuchar aquello no solo sintió algo muy raro en la tripa, sino que se puso tan duro que tuvo que cruzarse las manos por delante para que su erección no le delatara.

Pero no significaba nada...

Era solo una reacción fisiológica normal ante una voz tan aterciopelada y sugerente como la de Jana.

Era eso, sí.

Nada más.

—¿Ya está? —preguntó a modo de súplica, porque como la frase fuera más larga iba a terminar corriéndose.

Jana abrió sus ojazos verdes, que brillaban que eran un gusto, asintió con la cabeza y respondió:

—Sí, ahora repítelo tú...

Rubén muy nervioso, y con las manos tapándole el horror de su entrepierna, comenzó a farfullar:

—Soy amor...

Jana puso una cara muy rara y luego le exigió:

—¡Con más convicción! Tienes que decirlo con el corazón, tienes que sentir las palabras que estás diciendo.



—Ah, vale. Con convicción. Sí, claro. Las cosas hay que hacerlas así. Creyéndoselas. Vamos allá... A ver... —Rubén cerró los ojos y dijo alto y clarísimo—: Soy amor, te deseo, tómame, infinito, entero...

—Jajajajajajajaja. Pero ¿qué dices?

Rubén no pudo replicar nada, porque justo en ese instante se abrió la puerta y apareció una chica alta, delgada, rubia, con una coleta tirante y un cabreo monumental gritando:

—¡No me lo puedo creer!

Rubén como si acabara de ver una aparición, se quedó lívido y masculló:

—Joder, pues vaya si funciona esto rápido... ¡Hola, Úrsula!

Jana atónita se quedó pegada contra la pared, en tanto que Úrsula tras echar un vistazo rápido a la escena le reprochó:

—Me he pasado para saber cómo estabas. Pero ya veo que tú no pierdes el tiempo...

Rubén sabía que aquello podía interpretarse de la peor manera; si bien, respiró hondo y le aclaró:

—¡Ay Úrsula! ¡Esto es flipante! Y ya sé que es difícil de creer, pero...

Úrsula le miró con desprecio y le exigió con un gesto de la mano:

—Para. ¡No inventes ninguna milonga! Tengo ojos y oídos para percatarme de lo que está pasando aquí.

—Lo sé, mi vida. Pero lo que percibes por los ojos y lo que has escuchado puede llevarte a un gran equívoco y no. Para nada. Tienes que saber que todo este despliegue de velas y de pétalos es para...

Úrsula le fulminó con la mirada y le exigió apuntándole con el dedo índice:

—¡No seas patético, Rubén! ¡Ten al menos la dignidad de callar!

—Me callaría si tuviera algo que ocultar, pero como voy con la verdad por delante: hablo. Estamos haciendo un hechizo para que vuelvas. Ella es Jana, la chica que te conté que veía gnomos.

—¡Ay madre! —exclamó Úrsula haciendo el gesto de que le faltaba un tornillo.

Jana que no sabía dónde meterse cuando escuchó aquello, ya solo deseó que la tierra la tragara y la escupiera en otra galaxia.

—Te estoy diciendo la verdad... —insistió Rubén.

—¿La verdad? Rubén voy a pensar que estás de psiquiatra. Esto tuyo ya no es normal —bufó Úrsula llevándose la mano a la cabeza.

—Ya sé que es todo un tanto surrealista, pero he acudido a Jana porque es una bruja con los pies en la tierra. Además de darle a los hechizos, es asesora financiera en Inversis, me ha hecho un plan de inversiones sensacional, me ha seleccionado unos fondos estupendos, un molino que te va a volver loca. En fin, que soy otro, he cambiado...

Úrsula se quedó mirando de arriba abajo a Jana y replicó cabreadísima:

—Ya veo, ya.

—Que sí. Te quiero. No puedo vivir sin ti. No sabes lo duro que han sido estas semanas. Se me cae la casa encima. No como, no duermo, no vivo...

Úrsula lo miró con desdén y le reprochó poniéndose en jarras:

—Pero todavía te quedan fuerzas para decirle a voz en grito, a la bruja con los pies en la tierra: te deseo, tómame y no sé cuántas ridiculeces más...

—Era parte del hechizo. Y todo es para recuperarte. ¡Estaba pidiendo que vinieras a mí! Pero me he hecho un lío con la frase...

Jana entre los nervios que tenía y lo delirante de la situación, no pudo evitar soltar una carcajada:

—¡Y la flipada de los gnomos se parte el culo de risa! ¿Cuántas hierbas te has fumado hoy, guapa? —le preguntó Úrsula con un cabreo tremendo.

A Jana le entraron ganas de responderle que ahora entendía por qué Rubén se dedicaba a tontear con sus amigas. Sin embargo, ella no era de golpes bajos, además estaba ahí para ayudar a Rubén, así que le hizo el desprecio de no hacerle aprecio y habló con la voz segura, pausada, modulada y serena:

—Sé que suena todo un tanto extraño... Pero está diciendo la verdad. Rubén está desesperado, reconoce todo lo que hizo mal y está dispuesto a cambiar. Me pidió que le asesorara con sus inversiones y luego como conoce mi otra faceta me pidió que lo ayudara. Por eso estoy aquí. Le he traído todo lo que necesitaba para hacer un baño ritual. Y ya está. Él está enamoradísimo de ti...

Úrsula resopló, dio un manotazo al aire y luego repuso:

—Está enamoradísimo de mí, pero se lo quiere comer todo a mi amiga y a te ti te dice que te desea y que le tomes entero...

—¡Jamás me cansaré de repetirte que lo de Mayte fue un malentendido y esto igual! Yo no deseo a Jana... Ni quiero que me tome entero... —la interrumpió Rubén desesperado al tiempo que se tocaba la punta de la nariz con el dedo índice.

Úrsula le fulminó la mirada y le reprochó tras soltar un bufido de toro:

—¿Cómo tienes la caradura de negarlo? ¡Si te tocas la nariz como todos los mentirosos!

Rubén pensó que tal vez tenía razón en que estaba mintiendo con lo del deseo, porque la verdad era que Jana le ponía muchísimo.

Pero era algo que no pasaba de ahí...

Podía desearla y listo.

Sin más.

Era algo puramente fisiológico que tenía totalmente bajo control.

Sin embargo, a Úrsula la quería y no concebía su vida sin ella...

La necesitaba tanto que se plantó frente a ella y, con un nudo en la garganta, le confesó hablando con la mano en el pecho:

—Estoy nervioso, Úrsula. Es solo un gesto nervioso. Créeme, te extraño tanto.

—¡No te arrastres! No te pega para nada —masculló Úrsula dando un par de pasos hacia atrás para volver a ganar la distancia que Rubén había recortado.

—No me estoy arrastrando, te estoy diciendo la verdad.

Úrsula le miró arqueando una ceja, levantó el rostro y le soltó desafiante:

—Ya sabes lo que dicen: solo se valora lo que se tiene cuando se pierde.

—Es cierto. Como también que existe el propósito de enmienda. Soy consciente de que tenías unas necesidades que no supe satisfacer, pero voy a cambiar. Voy hacerte feliz, voy a dártelo todo a manos llenas, voy...

Úrsula le interrumpió, ya que lo que estaba escuchando no le gustaba para nada:

—Yo solo te pedía que me escucharas, con que me hubieras escuchado un poquito, me habría conformado. Esto no se arregla con unas inversiones razonables, que tenías que haber hecho hace

mucho tiempo, esto es algo mucho más profundo. Y es una pena que todavía no lo hayas pillado...

—Reconozco que me paso el día diseñando dispositivos y sensores que conecten las cosas a Internet, pero en mi afán yo me he quedado desconectado de lo que es verdaderamente importante.

Úrsula asintió y sonrió de una forma que no pudo resultar más fría:

—Pues tú mismo.

—Déjame demostrarte que quiero que las cosas sean diferentes.

Úrsula le dio la espalda, se dirigió hacia la puerta y cuando ya estaba en el umbral, se dio la vuelta y repuso:

—Haz lo que te dé la gana. Yo solo he venido a buscar unos papeles que necesita mi gestor, y de paso saber cómo estabas. Cuídate...

Úrsula se marchó dando un portazo y Jana cayó desplomada en un sillón blanco de ultradiseño, mientras susurraba tapándose la cara con las manos:

—¡Dios, qué situación!

—Todo ha sucedido porque eres una bruja excepcional. ¡Si no he dicho ni media frase cuando la otra estaba entrando en el baño!

Jana se apartó las manos del rostro y le dijo mordiéndose los labios de la ansiedad:

—¡Calla, por Dios, calla! Solo quiero olvidar este suceso lamentable...

Rubén con los ojos chispeantes, se sentó en el sillón contiguo y replicó convencido:

—Que no. Que has conseguido que vuelva a casa con tus artes ¡y está más receptiva que nunca!

Jana le miró como si estuviera fumado y le preguntó hasta apiadándose de él:

—¡No me jodas, Rubén! La mujer que acaba de salir del cuarto de baño estaba de todo menos receptiva.

—¡Que sí, que yo la conozco! Se está haciendo la dura. Pero ha habido un momento, cuando ha dicho lo de las inversiones razonables que se le han puesto los ojos chispeantes y me ha mirado con cierta ternura.

—Mira, tío, me parece que estás distorsionando un poco la realidad de lo que acaba de suceder.

—Créeme que la tengo calada. Cuando ella dice: “tú mismo”, está queriendo decir: “¡ponte las pilas ya!”.

—Pues a mí su: “haz lo que te dé la gana”, me ha sonado a un enorme “¡vete a la mierda!”.

—¡Qué va! Eso lo ha dicho con rabia, porque es muy celosa. Se ha cabreado por tu presencia, pero si se cabrea es porque algo siente. Tenemos que seguir adelante con el plan... El lunes firmaré el contrato de la cartera de inversión y conciértame una cita para visitar el molino cuanto antes.

Jana se levantó porque ya no aguantaba más y le dijo batiendo las manos muy deprisa:

—Me voy Rubén, estoy desbordada. Esto es demasiado hasta para una flipada de los gnomos...

## Capítulo 10

Cuando al día siguiente, el sábado por la noche en el bareto de Malasaña, Jana les contó a Roque y a Greta lo que había sucedido en ese cuarto de baño, se partieron la caja:

—Jojojojojo. ¡Bruja con los pies en la tierra! ¡Qué buena definición! ¡A ti sí que te tiene calada! —exclamó Roque llorando de la risa.

—Yo me quedo con la flipada de los gnomos... —aseguró Greta que estaba ya con el rímel corrido.

Estaban sentados en una mesa azul al fondo del local, junto a un ventanal, donde esperaban a que la cosa aflojara para que Fabio, el dueño, se sentara un rato con ellos para darle alguna pista sobre Samuel.

Nada más entrar Greta le había contado lo que le había pasado y Fabio se había ofrecido a ayudarla en cuanto el garito se despejara un poco de gente.

Eso podía ser a las tantas de la mañana, porque era un sábado por la noche...

Pero no tenían prisa.

Ni siquiera Jana que, aferrada a su cerveza, los miró bastante mosqueada y musitó:

—Qué fácil es reírse del drama ajeno.

—¿Drama? Pero nena, si es lo más apasionante que te ha pasado en los últimos dos años... —replicó su mellizo que también se había apuntado a la operación de desenmascaramiento del fantasma.

Jana dio un sorbo a su cerveza, se deslizó un poco en la silla recostando la espalda y confesó:

—No quiero más emociones como estas. Gracias. Pero lo peor es que Rubén insiste en recuperar a esa borde de tía, que es obvio que pasa de él. Él dice que no, claro. Él sigue con ese optimismo absurdo que raya en la terquedad y la estupidez y que le lleva a seguir para adelante con todo a pesar de que lo que haya al final del camino sea un precipicio. Esa fue otra de las cosas que me sacaban de quicio de él. No entiendo cómo puede ser así...

Roque tamborileando los dedos sobre la mesa, dijo achinando los ojos, como siempre que tenía un pálpito:

—¿Y no será, bruja con los pies en la tierra, que lo que verdaderamente te da rabia es que quiera volver con ella, porque en el fondo lo que tienes es celos de la estirada?

Jana apuntándole con el vaso de cerveza, le exigió a su hermano que estaba sentado en frente:

—¡Es la última vez que me llamas de esa forma!

—¡No desvíes la conversación de lo importante y responde con total sinceridad! —exclamó Roque, retándole con la mirada.

—Eso, eso, responde —habló Greta ansiosa por conocer la verdad.

—¿Celos yo? ¿De qué? En todo caso sería al revés, es ella la que tendría que tenerme celos a mí. Escuchó que, durante el ritual, Rubén decía alto y claro que me deseaba entera y... ¿sabéis que aún conserva el peluche que le regalé?

—¡La Mini Jana vive! —gritó Roque rompiendo en aplausos.

—No se ha separado de ella durante todos estos años. Dice que la mira y siente que le entiende...

—Pues imagina qué clase de relación habrá tenido con esa que se tiene que poner a hablar con la osa de peluche —dedujo Greta muerta de risa.

—Calla, que como Úrsula es muy celosa le tuvo que contar la trola de que Mini Jana fue su primera osita de la infancia. Con todo, la quiere quemar en la misma pira que el retrato del antiguo dueño...

—¿Qué quieres que te diga, yo también lo quemaría todo! —exclamó Roque tronchado de la risa.

—Pero es que tú siempre desarrollas el síndrome de Rebeca —le reprochó Jana.

—Porque siempre he tenido parejas con ex que nunca desaparecen. Bueno, hay una que no... Aunque realmente no ha sido nunca mi pareja. En fin, que os lo voy a contar: Alfi, el viudo fluido ha vuelto. Hoy a las siete se ha pasado por el *stand* —contó Roque, con el semblante demudado.

Alfredo era un cliente al que desde hacía un año llevaba vendiendo un montón de potingues y con el que se enrollaba cuando le apetecía.

—¿Y por qué pones esa cara de horror? —le preguntó su hermana.

—Porque lo de Ámsterdam fue tan bonito que decidí que no podía ser. ¿Dónde voy yo con un viudo fluido de 49 años que además tiene un hijo de 14?

—¿Te gusta o no te gusta? —inquirió Jana, al tiempo que Fabio les dejaba sobre la mesa varias cosas para picotear que no habían pedido.

—Eso da igual. No puede ser y punto... —respondió.

Y mientras los hermanos hablaban, Greta le decía a Fabio sonriéndole de oreja a oreja, refiriéndose a las tapas que acababa de poner sobre la mesa:

—Esto no lo hemos pedido nosotros...

Fabio le devolvió la sonrisa y repuso con una voz grave y profunda:

—Lo sé. Es para que se os haga más llevadera la espera.

—¡Ah, gracias! Pero no hace falta de verdad —musitó Greta, sin dejar de sonreír.

—Sí, claro que lo hace. Me sabe mal haceros esperar, aunque te prometo que intentaré liberarme lo antes posible.

—Tómate tu tiempo. ¡Estamos fenomenal! Nos encanta tu bar. ¡Y encima nos traes toda esta comida! Eres un sol, pero tienes que dejarme que otro día invite yo...

—Vale. El martes libro.

Fabio se fue y Roque clavó la mirada a su amiga interrogándola ansioso:

—¿Ligarte a este tío forma también parte de tu maquiavélica venganza?

Greta negó con la cabeza, resopló y reconoció:

—¡No me importaría! Porque está un rato bueno. A mí los morenazos con tatuajes y camisetas a punto de reventar sabéis que me vuelven loca.

—Pues eso tía, una venganza dulce. Las mejores. Y mira todo lo que te ha traído para cebarte antes de comerte: croquetas, berenjenas rellenas, nachos, calamares... A mí me hacen este despliegue y caigo. ¡Y sin despliegue, casi que también!

—Ya, pero es que no tengo cuerpo. El cerdo de Samuel me ha quitado las ganas de todo. Hasta de vengarme a polvos.

Roque cogió un nacho, lo mojó en guacamole y masculló:

—Pues es una pena, tía. Porque Fabio tiene pintaza de empotrador de los buenos.

—¡Ya estamos! ¡Tú ves una espalda ancha y unos brazos potentes y ya ves a un empotrador de la pradera! —le reprochó Jana, batiendo una mano al aire.

—Depende. Según y cómo. Si lo dices por Rubén, tiene pinta de serlo. Y si lo dices por Fabio, también...

—¿Y tu viudo fluido? —preguntó Jana, tras probar las croquetas.

—Alfredo, se llama Alfredo —le recordó Greta.

—Para mi desgracia, porque su nombre me lo baja todo. Es como de señor que se pasa las tardes jugando al julepe.

—A mí me parece un nombre bonito. Tiene mucha fuerza y personalidad. Es potente —opinó Greta.

Roque suspiró, se abanicó con la mano y confesó:

—Como él. Él es así. El primer nombre con el que registré su número en el móvil fue: Supertranca. No os digo más. Sin embargo, no me hace ninguna gracia su sexualidad fluida. A mí eso de que sea tan abierto, tan cambiante, tan sin límites: me agobia muchísimo. Si fuera solo gay... Y luego está lo de la edad. Y lo del hijo... Tiene un hijo en una edad complicadísima. Los adolescentes de 14 años son insufribles. Es que veo uno y me cambio de acera. Son narcisistas, caprichosos, cabezas huecas, conflictivos... Y para rematar el cuadro: ¡tiene una Mercedes Vito! Justo uno de los coches que más me horrorizan del mundo.

—¡Tío, para, que no puedes ser más frívolo! —exclamó Jana, reprendiéndole con la mirada.

—A lo mejor tiene la Vito para meter tablas de surf —apuntó Greta.

—Qué va, si este es de senderismo y dominó. A mí cuando me lo dijo... Uf. Se llama Alfredo, camina por el campo con bastones y tiene una Vito. ¡Es todo demasiado antimorbo! Y la Vito se la compró porque en verano se lleva al pueblo a sus padres, a dos tías y a una vecina.

—¡Mira qué bien! Es un hombre familiar. Y la edad no es un problema porque es un tío que se cuida y tiene el espíritu joven. No tanto como tú, que te has quedado anclado en los catorce. Por lo que, tranquilo, que no tendrás problema para relacionarte con su hijo —habló Jana con sorna.

—Y a lo otro tampoco le veo problema, porque es fluido monógamo, ¿no? Quiero decir que nos contaste que quiere estar contigo... —repuso Greta que estaba perdiendo el sentido con las croquetas.

—Sí. Dice que se ha enamorado de mí. No obstante, como fluye tanto, ¿quién me asegura que no se va a liar con otra o con otro en tres tardes?

—Eso te puede pasar con cualquiera —le recordó Jana.

—Sí, pero como está tan abierto a todo, tengo el doble de probabilidades de que eso suceda. Y yo paso de complicarme la vida... Y luego que estoy hasta las pelotas de fingir que tengo 44 años. Tías, que ¡solo veo series de los ochenta!

—¡No me puedo creer que todavía no le hayas dicho la verdad! —exclamó Jana.

—No todo el mundo es como Rubén, que entendió perfectamente que tuviera que mentirle. No me apetece que Alfi sepa que me gano la vida poniéndome diez años de más para colocar antiojeras que no sirven para nada.

—Oye, pues a mí sí me sirven. Apenas duermo dando forma a mi venganza y mira: no tengo ojeras. Me pongo tu crema cada noche y me va genial —le aseguró Greta, en tanto que echaba otra

miradita a Fabio y le sonreía.

—Ya te pasaré otro bolsón de muestras. En cuanto a mí, voy a seguir con la trola hasta el final. Hoy se me ha puesto a hablar de *Top Gun*, y me ha preguntado que si fui al estreno. Ya ves, como no fuera en la tripa de mi madre... Pero le he dicho que sí, que ahí estaba yo, el primero, con mi carpeta de la *SúperPop* pegada al pecho y unas gafas de aviador del Sepu. He oído a mi madre tanto hablar del Sepu... que se lo he soltado. Y cómo no me habrá visto de emocionado, que me ha invitado a que vayamos a ver el domingo la segunda parte —farfulló llevándose las manos a la cara.

—¿Pero te gusta ese tío o no te gusta? Porque no me entero de nada —intervino Jana.

Roque resopló, dejó la vista perdida en el ventanal, se encogió de hombros y reconoció:

—A pesar de todo lo antimorbazo que tiene encima, me gusta demasiado. ¡Y adora mis pies! Que te diga eso un podólogo es todo un honor. Y encima es rubio, guapo, de cabellera abundante, ojos grises, cuerpo atlético, supertranca de ensueño y sumamente atento, amable, educado, solícito y un cerdo en la cama. Pero no quiero líos...

—¿Qué miedica eres, hijo! —exclamó su hermana, tras probar una berenjena rellena de queso.

—Quién va a hablar, la que prefiere lanzar al amor de su vida a los brazos de una petarda estirada.

—No, perdona, eso es lo que él prefiere. Pero yo paso. No quiero saber más. Me retiro.

Greta se revolvió en el asiento y preguntó intrigada tras zamparse la última croqueta:

—¿Cómo que te retiras?

—Que me niego a ayudarle más. No quiero volver a repetir una escena tan patética como la de ayer.

—No están los tiempos como para ir perdiendo clientes tan golosos como Rubén —le recordó Roque.

—Lo sé. Pero me da una rabia tremenda que haga esa inversión para satisfacer a una tía que pasa de él.

—Eso es lo que tú piensas, pero él que la conoce mejor que tú opina todo lo contrario —precisó Roque que se estaba empleando a fondo con los calamares.

—Sí, porque es ridículamente optimista.

—O porque realmente está viendo indicios claros de que ella quiere volver. Si te pide ayuda, tienes que brindársela—le aconsejó Greta, que de repente sonrió de oreja a oreja al ver llegar a Fabio—. Y deja que él solito se percate de que realmente eres tú a quien ama.

—No digas bobadas. Yo no quiero que me ame. Qué coño, ¡que no me ama! A mí dejadme tranquila. ¿Y por qué diablos sonríes como una pava?

—Pues porque está aquí El Hombre —le informó Roque entre dientes.

Fabio guiñó un ojo a Greta, agarró una silla libre que había justo detrás de ellos y se plantó al lado de ella diciendo:

—Ya estoy aquí. Soy todo tuyo.

## Capítulo 11

Greta se alborotó el pelo con la mano, se mordió los labios y luego musitó:

—Gracias por ayudarme, Fabio. Y gracias por las tapas. Soy experta en croquetas y puedo decirte que son las mejores que he comido en mi vida.

Fabio no pudo evitar pensar que él sí que se la comería a ella, pero no estaba ahí para eso. Claro, que nunca se sabía:

—Pues ya sabes. Aquí estarán siempre esperándote. Y si quieres que hablemos de esto a solas...

—No, tranquilo. Estamos bien aquí. Mis amigos son de mi absoluta confianza. Están al tanto de todo. Cuéntame, por favor. ¿Qué sabes de ese canalla? ¿Estudiasteis juntos en Pozuelo?

Fabio frunció el ceño, negó con la cabeza y respondió:

—No estudiamos juntos. Yo soy dos años mayor que él. Estudió con mi hermana en Albacete.

Greta se llevó la mano al pecho y musitó sin dar crédito:

—¡No me jodas que es de Albacete!

—No, no es de Albacete. A su padre le nombraron director provincial de un ministerio y se mudaron a Albacete. Pero no sé de dónde es. Mi hermana a lo mejor lo sabe. Es que mi hermana era amiga de la hermana de Julio, iban a la misma clase.

—¿Julio? —preguntó Greta entornando los ojos.

—Julio. El tío con el que viniste aquí por primera vez. ¿No me estás preguntando por él?

Y Fabio pensó, en cuanto lo vio entrar en su bar, que era también el tío que tenía más suerte del mundo, por ir de la mano de esa diosa.

Claro que eso se lo calló.

Y la diosa sin dar crédito masculó, llevándose la mano al pecho:

—A mí me dijo que se llamaba Samuel.

—También te ha debido mentir en eso. Su nombre es Julio Peláez, tiene una hermana que se llama Paula que es la que te cuento que se hizo amiga de mi hermana. Su familia era muy estricta y conservadora. Recuerdo que mi hermana contaba que Paula tenía que estar en casa como muy tarde a las nueve de la noche. Y que, si iban al cine o algún cumpleaños, Paula siempre iba con la carabina del hermano. Con Julio... Estuvo viniendo a mi casa los tres años que vivieron en Albacete para el cumpleaños de mi hermana. Pero apenas hablamos. El tío se sentaba en un rincón y se entretenía con su teléfono móvil.

Greta asintió porque en la última imagen le reconoció perfectamente:

—Sigue siendo frío y distante, por lo menos al principio. Pero luego en cuanto coge confianza es un encanto. Bueno, o sabe muy bien hacerse el encantador.

—Yo esto es todo lo que puedo decirte de él. Mi hermana seguro que sabe mucho más. No la llamo ahora mismo, porque acaba de tener un bebé y hace un rato me dijo que se iba a dormir.

—No, no, por favor. No me corre tanta prisa. Puedo esperar perfectamente. Eso sí que no se te



olvide, por favor...

Fabio pensó que era imposible olvidarlo pues se iba a pasar contando las horas para volver a verla; si bien, en su lugar dijo:

—Tranquila que en cuanto sepa algo te llamo.

—Muchas gracias por ayudarme tanto, Fabio —habló Greta con una sonrisa agradecida.

—Yo te ayudo en lo que haga falta, pero lo mejor sería que pasaras de ese tío. Y te lo digo por experiencia propia. Yo también sé lo que es que alguien desaparezca así, de repente, y aunque lo que más apetezca sea montarle el pollo del siglo, lo mejor es pasar. Y no culpabilizarse, eso es lo primero...

Roque que estaba muy atento a todo, asintió y le confesó a Fabio mirándole embelesado:

—Nosotros también le hemos aconsejado lo mismo. Está perdiendo el tiempo con la de gente maravillosa que hay por ahí. Gente como tú, Fabio.

—¡Qué amable! —masculló Fabio.

—Tenéis razón, pero necesito vengarme. Es una cuestión de amor propio. Y ya con la venganza ejecutada, empezaré a recuperar el tiempo perdido. Pero ese de mí no se ríe. Encontraré el agujero en el que se esconde y me tendrá que oír. Por cierto, me dijo que se dedicaba a la prevención de riesgos laborales, pero seguro que es otra trola.

—Ni te molestes en buscarle en Internet, porque obviamente te habrá mentado. Y un tío así no deja rastro en las redes —le recordó Jana.

Greta resopló, y con una cara de rabia tremenda de solo acordarse, contó:

—No le perdonaré jamás la angustia que me ha hecho pasar. Es que no entiendo nada. Todo iba como la seda y de repente el muy cabrón: desaparece. ¿Por qué? Lo único que sé es que me he vuelto loca dando vueltas a lo que hice y dije esa última noche. Y es lo que tú has comentado antes de la culpa, Fabio, la culpa es terrible. Yo me he sentido tan culpable... No sé de qué, porque para mí la noche fue perfecta, pero he llegado a convencerme de que la había pifiado. Y que eso justificaba su huida...

—Eso pasa siempre. Tendemos a culparnos, cuando realmente somos víctimas —dijo Fabio, echándose el pelazo oscuro hacia atrás con una mano.

Roque mirándole boquiabierto, le apuntó con el dedo índice y replicó:

—Pues sí. Porque hay que estar muy mal de la cabeza para huir de un tío como tú. Si es que no hay más que verte...

—Como a vosotros —repuso Fabio, clavando la mirada en Greta.

Greta pensó que la verdad era que el tío estaba como quería, tenía unos ojazos profundos y oscuros, una nariz un poco grande, pero maravillosa, de esas que le gustaban a ella, con carácter, una boca en su justo grosor, un cuello fuerte, unos brazos tatuados bien potentes y un pedazo de torso que era para todo menos para huir.

Pero lo más importante era que se le veía tan buen tío, por eso opinó:

—La verdad es que sí. Somos lo más. Lo único es que hemos tenido la mala suerte de toparnos con estos elementos. Porque mira que engañan bien... Un día hablando del amor y tal, Samuel o sea el Peláez, me confesó que no se había enamorado nunca porque era muy selectivo. ¡Con 37 años que me dijo que tenía no se había enamorado jamás! ¿Os lo podéis creer?

—Tiene 34... —le informó Fabio.

—Ah, claro. Cómo me iba a decir la verdad en eso...

Roque, tras comerse los restos que quedaban de nachos, confesó:

—Cuando alguien me dice que es selectivo: me echo a temblar. Porque realmente los que se autodefinen como exigentes suelen ser: inseguros, prepotentes, vagos de solemnidad, cagados de mierda, egoístas y desconfiados. No falla. Este es un tema que tengo bastante estudiado...

—A mí me pasó con una chica que conocí en Menorca. Todo fue bien, hasta que le dije que la quería. Entonces, huyó —habló Fabio y a Greta le dio tanta pena, empatizaba tanto con él, que le entraron ganas de abrazarlo.

Quien también empatizó fue Roque, pero a su manera:

—Vamos, ¡será posible! —farfulló Roque, negando con la cabeza—. A mí me dice un tío como tú que me ama y salgo corriendo, ¡pero para comprarle un anillo!

—Disculpa es que mi hermano no filtra. Nos lo dieron así y ya solo podemos resignarnos —intervino Jana encogiéndose de hombros.

—No, perdona, tu hermano no es que no filtre. Es que es absolutamente sincero. Pero a Fabio no le importa... —replicó Roque molesto—. ¿A que no?

Fabio pensó que a él qué le iba a importar si estaba en la gloria de tener tan cerca a esa chica que a cada instante le estaba gustando más:

—No, para nada...

—¿Ves? Sigue con la historia de la tía que salió por piernas... —le pidió Greta.

—Es un poco como todas las historias de *ghosting*... Creo que tenía muchas inseguridades y miedos. Al final, concluí que por sus rollos internos ni entendió ni aceptó que la quisiera...

—Una pena. ¡Qué mal están las cabezas! Yo con los que no puedo son con los que les mola lo difícil. Esos son los peores, porque están ahí hasta que caes. Entonces, ya no les interesas y se piran. De esos yo he conocido para aburrir... —reconoció Roque, haciendo el gesto de puñados con las manos.

—Creo que Peláez es de esa categoría —aseguró Greta llevándose la mano a la barbilla—. Y más si como dice Fabio es de un entorno conservador, pues ya está. No hay más que sumar dos y dos. Me estuvo mareando con no sé cuántas citas castísimas y en cuanto lo hicimos: huyó convencido de que soy una zorra, una fresca, una ligera...

—También podría ser que se desprecia tanto a sí mismo, que no concibe que le quieran —apuntó Fabio.

—Sea lo que sea: ¡que le den! —exclamó Jana, apurando su cerveza.

—Pues sí, pero bien dado... —corroboró Greta.

—No hay que perder energía ni tiempo con quien no lo merece —sentenció Fabio al tiempo que pensaba que Greta lo merecía todo.

—Y menos con los cobardes, los que tienen pánico a que les hagan daño. Mi hermana es de esas y así le luce el pelo —dijo Roque mientras pedía con gestos a una camarera que le trajera otra cerveza.

Jana miró a su mellizo fulminándole con la mirada y, con un cabreo considerable, replicó:

—¿Qué chorradas estás diciendo? Yo estoy feliz como estoy. Aprendí a estar sola y desde entonces no he vuelto a caer en la red de ningún impresentable. No como tú que, como no te soportas, no paras de meterte en territorios enfangados. Eres capaz de liarle con cualquiera, con tal de no estar solo...

Roque decidió hacer oídos sordos, aunque sabía que Jana tenía razón, y contarle a Fabio:

—Mi hermana ha aprendido a estar sola, pero ahora ha vuelto a encontrarse con el que siempre fue su gran amor y está cagada. Tiene pavor a sentirse vulnerable, con lo maravilloso que es...

Y Jana, enojadísima, contraatacó:

—Es tan maravilloso que por eso tú, tío tan valiente, estás huyendo de tu viudo líquido...

—Fluido, viudo fluido —le corrigió Roque.

—¡Qué más da! Disculpa Fabio por la desvergüenza de mi hermano. Desconoce lo que es la intimidad, el decoro, la mesura, la prudencia...

—Está todo bien. Me siento como si estuviera con amigos de toda la vida...

Y dijo esto, fijando la mirada en Greta, que asintió y reconoció:

—Es verdad. Es como si hubieras estado con nosotros desde el instituto...

Fabio pensó que como hubiera estado desde el instituto con esa chica, ahora estaría requetecasado y con cinco niños como poco.

Pero no se lo dijo...

Y Roque, por su parte, levantó los pulgares, sonrió a Fabio y gritó entusiasmado:

—Sí. Así es, tío. ¡Todos nos sentimos así! Es genial. Esto hay que celebrarlo. ¡Pediros otra! Y a ver si con un poco de suerte, Greta y tú acabáis liados y os resarcís de todos los *ghostings*. Y es que, yo siempre lo digo: cuando uno te cierra una puerta, es porque va venir otro mejor a follarte contra la ventana...

—Ajá... —masculló Fabio, porque no sabía qué más decir.

Si bien pensó que el chico bocazas tenía toda la razón... Siempre venía alguien mejor...

Y allí estaba Greta.

—Es un poco grosero, pero... —comentó Roque.

—¿Un poco? —replicó Jana sin saber dónde meterse.

Roque se encogió de hombros y respondió convencido:

—Es la vida misma...

## Capítulo 12

El lunes a las nueve en punto, Rubén se presentó en el despacho de Jana para firmar el contrato para la prestación del servicio de inversión que habían acordado.

Jana se pasó el domingo dándole vueltas al asunto y al final como siempre triunfó la sensatez y la cordura.

Era más que obvio que no podía perder un cliente como él, así que se metió sus reparos y remilgos en el bolsillo y le escribió un wasap a las doce de la noche para acordar la cita.

A esa hora acabó de decidirse, y a esa hora además pensó que ya estaría dormido.

Pero no...

Porque al momento le respondió:

*Muchísimas gracias.*

Y añadió siete corazones rojos...

Jana al ver tanto corazón se puso de los nervios y le faltó tiempo para replicar:

*Los corazones los dejas para Úrsula. Bórralos, por favor. Yo no quiero más líos.*

Porque eso era lo que era Rubén, pensó Jana. Un liante de marca mayor, con el que nunca se podía bajar la guardia.

¿Qué diablos hacía poniéndole corazones?

¿Es que aún no había escarmentado después de lo que le había pasado con la amiga de Úrsula?

Rubén, por su parte, entendió perfectamente la reacción de Jana; si bien, estaba convencido de que todo estaba controlado:

Son corazones amistosos. No pienso borrarlos.

A Jana no le sorprendieron las palabras de Rubén, pues a terco no le ganaba nadie y decidió para terminar con esa conversación que no conducía a ninguna parte, escribir:

*Buenas noches, Rubén.*

Y Rubén como no podía ser menos, le respondió:

*Buenas noches, Jana.*

Y añadió esta vez veinte malditos corazones rojos...

Jana no pudo evitar sonreír, porque era evidente que lo suyo no tenía remedio.

Y a la mañana siguiente, ahí estaba él, firmando el contrato para invertir un pastón, como si tal cosa.

—¡Hecho! —exclamó entusiasmado tras estampar la firma.

Jana no podía ni creerlo, el chico que tenía más pájaros en la cabeza que nadie, acababa de convertirse en uno de los clientes más importantes de su empresa.

Y los jefes de Jana por supuesto que estaban encantadísimos...

Y ella también. Se alegraba muchísimo de sus éxitos y de que su dinero estuviera a buen recaudo.

Por eso, con una sonrisa enorme le estrechó la mano y dijo:

—Genial. Muchas gracias por confiar en Inversis para la gestión de tu cartera. Créeme que has hecho una gran elección, nuestra empresa lleva años consolidando el patrimonio de cientos de clientes. Somos expertos en manejar el dinero de otros de la forma más eficaz y rentable. Y por supuesto de una forma totalmente transparente. Como te indiqué, tendrás acceso cuando quieras a posiciones y resultados, te enviaremos informes periódicos, podrás controlar los movimientos y la evolución con análisis de rentabilidad, sabemos adaptarnos a los cambios en los mercados, analizamos concienzudamente la volatilidad para controlar el riesgo...

Rubén que seguía pensando en lo frío que le había parecido el apretón de manos, le interrumpió para recordarle:

—Vale, para, Jana. Que soy yo. Te conozco de toda la vida. No tienes que venderme ninguna moto. Todavía recuerdo la bronca que me echaste porque perdí el euro que me diste para comprarte una palmera de chocolate. ¡Un maldito euro! Como para no confiar en ti mi dinero. Sé que lo harás crecer y a mí me importará una mierda, porque el dinero siempre me ha dado lo mismo.

Jana contrarió el gesto y le preguntó con retranca:

—Noto un cierto resquemor en tus palabras. Como si me estuvieras reprochando que te dejé porque a mí me importa demasiado el dinero.

—Buscabas seguridad y tranquilidad, y yo no podía dártelas. Actuaste con criterio y coherencia. No te reprocho nada. Al contrario, confío tanto en tu buen hacer que sé que velarás mejor que nadie por mis intereses financieros.

Por mucho que él dijera, Jana sabía que estaba respirando por la herida; sin embargo, decidió pasarlo por alto y replicar en un tono neutro y profesional:

—El gran equipo de profesionales de Inversis está aquí para eso.

—A mí el resto del equipo me la bufa, no los conozco. Pero a ti sí. Y sé que mi dinero está en las mejores manos.

Jana esbozó una sonrisa y replicó en su papel de asesora:

—Gracias por la confianza.

—Oye, estás muy distante conmigo. ¿Sigues cabreada por lo que pasó el otro día?

Jana se revolvió en su asiento, le miró seria y exclamó:

—¡Lo que pasó fue demasiado fuerte!

—Perdóname. Tenía que haber previsto que me traerías a Úrsula en cuestión de minutos. Eres la mejor bruja del mundo. Y la cosa va bien encarrilada —aseguró Rubén con la mirada chispeante.

Jana, ansiosa por conocer cuáles eran esos avances, preguntó:

—¿Ah sí? ¿Han pasado cosas nuevas?

—No. Todo sigue igual. Pero ya está firmado el contrato, y sé que le hará tremendamente feliz. Como a mí, que estoy encantado de que tú estés ahí cuidando de mi dinero. Todavía recuerdo aquellos tiempos en que salía con diez euros para invitarte al cine y volvía siempre con dinero a casa. ¿Te acuerdas que íbamos los miércoles al cine de las Rosas que valía 3, 50 euros, luego pasábamos al Carrefour a coger dos refrescos de 0.24 euros y después al McDonald's a por una hamburguesa de 1 euro?

Jana se puso roja, porque era tremenda. Y sobre todo porque de repente le dio por recordar los besos en ese cine. ¡Qué besos! Jamás había vuelto a probar nada igual. Pero decidió obviar ese detalle y responder:

—Sí, me acuerdo, sí. Mi madre la pobre solo podía darme para el autobús y tus diez euros había que aprovecharlos bien.

—Por eso confío totalmente en ti. Y en cuanto al otro asunto que nos concierne...

Jana frunció el ceño porque no tenía ni idea de qué estaba hablando:

—¿El qué?

—El de Úrsula. El jueves hay luna llena, tenemos que aprovecharla para hacer un hechizo. El otro día después de que te fueras, me metí en la bañera, pero como estaba tan ansioso por todo lo que había sucedido, yo creo que no me limpié bien. Me siento como bloqueado, no sé si serán los *chakras*, o yo que sé. Pero me noto que no me fluye la energía de tanto penar...

Jana pensó que con esa novia que tenía era imposible que le fluyera nada. Si bien con todo, abrió el último cajón de la mesa de su despacho y sacó de una bolsita de terciopelo una piedra rosa:

—Coge esto. Es un cuarzo rosa. Es una piedra perfecta para ti.

—Pero es tuya...

—Es una piedra para el amor. Y yo como paso, no la necesito. La tengo guardada en el cajón desde hace dos años. ¡Quédatela!

Jana guardó otra vez la piedra en la bolsita y se la entregó a Rubén, que, al sentir el sutil roce de los dedos, se puso duro otra vez.

Para variar...

Pero bueno, sin darle más importancia, se guardó la piedra en el bolsillo de la chaqueta y musitó:

—Muchísimas gracias por regalarme tu piedra.

—Yo con tal de no volver a tu casa, soy capaz de todo —confesó Jana echándose el flequillo a un lado.

—Si vienes, tomaríamos nuestras precauciones.

—No. Deja, deja. No me necesitas para nada. El jueves pon el cuarzo rosa bajo la luz de la luna durante un rato. Después, coge el cuarzo con la mano izquierda y plántate delante un espejo...

—¿De cuál espejo?

—El que te apetezca más. Da lo mismo. El caso es que sea un espejo. Mírate, respira hondo, siente como te envuelve una luz dorada y resplandeciente, aférrate bien al cuarzo y di en voz alta: “Soy amor, todo es amor, me abro al amor, el amor viene...”.

Entre la voz sensual de Jana, la luz dorada y todo lo demás, Rubén sintió que iba a romper los pantalones por la entrepierna. Y del agobio solo pudo farfullar:

—Vale.

Jana le notó tan disperso, que le recomendó para que esta vez el hechizo funcionara a la perfección:

—Apunta la frase, para que no se te olvide.

Rubén, negó con la cabeza y muy apurado, musitó:

—Tranquila, no me hace falta. Es algo así como: “Amor, ven y ábrete...”.

—Jajajajajajajajaja. ¡Ábrete Sésamo! No, hijo, esto no es la cueva de Aladino... ¡Espera que te lo apunto!

Jana cogió un papel y empezó a escribir todo lo que le había dicho hasta entonces:

—A ver que ya sé que no lo he repetido textual, tan solo me he limitado a repetir la idea...

—De ideas, nada. Tú repite esto que pone en el folio y luego con la mano derecha, enciende una vela roja donde previamente hayas escrito con una aguja la palabra: “amor”. Y alrededor pon romero, en tu casa me dejé la bolsa, y lavanda que puedes encontrar en el jardín de tu casa.

—Sí, tenemos lavanda...

—Coges un poco y lo pones alrededor de la vela, junto al romero... Préndela, piensa en Úrsula y después visualízate con ella en el futuro que desees para ambos, mientras dices su nombre tres veces. ¿Te acordarás?

Jana se mordió el labio inferior y Rubén no pudo evitar visualizarse agarrando a Jana por el cuello y besándola de una forma salvaje.

Lo que era la mente...

El caso que se quedó mirándola con una cara de idiota increíble y farfulló:

—Eh, eh...

Y Jana viendo lo empanado que estaba, apuntó también el resto del hechizo. Luego, le explicó:

—El cuarzo rosa atrae al amor, ayuda a superar conflictos amorosos, abre el corazón, trae sosiego y se lleva la pena. La vela roja es para la pasión, para que superéis las fricciones y que el amor vuelva a vuestras vidas.

Jana sonrió y le tendió el folio mientras pensaba en lo chungo que lo tenía Rubén. Porque lograr alcanzar cierta pasión y la fiesta en paz con esa tía tan borde, tan fría y tan siesa rayaba en la categoría de los milagros.

Pero por ella que no quedara...

—Ojalá que así sea —masculló Rubén, tirando de la punta del folio para evitar rozar los dedos de Jana.

—Te deseo todo lo mejor.

Rubén le clavó la mirada y aseguró muy despacio:

—Y yo te deseo a ti.

Jana sintió un acaloramiento súbito y después una imagen de lo más sucia se le vino a la mente.

Espantada, le miró horrorizada y balbuceó:

—¿Cómo?

—Que te deseo siempre lo mejor.

—Ah, claro, claro. Como yo...

—Ya te diré cómo fue con el hechizo. El viernes me voy a Ecuador, vamos a monitorizar un volcán, estaré unos diez días fuera. A la vuelta, si quieres, podemos ir a ver el molino...

Jana pensó que ella sí que estaba ardiendo como un volcán tras escuchar que la deseaba. Y, tras abanicarse con la mano, repuso:

—Perfecto. Cuando puedas...

## Capítulo 13

A primera hora del viernes, Rubén escribió a Jana desde el aeropuerto para decirle que todo había ido muy bien. Pero la verdad era que el hechizo había resultado un desastre.

Bueno, al principio, no...

Lo de la carga energética de la piedra y el espejo fue pan comido, porque además llevaba la frasecita apuntada.

Sin embargo, la cosa se fue de madre tras encender la vela, pues en vez de concentrarse en Úrsula, le dio por pensar en Jana.

Sí. Un desastre. Un despropósito. Una calamidad.

Sin embargo, eso fue lo que sucedió. Súbitamente, Jana apareció en su mente y lo que fue peor, detrás le vino el fogonazo de los dos haciéndolo a lo salvaje, frente a una chimenea en la que el fuego ardía a lo bestia.

Cómo no sería la escena de potente, que Rubén tuvo que dejar la vela ardiendo, meterse en la ducha y masturbarse con rabia mientras no paraba de gritar el nombre de Jana, a ver si así conseguía sacarla de su mente de una puñetera vez.

Vamos, que la había liado parda y cualquiera se lo decía.

Prefirió mentir y seguir como si nada, a la espera de que ese pequeño error a la hora de hacer el hechizo no trajera consecuencias.

Porque ¿si se había visualizado con Jana, había pronunciado su nombre novecientas veces y lo había incluso jadeado mientras se corría, podría haber movido energías para que ella acabara amándole?

Madre mía. Qué catástrofe.

Pobre Jana.

¿Cómo una chica que se merecía un bibliotecario tranquilo, un farmacéutico bonachón o un endocrino juicioso iba a terminar con un flipado de los sensores como él?

Es que no podía ser...

Quería demasiado a Jana como para desearle tremendo castigo.

Por eso, desde que aterrizó en Ecuador no dejó de escribirle para saber cómo se encontraba. Y de paso a meterle por los ojos a un ingeniero de caminos que había conocido en el avión, directivo en una empresa seria y solvente, de treinta y cinco años, fanático del squash y aburrido como él solo.

Vamos, el candidato ideal para Jana...

Con un tipo así al lado jamás le iba a faltar ni seguridad emocional, ni financiera.

Tenían que acabar juntos como fuera y por supuesto antes de que la magia del hechizo trucho pudiera surtir efecto.

Y por si eso no fuera bastante parar contrarrestarlo, con la excusa de que seguía bastante ansioso y que tenía un insomnio de caballo, cosa que era por otro lado verdad, a los dos días de



llegar, le pidió que le recomendara un hechizo que se llevara las malas energías y los malos pensamientos.

Todo eso tan malo era la atracción sexual irrefrenable que sentía por Jana y de la que necesitaba librarse de una vez, para que todo fuera por la buena senda.

Porque era más que obvio que la magia que hiciera en lo sucesivo para atraer a Úrsula no iba a funcionar mientras tuviera ese come-come sexual hacia Jana latiendo en su interior.

Pero claro, esto a Jana no se lo podía decir, por eso se limitó a confesarle que estaba muy angustiado y ansioso, con un bloqueo de todo de pelotas, y ella le emplazó para la luna nueva que tendría lugar en diez días.

Y como a Rubén todos esos días le parecieron un siglo, no le quedó más remedio que llamarla desde el hotel donde se encontraba desayunando, pues calculó que con la diferencia horaria Jana estaría almorzando:

—¡Hola Jana! Perdona que te moleste...

—¡Hola! No molestas para nada.

Al contrario, Jana llevaba un par de días que no paraba de troncharse de la risa, porque Rubén parecía empeñadísimo en concertarle una cita a ciegas con un tal Jaime Bustillo, un directivo de una empresa de ingeniería civil que había conocido durante el vuelo y que según él era perfecto para ella.

—Te llamo porque no puedo esperar a la luna nueva. Necesito algo para que se me vayan las energías sucias —musitó aferrado a un zumo de naranja recién exprimido.

Jana que estaba comiendo sola en el bar de la esquina, soltó una carcajada y preguntó:

—¿Cómo que sucias? ¿Quieres decir tóxicas?

—Sí, bueno... Todos los pensamientos que me sobran de la mente. ¿No puedo hacer un conjuro, tomarme unas hierbas o lo que sea? Es que necesito sacarme con urgencia todo lo turbio que tengo en la mente...

—Utilizas unos adjetivos, hijo mío. Imagino que quieres decir pensamientos negativos...

—Son pensamientos que no pueden ser. Sí.

—Creo que lo mejor va a ser que te tomes un Lorazepam.

—Deja, no quiero recurrir a la química.

—Yo en la luna nueva puedo hacer algo. Es el viernes de la próxima semana. Si quieres vamos a que conozcas el molino y allí en plena naturaleza puede funcionar muy bien lo que tengo ideado.

Rubén pensó que porque aguantara unos cuantos días más ese deseo atroz tampoco pasaba nada. Solo iba a matarse a pajas y ya está...

Si bien, lo preocupante era que Jana empezara a sentir algo por él, por eso no le quedó más remedio que traer otra vez a colación al bueno de Bustillo:

—Me parece perfecto. Ese día nos vemos. Y hablando de todo un poco, ¿te has metido en el Instagram de Jaime? Habrás podido comprobar que es un chico de lo más completo y confiable.

Jana estuvo a punto de escupir el agua que tenía en la boca y luego se partió de risa:

—Jajajajajajaja. ¿Pero qué obsesión te ha entrado con emparejarme con ese tío?

—Me cayó muy bien. Y tengo el palpito de que haríais una pareja estupenda.

Como Rubén se estaba poniendo tan pesado, a Jana no le quedó más remedio que confesar, mientras se terminaba la ensalada tropical:

—Le he cotilleado un poco el Instagram y el tío parece un poco muermo.

Rubén pensó que más que un poco era un soberano peñazo de tío, pero perfecto para darle a Jana justo lo que necesitaba.

—Es un tipo serio, con un mundo interior apasionante, es reflexivo y profundo. De los que les gusta ir siempre más allá en todo...

Jana pensó que de los que les gusta ir más allá en todo menos en el sexo, porque el tío tenía una pinta de remilgado que no podía con ella.

Rubio, con el pelo peinado hacia atrás, gafitas redondas, afeitado apurado y vestido siempre en su tiempo libre como un golfista retirado.

—Ya. Si debe ser muy buena persona, tiene fotos colaborando con proyectos solidarios de todo tipo. Y se ve que no para de viajar, que asiste a conciertos, que frecuenta restaurantes elegantes... Pero es que físicamente no es mi tipo, a mí los tíos con ese aspecto tan atildado y tan pulcro, no me atraen para nada.

Rubén pensó que la verdad era que ese tío tenía pinta de no haberse comido un clítoris en su vida, pero con todo insistió:

—No te puedes fiar de las apariencias. Yo pienso que este tío es un joyón...

—Jajajajajaja. Sí, seguro que sí. Pero es que me gustan más de otro estilo...

—Sí, más tipo cabra loca como yo. Pero ese tipo no te conviene... Y tú lo sabes. Tienes que poner el foco en Bustillo. Hazme caso. Es una apuesta segura.

Jana se echó a reír y repuso porque aquello estaba empezando a oler demasiado:

—¡Pero qué interés más raro tienes en endosarme a este tío! Voy a empezar a mosquearme.

Y Rubén replicó con la verdad...

—Estoy única y exclusivamente interesado en tu felicidad.

Claro que obvió la parte del hechizo truncado y el pánico que tenía a que pudiera llegar a enamorarse de él.

—Ah, por eso no te preocupes. Estoy felicísima. ¡Mejor que nunca! Así que tranquilo...

—Ya, pero imagina que de repente te sobreviniera un enamoramiento súbito por alguien que fuera claramente inconveniente.

—¿Y por qué tengo que imaginar esa desgracia? Además, eso no va a pasar.

—¿No? ¿No podrías enamorarte de golpe y porrazo irremediamente de alguien inapropiado?

—Sí, bueno, sí. Podría, ya me pasó contigo. Pero luego hice acopio de sensatez y de cordura y...

—Me mandaste a la mierda. Es verdad. ¿Y crees que ahora también podrías controlarlo?

Jana ya bastante mosqueada cuchicheó a la vez que el camarero le traía el segundo plato:

—¿El qué? ¿Enamorarme de ti?

—De mí —respondió metiendo la pata hasta al fondo y para arreglarlo añadió—: o de uno como yo. O sea, quiero decir, que si ¿podrías poner freno a un enamoramiento súbito de un tío inadecuado?

Jana dio bebió un sorbo de agua al tiempo que se preguntaba adónde querría ir a parar Rubén con tanta preguntita absurda:

—Pues claro. Insisto: ya lo hice contigo.

Rubén resopló aliviado, se bebió el zumo del tirón y repuso:

—Es verdad. ¡No imaginas qué peso me quitas de encima!

Jana ya mosqueada del todo, le preguntó mientras cortaba un trocito de pechuga de pollo:

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

Rubén, después de morder una manzana, repuso con total sinceridad:

—No, es solo que me importas.

Y tras decirlo sintió un escalofrío por todo el cuerpo muy raro, que al momento achacó a que habrían conectado el aire acondicionado.

Y Jana sin darle la menor importancia, siguió comiéndose la pechuga a la vez que aseguraba:

—Tú no te agobies por mí, que ahora bato récords huyendo de las malas compañías.

Rubén estaba ya bastante más relajado; sin embargo, para terminar de asegurarse de que esa chica estaba completamente fuera de peligro, le preguntó:

—No sabes cuánto lo celebro. Y otra cosita. No es para mí... Es para un amigo, para Bustillo que me lo preguntó... —masculló sintiéndose un imbécil, pero tenía que salvar a Jana.

—Sí, dime...

—Si te masturbas gritando el nombre de alguien ochocientas veces ¿se puede desatar alguna suerte de energía que haga que esa persona venga a ti?

Dado que Bustillo tenía pinta de cogérsela con pinzas y mirando para otro lado, Jana dedujo que Rubén se había hecho un apaño gritando el nombre de la siesa de Úrsula.

Y le dio mucha pena que un chico tan apasionado hubiera caído en las redes de esa tía tan fría, pero ese no era su problema.

Al contrario, tenía que alegrarse de que la deseara de esa manera tan intensa y tan loca...

Aunque el caso era que no se alegraba...

Sería porque el día estaba nublado, porque la mañana había sido muy estresante o porque cuando saliera de la oficina le tocaba hacer la compra.

Sí, por todo eso sería... Pero no porque a ella le molestara que Rubén se la cascara pensando en esa tía cretina.

No, para nada.

Y le respondió, rotunda, para que saliera de dudas:

—Por supuesto que sí. Esa clase de magia funciona. Haces eso pensando en alguien, le dotas de intención y acaba sucediendo...

Y tras decir esto, a Jana de pronto le entró la duda de a ver si Rubén había vuelto a su vida por culpa de la cantidad de veces que se había tocado pensando en él.

Pero no...

Era absurdo.

Lo había hecho por puro vicio, es decir sin ninguna intención de nada.

El caso fue que mientras Jana rumiaba todo eso, Rubén exclamó:

—¡No me jodas! Si eso fuera así, legiones de mujeres habrían llamado a mi puerta rendidas de amor.

—No sé por qué no me extraña...

—Es una exageración lo de las legiones. Pero me cuesta creer que pajearse pensando en alguien pueda tener alguna consecuencia...

—Si pronuncias su nombre todas las veces que has dicho, hay luna llena y una intención: sí que la trae. Sin lugar a dudas...

## Capítulo 14

Rubén no paró los siguientes días de darle vueltas al asunto de la paja mágica y le generaba tanta ansiedad que todas las noches acababa masturbándose como un poseso.

Y no erotizándose con Úrsula, precisamente...

Resulta que se pasaba el día intercambiando mensajitos con Jana de lo más inocentes, que si una foto a los pies del volcán, que si otra de una laguna de aguas tan verdes como sus ojos, que si otra en la selva haciendo el mono con un mono... Y así...

Una foto tras otra, unas risas tras otras, un comentario tras otro, una confidencia boba tras otra, unas buenas noches con tres emoticones de beso-corazón, unos buenos días con cinco corazones rojos de amistad absoluta...

Y así pasaba, que llegaba la noche, se ponía a repasar los mensajes, se quedaba como un idiota mirando la foto de perfil de Jana, con ese flequillo siempre mal cortado, esos ojazos verdes, esa boca que era una locura y terminaba como terminaba.

Porque cerraba los ojos con la intención de dormir, le entraba la culpa de haberle echado encima la magia del hechizo trucho y luego la de la paja loca, se ponía terriblemente nervioso y para calmarse recurría siempre a lo mismo.

Empezaba a tocarse y zas...

Al instante ella invadía su mente, y comenzaban a hacer cosas en todas partes y de infinitas maneras.

Cosas que no eran conjugar verbos o ir a recoger setas al campo.

Obviamente.

Pero todo sin intención.

Es decir, se erotizaba pensando en ella: sin más.

Sin intención de ningún tipo.

Una paja de lo más desinteresada...

Bueno, le deseaba siempre que tuviera salud y trabajo, como cuando se reza frente a San Pancracio.

Y ya está.

De ahí no pasaba.

Eran meros desahogos terapéuticos para relajarse y conciliar bien el sueño.

Y eso no tenía por qué traer ninguna consecuencia.

Tan solo la paja de la ducha donde gritó su nombre, pero a tenor de cómo transcurrieron los días: todo parecía que estaba tranquilo.

De momento, Jana no daba muestras más que de amistad y de unas ganas de vacilarle a todas horas que era alucinante.

La tía se lo estaba pasando teta a su costa. Y es que no dejaba de pedirle que le enviara fotos con la excusa del paisaje, pero no sabía cómo lo hacía que siempre acababa burlándose de sus

pintas de explorador, de sus poses ridículas junto a guacamayos o de cómo siempre terminaba hasta las cejas de mierda, porque él era de los que le gustaba lanzarse al barro para colocar sus sensores.

Y no le importaba en absoluto, pues después de las semanitas que llevaba pasadas penando por Úrsula, había vuelto a sonreír.

Sonreír y doblarse de la risa con los comentarios de Jana que estaba sembrada siempre que se trataba de hacer sangre a su costa.

Se lo pasaba genial tonteando por WhatsApp con ella.

Le sentaba bien, ya no lucía esas ojeras espantosas, ni parecía un alma en pena.

Ahora dormía como un tronco, gracias a los desahogos terapéuticos y se pasaba el día a carcajada limpia.

No obstante, por mucho bien que le estuviera haciendo, ya había llegado la hora de sacarse a Jana de la mente.

Porque aquello no podía alargarse por más tiempo.

Tenía que centrarse en lo importante que era recuperar a Úrsula, y por eso entró con la mejor disposición de ánimo en el coche de Jana que fue a recogerle a la oficina a las cuatro de la tarde, del tan esperado viernes de luna nueva.

—¡Hola! —saludó Rubén con tanto ímpetu y energía que le acabó plantando un beso en los labios.

Jana se apartó dando un respingo y exclamó con una cara de pánico tremenda:

—¡Ay Dios!

Rubén se mordió los labios, se revolvió el pelo con la mano y musitó:

—Perdona, no era mi intención...

—Imagino que no —masculló Jana, nerviosa, mientras arrancaba el coche.

—Es que he entrado con demasiadas ganas. Perdóname...

Y estaba tan guapa... Llevaba un vestido estampado con margaritas, de mangas abullonadas y cortísimo, que era una mezcla explosiva entre lo tierno y lo *sexy*.

Pero él no estaba ahí para hacer ese tipo de apreciaciones...

No. No. Y no.

Jana le miró de soslayo y, con una punzada en la tripa, preguntó ansiosa:

—¿Ganas de qué?

—De conocer el molino y de que hagamos el hechizo de luna nueva para que se me vaya toda la guarrería mental que tengo.

Jana pensó que para guarrería mental la suya, que desde que estaba todo el día de coña con él wasap va, wasap viene, no paraba de tener sueños de lo más húmedos.

Y mira que se programaba cada noche para soñar con otra cosa, pero nada...

Todas las noches aparecía él para hacer de las suyas.

Bueno, que ella tampoco se quedaba corta.

Pero qué le iba a hacer...

La atracción que sentía por él siempre había sido incontenible y, si ahora se pasaba todo el día viéndole en fotos, lo más normal era que irrumpiera en sus fantasías.

Y solo en sus fantasías, pues más líneas no podía cruzar, por eso se había alterado al escuchar lo de sus ganas...

Que mientras fueran por sus hechizos y sus cosas, todo estaba perfecto.

—Ah, sí. El molino y la luna nueva. Claro, claro... ¿Tienes planes para esta noche? —preguntó Jana, con la vista puesta en la calzada.

La pregunta no pudo ser más inocente; sin embargo, despertó algo en Rubén que hizo que se pusiera duro como una piedra. Tremendo. Una cosa horrible...

—¿Está noche? —farfulló sin querer ni mirarla de la vergüenza que tenía encima.

¿Pero para qué demonios le estaría preguntando eso? ¿Se le estaría pasando por la cabeza alguna cosa rara? ¿La magia de la paja loca estaba empezando a hacer efecto?

—Sí. El hechizo hay que hacerlo con la luna nueva, así que tendremos que esperar a que anochezca y tal. Además, como no sé cuánto voy a tardar en encontrar la varita...

—Ah ¿no la traes de casa?

—No, no soy Harry Potter. Utilizo una para cada ocasión... Me concentro, pienso en la persona a la que voy a ayudar y pido para que la varita venga a mí. Luego, me doy un paseo por donde toque, un parque, un campo, un bosque y siempre la encuentro. Unas veces tardo más, otras menos... Por eso te digo que a lo mejor se nos hace tarde.

—No importa. No hay problema. Mi único plan es meterme en la cama y dormir a pierna suelta. Y soñar con ella. Porque no fallaba ni una noche a la cita, pero no se lo dijo...

—¿Entonces ya duermes mejor?

Desde que se mataba a pajas, sí... Como un tronco. Pero en su lugar respondió:

—Sí. Mucho mejor.

—Eso es que el baño ritual está empezando a hacer efecto.

—Sí, puede ser. Porque ¿los hechizos estos cuánto tardan en hacer efecto? —preguntó pensando en la que había liado con la luna llena.

—Depende. Unos más, otros menos...

—Vaya. ¿Y siempre funcionan?

Jana asintió con la cabeza y, tras pararse en un semáforo, aseguró:

—Siempre.

Rubén se pasó la mano por la cara, luego bufó y lívido de puro pánico musitó:

—Pues vaya...

Jana le notó tan descompuesto, que para tranquilizarle repuso:

—No te agobies. Esto hay que tomarlo con paciencia, pero al final ocurrirá. Úrsula volverá...

—Úrsula. Sí, claro...

—Bueno, pues poco a poco. Ya estás durmiendo mejor y ahora hay que esperar a que el hechizo de luna llena funcione. Con el de esta noche acabarás de armonizarte y yo creo que ya con eso, estaría todo.

—Te advierto que si el de la luna llena no funciona tampoco pasaría nada.

Jana arrancó, tras mirarle alucinada y preguntó:

—¿Cómo que no pasaría nada? Tú quieres volver con Úrsula...

—Sí, por supuesto que sí.

—Entonces tiene que funcionar... Ya verás como sí. Tú, tranquilo. Todo saldrá bien. Por cierto ¿sabes algo nuevo de ella?

—Después de lo que sucedió en el cuarto de baño de mi casa, Mayte me llamó para echarme la bronca por haberle hecho pasar a Úrsula por otra humillación. Le expliqué que todo había sido un

malentendido y no me creyó... Esta sigue pensando que yo deseo comérselo todo. Que ya ves tú las ganas que tengo ¡Menudas tienen que ser sus chapas postcoitales! Yo acabaría metiendo la cabeza el horno, antes que dejarme sepultar por su montaña de desdichas y lamentos. Y luego, después de firmar el contrato contigo, le escribí un correo electrónico a Úrsula para contarle que ya era un inversor como su papá. Y cuál no fue mi sorpresa que me contestó al momento para interesarse por mi plan financiero, y hasta se despidió con: “Un besito”. Que en ella que es de natural arisca, es todo un mundo...

Jana pensó que no podía caerle peor esa raspa, pero en su lugar dijo:

—Vaya, entonces parece que la cosa avanza...

—De momento, no ha pasado nada más. Yo paso de agobiarla o de presionarla. Ella ya conoce cuáles son mis intenciones, con lo del plan de inversión le estoy mostrando que estoy cambiando de verdad, y ya sabe dónde estoy.

—Pues ya verás cuando le enseñes el molino... Le va a fascinar... Es precioso. Lo tenemos en exclusividad, es de una clienta mía, y dice que se fía completamente de mi olfato para que le elija al mejor comprador. Tiene mucho cariño a su molino, pero se va a mudar a vivir definitivamente con su hija a Canadá. Prefiere venderlo y comprarse otra cosa allí. En su día me pidió que lo vendiera a alguien muy especial, que amara su casa tanto como ella, y de momento no ha aparecido nadie.

Rubén se revolvió en el asiento y preguntó con suma curiosidad:

—¿Y te parece que yo soy alguien muy especial?

—Sí, de toda la vida —respondió Jana sin dudarle.

—¿Especial o *especialito*?

—Las dos cosas. Y también te digo que como tengas un flechazo con el molino, compra porque tiene un precio estupendo y como inversión merece muchísimo la pena.

Rubén la miró y pensó en voz alta, mientras el tráfico transcurría lentísimo por la M40:

—¡Qué suerte tengo! Es un lujo poder contar contigo. Debes ser de las pocas que le den a la brujería y a las finanzas.

—No creo. Tiene que haber muchas más...

—No, ya, y brujas cabronas a patadas... Como brujos... Pero, así tan buena, tan altruista, tan generosa...

Jana se encogió de hombros y replicó medio en serio, medio en broma:

—Bueno, tampoco te pases. Yo en el fondo solo deseo perderte de vista.

Rubén suspiró, apoyó la cabeza en el reposacabezas, cerró los ojos y susurró en voz baja:

—Ojalá la magia lo permita...

—¿Qué? —preguntó Jana que solo entendió lo de “magia”.

Rubén dio manotazo al aire y replicó, abriendo los ojos y dejando la vista perdida en la carretera atestada de coches:

—No, nada... Una tontería propia de un chico muy especial...

## Capítulo 15

Dos horas después, llegaron al molino en la Serranía de Guadalajara, que a Rubén le fascinó.

Si ya le había gustado en fotografías, en cuanto tuvo esa maravilla delante acabó de enamorarse por completo.

De la casa de piedra, del río que pasaba por debajo, del jardín, de la piscina enorme, de la casa de invitados, de la chimenea del salón, de la luz, de la amplitud de las estancias y sobre todo del dormitorio principal donde no pudo evitar que se le viniera a la mente la imagen de él y Jana metidos en esa cama enorme...

—La cama es de las que te gustan a ti —le dijo Jana con una sonrisa enorme.

Rubén se quedó mirándola con una cara de idiota tremenda y solo pudo farfullar:

—Ajá.

—Es grande y muy confortable. El colchón es nuevo. Si quieres probarlo...

—Sí —replicó Rubén desde su pervertido inconsciente, porque claro que lo quería probar, pero con ella. Y se puso tan nervioso por si era descubierto, que carraspeó y añadió—: Sí, digo que sí se aprecia que es muy cómodo... ¡Salta a la vista! No quiero probar... Gracias.

—La decoración tiene mucho encanto, parece que estás en la Toscana. Y las vistas al río me parecen un sueño...

Rubén pensó que encerrarse en ese dormitorio con ella, más que un sueño debía parecerse demasiado al paraíso.

—Uf... —bufó poniéndose malísimo de lo suyo.

—Estás impresionado, ¿eh? ¡Te lo dije! A Úrsula este lugar le va a volver loca...

Rubén pensó que en ese justo instante lo que menos le apetecía era pensar en Úrsula...

Él quería quedarse atrapado para siempre ahí, con la chica que llevaba trastornándole desde que tenía doce años.

Úrsula...

Buah.

¿Quién quería pensar en Úrsula?

Pues ella. Obviamente. La chica que quería perderle de vista cuanto antes...

Y en el fondo era lo mejor, no en vano se había hecho toda una experta en alejar a las malas compañías.

Y él lo era.

Y no porque le gustaran demasiado las faldas, porque estando enamorado practicaba tan ricamente y encantado la exclusividad sexual.

Y lo había demostrado con creces con Úrsula...

Era más su forma de ser, apasionada, emprendedora, aventurera y loca lo que iba a terminar desquiciándola por completo.

Así que para qué empezar algo que iba a acabar como el Rosario de la Aurora...



Jana tenía razón...

No obstante, como no podía aguantar ni un segundo más en esa habitación, sin que se le vinieran a la cabeza imágenes tórridas con ella, le pidió en un tono que sonó un tanto borde:

—Vámonos. Ya he visto demasiado...

—¿Por qué te has puesto tan serio de repente? ¿Crees que a Úrsula no le va a gustar?

Lo que creía era que tenía que sacarse a Jana de la cabeza como fuera. Por eso, consultó la hora en su Rolex Explorer y respondió mostrándoselo:

—Lo que sé es que mira la hora que es y tenemos que ir a buscar la varita antes de que anochezca.

Jana se quedó mirando el reloj y exclamó impresionada:

—¡Vaya peluco! El último que te conocí era el de Casio con calculadora...

—Es un regalo de Úrsula. Le va muy bien con su empresa de *catering*. Y aunque le fuera mal, tiene un padre con el riñón más que cubierto.

Jana no pudo evitar fijarse en las manos de Rubén, grandes, anchas fuertes...

Cómo le habían gustado siempre sus manos y lo que hacía con ellas.

Pero bueno...

—Muy bonito el reloj, Úrsula tiene buen gusto.

—Sí, por eso me ha mandado a la mierda. Como tú...

Jana sonrió, dio un manotazo al aire y replicó:

—Anda, vamos al campo a buscar la varita...

Jana se dirigió hasta la puerta del dormitorio, y justo antes de cruzar el umbral, Rubén confesó:

—Sigo siendo un Casio. Nunca seré otra cosa.

Jana se giró, vio cómo él se acercaba hasta quedarse muy cerca de ella y habló:

—Yo también tenía otro Casio. Uno rosa. ¿Te acuerdas? A mí los Casio me encantan... Los relojes, claro... Solo hablo de relojes.

—Ya, ya...

Salieron de la casa, caminaron por un sendero de piedras, cruzaron un puente y aparecieron en un campo en el que la primavera estallaba por todas partes, entre pinos, cipreses, olivos, algarrobos, vides, higueras...

Jana entonces se paró, y le explicó a Rubén para que supiera lo que iba a hacer:

—Ahora déjame que me concentre unos instantes, que tengo que pensar en ti y pedir a la naturaleza que me lleve hasta la varita que necesitamos para ayudarte.

—Vas a pensar en mí... —dijo Rubén con la mirada chispeante.

—Sí, esto se hace siempre... Hay que concentrarse en la persona...

—Sí, claro. Tú piensa, piensa...

Mientras fuera como bruja que pensara lo que quisiera...

Jana cerró los ojos y se dispuso a pensar en él, que esa tarde estaba guapísimo con unos Levi's que le marcaban un culazo tremendo y una camisa blanca que le quedaba tan bien que daban ganas de arrancársela.

¡Vaya manera de pensar en él!

Jana se mordió los labios ansiosa, y se esforzó por traerlo a su mente sin ninguna carga erótica.

Era difícil porque le ponía demasiado, pero lo iba a lograr...

Y mientras ella se afanaba en eliminar de su mente hasta el último de sus pensamientos

lujuriosos, Rubén estaba mirándola hipnotizado, con unas ganas tremendas de morder los labios que ella acababa de morderse, llevarla a los trigales y ponerse a juego con la naturaleza, estallando como posesos.

Estallando de mil y una maneras... Y luego haciéndolo contra los árboles, primero un ciprés, después un algarrobo...

En fin, que estaba mal.

Tremendamente mal.

Por eso, no pudo evitar mascullar, aunque sabía que Jana iba a echarle la bronca por romperle la concentración:

—Me da que lo vas a tener muy complicado conmigo. Me temo que voy a ser uno de tus grandes retos como bruja.

Jana abrió los ojos, le fulminó con la mirada, se llevó el dedo índice a los labios y bufó:

—¡Calla! ¡Ya casi lo tenía!

—Perdona, es que veo que esto tiene mal arreglo. Tengo demasiadas energías dentro muy confusas. Y no sé, pero es que lo veo chungo.

—No me subestimes, por favor.

Jana volvió a cerrar los ojos y le fue mucho más fácil concentrarse en él de la forma más neutra posible y pedir a la naturaleza que le llevara hasta la varita.

Luego respiró hondo, soltó el aire, abrió los ojos y le dijo:

—Ya está. Ahora demos un paseo, hasta que encontremos la rama.

Se echaron a andar y bajo el sol que aún pegaba a pesar de que eran las siete y pico de la tarde.

El cielo estaba despejado, no se movía ni una hoja y solo se escuchaba el canto de los pájaros desde los cipreses.

—Ayer hizo mucho viento y hay ramas por todas partes —comentó Rubén, señalando al suelo.

—Ya, pero no sirve cualquiera. Ni tampoco hay que cortarla.

—¿Y cómo es la rama que buscas? ¿Tipo varita clásica de bruja de toda la vida? En el instituto solo usabas la escoba...

—Cualquiera que te escuche... Estaba angustiada por la situación económica tan mala que teníamos en casa y hacía lo que me enseñó mi abuela, barría lo malo, lo echaba hacia fuera... Y la varita comencé a usarla a raíz de un encuentro que tuve con una bruja en el Retiro. Yo estaba paseando y me fijé en una rama que me llamó poderosamente la atención. Me agaché a por ella, y una señora que estaba sentada en un banco, me explicó qué era realmente lo que acababa de encontrar. Y compartió conmigo algunos secretos. Como que no hay que buscar una rama de dimensiones concretas. Es más, no hay que buscar, hay que dejar la cabeza a un lado y solo sentir con el corazón. Yo suelo pasear y aparece... De repente, lo sé. Ahí está. Mi rama. Pasa como con el amor... El amor no se busca, sino que inesperadamente aparece y algo en tu interior te dice que esa es la persona.

Rubén se quedó mirando fijamente a Jana y con el corazón latiendo con fuerza masculló:

—Qué me vas a contar que no sepa.

Jana sabía perfectamente de lo que estaba hablando, por eso replicó acelerando el paso y retirándole la mirada porque no podía resistirla:

—Pues sí. Con Úrsula te pasaría algo así.

Rubén dio un par de zancadas para alcanzarla y le confesó con absoluta sinceridad:

—Con Úrsula no pasó eso. Con Úrsula empezó siendo una relación laboral, la contraté para varios eventos que hicimos en la empresa, después empezamos a salir, y poco a poco nos dimos cuenta de que estábamos a gusto juntos. Pero jamás sentí por ella esa certeza que tuve contigo. Porque lo sentí y sé que aún...

Rubén no pudo acabar la frase, porque Jana muerta de los nervios se puso a gritar:

—¡Ahí esta! ¡Esa es la rama!

Y salió corriendo despavorida, y no precisamente porque estuviera sintiendo la llamada mágica de la rama. No.

Es que estaba muerta de miedo.

Así que se lanzó a por el primer palo que encontró, tiró de él y sacó:

—¡Joder! ¡Menuda cornamenta! —exclamó Rubén, que no daba crédito.

Jana con las cuernas de un gamo en la mano, solo pudo farfullar:

—Es época de desmogue y tal...

Rubén bufó molesto, primero porque no le había dejado terminar la frase con el ataque de histeria que le había dado. Cuando lo que iba a decirle era muy importante y tranquilizador para ella. Y no era más que lo suyo, aunque era tan fuerte que hasta podía sentirlo en ese justo instante, sabía que no podía ser. Y punto. Era maduro, lo aceptaba y lo asumía. Pero lo de los cuernos es que no le hacía ninguna gracia...

—¿Y por qué te ha dado el pálpito por unos putos cuernos? ¿Es porque te sentías una cornuda conmigo? No me cansaré de decirte que siempre te fui fiel. Así que no. Me niego a que la varita que utilices conmigo sea de puro cuerno de venado. Porque no... Eso lo dejas para el *politrucho* ese que tuviste. Pero conmigo, no...

Jana dejó la cornamenta donde estaba y le preguntó porque no podía ser que él supiera eso. O sí, claro. Roque. El bocazas de Roque:

—Me he confundido, pensé que era tu varita. Hay que seguir buscando... Y en cuanto al *politrucho* es que no quiero ni mentarlo. Mi hermano traidor ¿qué te contó? ¿Qué lo pasé mal con él?

—Básicamente que tienes un historial amoroso de pena.

Jana resopló, alzó la barbilla cargada de dignidad, y farfulló:

—Pues anda que él...

—Pues como todos —replicó Rubén encogiéndose de hombros.

—Yo me llevo la palma. Lo de este tío fue demasiado... Tú sabes qué shock, no podía creerlo cuando esas tías llamaron a mi casa para contarme que Víctor estaba con ellas. Lo pasé fatal, sentí todo el dolor, toda la rabia, todo el odio... Pero cuando digo todo es todo, hasta que un día desperté y ya no había nada. Por primera vez, logré elevarme por encima del ego que me estaba haciendo sentir toda esa mierda. Y sobre todo sentí, que a pesar de lo que me había hecho sentir ese ser, a pesar de que llegué a sentirme como una piltrafa, dentro de mí había algo que nunca había dejado de ser perfecto. Y me liberé por fin...

—Cuánto me alegro. Aunque te advierto que si me hubieras llamado te habría dicho lo mismo y te habrías librado de ese calvario. Eres perfecta, siempre lo has sido.

## Capítulo 16

Jana se quedó mirándole, sonrió emocionada y sin más le estampó un beso en los labios.

—Muchas gracias. Por estas cosas te quería demasiado...

Rubén se llevó la mano a los labios que le ardían y mirándola alucinado preguntó:

—¿Y esto?

—Un beso.

Un beso porque le daba la gana. Un beso porque a ratos se cansaba de ser tan autocontrolada, tan prudente y tan juiciosa. Porque le apetecía. Porque se lo pedía el cuerpo. Porque de repente le dio todo lo mismo...

¿Sería el campo? ¿La primavera? ¿Lo feliz que le hacía estar allí? No tenía ni idea, pero se había dejado llevar y se sentía mejor que nunca.

—Ya. Pero ¿por qué? Y no digas que me querías demasiado, porque sabes que es algo que me pone de los nervios. Nunca se quiere demasiado. Se quiere y ya está.

—Pero es que yo te quería tanto, que era demasiado. Y me da igual que no lo entiendas. Venga, sigamos caminando que a este paso se nos va a hacer de noche...

—Respóndeme antes, por favor. ¿Por qué me has besado?

—Porque tenía que hacerlo. Me ha salido así.

—Sí, pero tú no eres impulsiva. Tú eres racional, lógica, sensata...

Jana entendió a la perfección que Rubén estuviera tan descolocado. Hasta ella misma lo estaba... Si bien, sabía que ese beso no tenía más recorrido.

Así que sonrió, se echó el flequillo a un lado, precisamente el gesto que a Rubén le volvía loco, y le explicó:

—No te comas la cabeza. Es solo un beso. Es la mejor forma que he encontrado de darte las gracias por tus palabras.

—No tienes que dárme las. Es la pura verdad.

—Por mucho que insistas no te voy a devolver el beso.

—No, si no pienso devolvértelo...

Él lo único que quería saber era si es que el hechizo de la luna llena estaba haciendo efecto o si le había besado por iniciativa propia. Pero sabiendo que había sido solo uno, y por gratitud...

Se quedaba más tranquilo...

O no.

No sabía. Tenía un lío en la cabeza tremendo. Y una felicidad en el cuerpo tan absurda y loca como cuando tenía quince años y la del flequillo le gustaba tantísimo que se mataba a estudiar para comprarle un palacio en el que iba a sentirse segura para siempre.

—Sígueme... —le pidió Jana, con un gesto de la mano.

Luego se echó a andar y él la siguió con la convicción de que en ese momento lo único que le importaba en el mundo era ella.

Y solo ella.

Y así estuvieron caminando un buen rato, hasta que Jana se paró de repente y lo sintió...

—¡Ya la he encontrado! ¡Es esa!

Rubén miró la rama que Jana estaba señalando con el dedo índice, una seca de sauce de unos treinta centímetros, que le pareció como las otras muchas que les habían salido al paso.

—¿Sauce por qué? ¿Me ves como un llorón? —preguntó algo mosqueado.

—No tiene que ver contigo. Con el sauce se hacen buenas varitas... Y esta me ha llamado. No puedo decirte más. Los flechazos son así: solo pueden entenderlos los que lo padecen. Y ahora guarda un poco de silencio, que voy a dar gracias a la naturaleza y pedir permiso para llevármela...

Rubén se puso a mirar para todas partes y preguntó:

—¿A quién, a los gnomos del campo?

—Calla, no me desconcentres. Se lo pido a la madre naturaleza... En mi corazón siento que me da su permiso y... —musitó Jana agachándose—: ahora sí que puedo coger la rama para llevármela al molino...

Jana se incorporó con la varita en ristre y Rubén maravillado, preguntó:

—¿Y ahora qué? ¿Seguimos caminando hasta encontrar la escoba?

—Como no sigamos caminando hasta el Mercadona más próximo... —bromeó Jana—. Con la varita me basta. Regresemos que quiero tenerlo todo listo para cuando caiga la noche...

Jana comenzó a caminar a buen ritmo, al tiempo que Rubén comentaba cosas como:

—¿Quién me iba a decir que me lo iba a pasar tan bien buscando palitos en el campo! Si me lo llegas a proponer de buenas a primeras, hasta me habría ofendido, por tu forma sutil de llamarme perro.... Pero una vez que lo he probado, repetiría las veces que hicieran falta. ¡Y lo que queda! Porque ahora supongo que vienen las manualidades: pulir la rama, barnizarla, añadirle pelos de algo...

Jana se echó a reír, a la vez que pensaba que ella también se lo estaba pasando genial y repuso:

—Sí, de sapo. ¿Te puedo arrancar uno?

Y así entre risas y una puesta de sol magenta, llegaron al molino cuando empezaban a encenderse las luces de las farolas.

Jana le pidió a Rubén que le sujetara la varita mientras iba al baño, allí se lavó las manos y volvió al salón donde le estaba esperando Rubén.

Luego, cogió su bolsón y sacó algo que a Rubén le dejó estupefacto:

—¡Llevas también KH7 en el bolso!

—Es un *spray* con una mezcla de salvia, romero y tomillo que utilizo para limpiar y purificar.

Jana cogió la varita, la pulverizó con la infusión y luego se puso a hablar con ella para pasmo de Rubén:

—Varita, con tu permiso y si tienes la bondad, vamos a desbloquear las energías de Rubén Navarro.

—¡Ay madre! Hablas con las ramas como si fuera Siri...

Jana le fulminó con la mirada y le exigió para que no fuera con el cuento a Úrsula:

—Esto que no salga de aquí.

—No, no. Yo soy una tumba.

—Sí, como cuando le contaste a tu novia lo de los gnomos.

—A mi ex. Ya no es mi novia.

—De momento...

A Rubén en ese instante lo único que le preocupaba era que Jana pensara que era un bocazas como su hermano. Y no...

—Que sepas que se lo conté a Úrsula para ilustrarle lo buena bruja que eres.

—No soy buena bruja, solo sé un poco de aquí y un poco de allá.

—Conmigo no tienes que fingir. Te pillé el grimorio...

Jana bufó, negó con la cabeza y le recordó a ese pesado:

—Era un cuaderno donde apuntaba cosas que aprendía de mi abuela, otras que escuchaba por ahí, otras que leía...

—Un cuaderno de espiral con la portada de los One Direction. Ahora tendrás como ochenta cuadernos...

—Esto es como todo, siempre se está empezando...

—Tú llevas enfocada desde que el que ratoncito Pérez se llevó tu primer diente. Siempre has sabido lo que querías. Jamás he conocido a nadie con tu determinación y consistencia. Y para mí eso es ser una buena bruja.

—A veces me he desviado del camino...

—Eso no tiene importancia. La esencia es la misma. Y fui idiota en intentar explicárselo a Úrsula. Es una descreída.

—Que piensa que soy una *fumetas*.

—Ya ves, con lo amante que eres de la ley y el orden. ¿Te acuerdas el día que nos colamos en la piscina de la *Conce* y te sentiste tan mal que tuviste que confesar tu pecado a tres curas distintos?

—Te pusiste tan pesado que me obligaste a delinquir.

—Las malas compañías somos así —aseguró Rubén, arqueando una ceja.

Y Jana pensó que qué bueno estaba...

Aquello era insuperable.

Pero qué se le iba a hacer...

—Vamos a lo que vamos... No me distraigas más, por favor.

Jana respiró hondo, levantó la varita por encima de su cabeza, sosteniéndola con ambas manos, y dijo muy seria:

—Universo mágico, os presento a mi varita...

Rubén miró a un lado y a otro buscando a las criaturas mágicas como no podía ser de otra manera:

—¿Quiénes son esos? ¿Los gnomos?

—¿Qué obsesión tienes con los gnomos! El universo mágico, es el universo al que a partir de ahora pertenece la varita. Ya está consagrada: acaba de dejar de ser una rama...

Rubén se quedó mirando a la rama que seguía exactamente igual y murmuró:

—Si tú lo dices... ¿Entonces no la pules, ni le pones pelos púbicos ni nada?

—¡Pelos púbicos! Puj. ¡Qué asco! Pues no. No le añado nada. A mí me gusta así, limpita y sin artificios.

—Yo mientras funcione... Me pongo en sus manos, doctora.

Y tras decir esto, Rubén comenzó a desabrocharse la camisa, para espanto de Jana que le gritó:

—¡Para! ¿Dónde vas?

Rubén con la camisa medio desabrochada, se encogió de hombros y respondió como si fuera lo más normal:

—Te estoy facilitando el desbloqueo.

Jana, que se estaba poniendo malísima de verle, le exigió:

—¡Tápate, anda! No es una radiografía de tórax. Además, no vamos a hacerlo aquí. Mejor fuera en el jardín, al lado de la piscina. El agua purifica y la brisa que se está levantando es perfecta para que se lleve lo malo —dijo Jana, mientras a través de la ventana veía cómo el viento mecía las hojas de un pino.

Rubén se abrochó, al tiempo que decía encantado de que la noche solo acabara de empezar:

—Estupendo. Hace una noche buenísima. En la entrada del pueblo he visto que hay una pizzería que repartía a domicilio. ¿Vamos pidiendo algo? Es que la magia me da un hambre tremenda... Y en el jardín hay un cenador maravilloso que tiene mosquitera... Tú misma has elogiado sus atributos.

Jana pensó que pasarían mil años y ese tío siempre sería igual:

—Ya me estás llevando por la mala senda. Yo no conozco ningún agente inmobiliario que se ponga a comer pizza en la pérgola del cliente.

—Tú no eres una agente inmobiliaria. Tu clienta confía en ti, tenéis una relación estrecha, ella entenderá que te zampes una pizza conmigo y abramos una botellita de vino de las que tiene en su fantástica bodega. Además, cuanto más tiempo pase en el molino, más me encapricharé de él. Créeme, te conviene que nos quedemos un poco más...

Jana miró por la ventana, comprobó que ya había caído la noche completamente y aseguró:

—Eres un liante. Pero soy tan profesional que, con tal de cerrar una venta, estoy dispuesta a hacer los sacrificios más extremos.

—Jojojoho. Es la primera vez que me llaman sacrificio extremo. ¡Me hace sentir tan bien!

Jana no pudo evitar reírse también y dirigiéndose hacia la puerta le pidió:

—Venga, vamos al jardín, a hacer primero el hechizo. Pero estoy empezando a dudar de que te haga falta, porque te veo de un alegre y de un desbloqueado que asusta.

Jana tenía razón, Rubén se sentía mejor que nunca. Tenía ilusión, tenía entusiasmo y sobre todo unas ganas de reírse como si acabara de fumarse un cigarrillo de la risa.

Y es que con Jana las cosas siempre eran así... Tenía la habilidad de subírsele todo...

No como Úrsula. Las comparaciones eran odiosas, pero con ella jamás se había sentido de esa forma.

Úrsula tenía muchas virtudes, era talentosa y emprendedora, trabajadora y esforzada, tenaz y desafiante, tenía un carácter tremendo, toda la personalidad del mundo, pero...

Se aburría con ella como una ostra. Por no hablar de que había que buscar con lupa la pasión que tenían en sus vidas.

Para Úrsula el sexo no era importante.

Úrsula valoraba más una cena tranquila que un polvo salvaje. Pero Rubén estaba de cenas tranquilas hasta la coronilla...

Tan harto que desde que se mataba a pajas estaba viendo la luz y se estaba percatando de demasiadas cosas, que se resumían en una: lo mejor que le podía haber pasado era que Úrsula le dejara.

De repente, en ese molino tuvo como un ataque de lucidez y lo que hasta entonces habían sido

impresiones y sensaciones, pasaron a ser verdaderas certezas.

Le había dolido, la había llorado, pero si era honesto ahora se sentía mejor que nunca.

Y no tenía nada que ver que Jana hubiera regresado a su vida.

O sí.

A ver, que si Jana no hubiera vuelto a aparecer habría llegado a la misma conclusión. Tal vez un poco más tarde... Tal vez habrían pasado seis meses, un año... No sabía...

De lo que estaba completamente seguro era de que Jana le había hecho recordar qué era lo que quería y no era a Úrsula.

Era a ella.

Jana.

Y no podía ser. Él era una jodida mala influencia que siempre iba a obligarla a hacer cosas como apalancarse en la pérgola de un jardín ajeno.

Y no iba a cambiar.

Así que lo mejor era seguir adelante con el plan y que le extrajera todo lo que sentía por ella...

Si es que podía claro... Porque justo en ese instante, de solo tenerla frente a él, con la varita en la mano, ya estaba erotizándose.

Era tremendo todo. Lo suyo. Y lo que le despertaba esa mujer. Por lo que, parados frente a frente, al pie de la piscina, le pidió:

—Hazlo. Déjame bien puro y limpito. ¡Apáñame para una buena temporada!

Jana se partió de risa, varita en ristre y replicó:

—¡Ni que fuera a hacerte un corte de pelo! ¡No hables más que me desconcentro! Voy a trabajar los bloqueos y hacer que la energía fluya de forma positiva, equilibrada y armónica, para que así puedas librarte de toda esa negatividad, de la tristeza, del dolor, de la ansiedad...

—Y de la suciedad de las pajas mentales.

—Pues eso. Lo que acabo de decir...

Jana dio unos cuantos pasos atrás, respiró hondo, cerró los ojos y comenzó a trazar en el aire con la varita una serie de círculos a la altura del plexo solar de Rubén que la miraba fascinado.

Jana con la varita en ristre, era una mezcla sublime de la pasión y la fuerza de von Karajan dirigiendo la *Quinta* de Beethoven y la concentración y la precisión de Hermione Granger con el movimiento *Wingardium Leviosa*.

Y así estuvo un buen rato, trazando círculos en el aire, sin siquiera rozarlo, hasta que terminó de visualizarlo libre de bloqueos y energías negativas. Completamente sanado...

Entonces, abrió los ojos y musitó con la frente perlada de sudor y bajando la varita:

—Ya.

Rubén que estaba extasiado, se quedó mirándola, y sintiéndose en una nube, flotando, ligero, como una pompa de jabón, decidió que tenía que celebrarlo.

Porque, aunque sintiera a Jana más dentro que nunca, se encontraba tan bien, tan en la mismísima gloria, que comenzó a desabrocharse la camisa.

—Lo siento, pero tengo que hacerlo. Son las energías. Me siento tan exultante que tengo que hacer algo...

—Madre mía. ¡Es que tú nunca puedes estarte quietecito! —exclamó Jana, alucinada, cuando Rubén ya estaba sin camisa.

—Tranquila que es algo legal. Tú me has dicho antes que ayer pusieron a punto el agua... —le



recordó Rubén, mientras lanzaba la camisa sobre una hamaca y se desabrochaba los pantalones.

—Sí, pero...

Rubén se desprendió los pantalones, luego se quitó los calzoncillos y le dijo:

—La dueña estará encantada de que pruebe su piscina. Por mi erección no te preocupes, es algo natural.

Y se arrojó al agua, dejando a Jana absolutamente estupefacta.

## Capítulo 17

Y es que lo que acababa de ver no era normal, aquello era un portento de la naturaleza y ella se lo había perdido.

Por prudente, por sensata y por un montón de razones que en ese instante le importaron un pimiento.

En ese momento, solo quería quedarse en bolas y tirarse a la maldita piscina.

Pero tirarse de verdad...

Con todo lo que implicara...

Que no iba a implicar más que sexo porque de ahí no pensaba pasar.

Pero ya estaba cansada de hacer lo correcto...

De reprimir unas ganas que era absurdo que siguiera guardándose.

Además, él no tenía novia.

Y ella estaba sintiendo un deseo que le estaba abrasando la piel.

Así que se quitó el vestido de margaritas, se deshizo de la ropa interior y de las sandalias y ya desnuda se tiró de pie el agua.

Al salir, Rubén estaba frente a ella sin dar crédito a lo que estaba viendo:

—¡Estás en bolas en el agua!

Jana asintió, recortó la distancia que los separaba y musitó casi pegada a él:

—Y con unas ganas de besarte que me muero.

Rubén, con el corazón que se le iba a salir del pecho y con las mismas ganas, confesó:

—Pues si te cuento cómo son mis ganas... Pero antes tienes que saber algo, porque a lo mejor tus ganas no son tuyas.

—¿Cómo que no son mías?

Rubén se mordió los labios y, muerto de la vergüenza, le explicó:

—El día del hechizo de luna llena, al encender la vela, no pensé en Úrsula ni me proyecté en un futuro con ella.

A Jana le gustó tanto escuchar aquello que, una sonrisa enorme, replicó:

—¿Ah no?

—No. Pensé en ti y el futuro que me imaginé fue tan cerdo que acabé masturbándome en la ducha. Así que puede ser que si ahora me estás deseando sea por la magia de esa noche en la que hice eso pensando en ti. Perdóname. No era mi intención. Pero te metiste en mi mente, como cada noche... Por eso te he pedido el hechizo este de hoy, porque tengo las energías sucias de tanto como te deseo... Y no sé qué hacer...

Ya que se había abierto la veda de las confidencias, Jana decidió sincerarse también:

—No tienes que pedirme perdón por nada. No estoy aquí por el hechizo de aquella noche. Te deseo desde hace mil años, así que no tienes nada de lo que preocuparte. Y en cuanto al hechizo de hoy, es solo para que te sientas mejor. Tranquilo que no nos vamos a librar de esta atracción tan

brutal que sentimos...

—No me he sentido mejor en la vida.

—Ni yo —susurró Jana.

Rubén la miró a los ojazos verdes que brillaban con fuerza y se abrió por completo:

—No quiero volver con Úrsula.

—Pero querías a la cuatro de la tarde.

—Creía que quería. He estado pensando mucho en esto últimamente, pero ahora tras este paseo por el campo es cuando lo he hecho por primera vez con total lucidez.

Jana sin dar crédito, pero loca por saber más repuso:

—¿Así, de repente?

—Estos días fuera de casa, entre el ajetreo de las selvas y los volcanes, me ha dado por pensar que a lo mejor lo que extrañaba era la rutina que tenía con Úrsula, una rutina que no me hacía para nada feliz. Pero es que esa posibilidad, es ahora una certeza incuestionable...

Jana pensó que ya era hora de que se percatara de que esa tía no le convenía para nada, pero en su lugar preguntó para cerciorarse:

—¿Justo ahora te has dado cuenta de eso?

—Lo tengo tan claro como que el cielo es azul. Lo mío con Úrsula estaba muerto. Así que ya solo siento gratitud hacia ella por haber tenido el coraje de romper algo que no tenía sentido. Y sobre todo por haberme llevado con sus consejos financieros otra vez a ti. Y que conste que tú no tienes nada que ver con mi súbito ataque de lucidez. Bueno, tal vez lo has precipitado, pero habría llegado a la misma conclusión. No quiero volver con ella. Sin embargo, tú... Tú siempre vas a ser tú. Y vas a volverme loco hasta el final de mis días. Eso sí, no te agobies: sé perfectamente que no quieres nada conmigo.

Jana negó con la cabeza, le miró a los labios y musitó:

—Sí que quiero algo...

Jana acercó los labios a los de Rubén y los besó una vez.

Rubén convencido de que iba a morirse ahí mismo, pero le daba lo igual preguntó:

—¿Esto es lo que quieres?

Jana con los labios pegados a los suyos, lo miró con ganas de todo y respondió:

—Sí.

Rubén la agarró por el cuello, deslizando los dedos en el pelo de Jana, y la besó suave en los labios.

—Siento demasiado por ti para que esto sea solo sexo. Me sigues volviendo igual de loco que cuando tenía quince años —le confesó apartándose un poco de ella.

—Y tú a mí...

Rubén la agarró por la cintura y la estrechó contra él:

—Pero yo no te convengo...

Jana sintiendo la erección durísima pegada a su cuerpo y temblando entera mascullo:

—Lo sé.

Y le besó en la boca, pero esta vez con una voracidad y una desesperación que se quedaron casi sin aliento.

Jana entonces se abrazó a él, y le confesó con el corazón a punto de salirse del pecho:

—Cuántas noches te he besado así...

—Pues yo...

Rubén la besó otra vez en los labios, le mordisqueó el labio inferior, Jana lo agarró por el cuello, le lamió los labios y él gruñó.

Ella descendió con la mano por los espectaculares pectorales durísimos de él y Rubén recorrió con las manos la espalda de Jana hasta acabar en las nalgas que apretó para empujarla más contra él.

Ella al sentir esa dureza presionando su pubis, cerró los ojos y gimió, mientras que Rubén la besaba en el cuello, mordisqueándolo.

Y no se quedó ahí, siguió bajando a besos hasta sus pechos, que acarició a la vez que atrapaba los pezones entre los dientes, dando unos tironcitos sutiles.

Pero Rubén quería seguir con el descenso y el agua le llegaba a Jana justo por debajo del pecho.

Por eso volvió a la boca, la besó con una pasión ya desatada, hundió la lengua, la devoró entera, la saboreó a lengüetazos, la levantó por las caderas y ella rodeó su cuerpo con las piernas.

Sin dejar de besarse, Jana comenzó a mover las caderas, a frotar su sexo contra la erección, y a excitarse tanto que cuando Rubén la llevó, así como estaban, en volandas, hasta el bordillo de la piscina y la dejó sentada, le recordó:

—Sigo teniendo en el bolso los condones...

—Espera un poco...

Rubén le separó los muslos, los acarició despacio con la yema de los dedos, y después dejó una mano sobre el sexo de Jana y la otra la subió hasta los pechos.

Posó la mano abierta, enorme y ancha, sobre el canalillo y con el pulgar acarició un pezón y con el meñique el otro, trazando pequeños círculos, cadenciosos y precisos...

—Puedo esperar... —masculló Jana, mordiéndose los labios de placer.

Rubén siguió masajeando los pezones y areolas de esa manera, al tiempo que con la otra mano comenzó a acariciarle los labios de su sexo despacio y muy lento, apretándolos y separándolos.

Jana derretida de placer, se echó un poco hacia atrás, para facilitarle más el acceso, y Rubén se lo agradeció pellizcándole los pezones.

Suaves pellizcos, en uno y otro pezón, que resultaron tan excitantes que su clítoris respondió poniéndose durísimo.

Si bien, Rubén siguió estimulándole los labios, recorriéndolos, apretándolos, soltándolos, dando pequeños tironcitos cada vez más fuertes, hasta que ella gimió de placer y él acercó la boca hasta el clítoris.

Clítoris que estaba tan sensible y hinchido que, aunque Rubén lo apretó entre los labios exteriores, para no estimularlo directamente, ella creyó que se corría...

Pero no lo hizo. Enterró los dedos en el pelo de Rubén, pegó aún más su sexo contra la boca de él, que se centró directamente en el clítoris que lamió, chupeteó y finalmente golpeteó con su lengua de un modo tan certero y contundente que Jana sucumbió a un orgasmo que la hizo gritar en esa noche de luna nueva.

Rubén entonces la miró, muerto de deseo, con ganas de todo, la cogió por las caderas y la metió otra vez en el agua.

Jana aún jadeante, se abrazó a él y con unas ganas de llorar tremendas, musitó:

—Gracias...

Rubén la estrechó aún más contra él y preguntó sintiendo unas ganas infinitas de fundirse con ella:

—¿Por qué?

—Por el pedazo de orgasmo que acabo de tener. Por cierto, estoy sana, me hago analíticas periódicas... Aunque no lo hago desde hace dos años... El *politrucho* me quitó las ganas de todo...

—Yo también estoy limpio. Y llevo un año y medio sin tener relaciones sexuales... Úrsula no es tan sexual como yo. Puede pasar sin sexo largas temporadas...

—Yo no. Quiero decir que he estado todo este tiempo sola, pero no he dejado de masturbarme. Y muchas veces pensando en él, pero no se lo dijo...

—Yo igual, pero desde que has vuelto a mi vida: no paro. Me tienes loco... Como siempre me has tenido...

Jana sonrió y luego lo besó dulce y despacio en los labios, con tanta ternura, que Rubén musitó:

—Así me besabas cuando tenías quince años.

—Me daba mucha cosa lo de la lengua... No quería despegar los labios.

—Hasta aquel día que te mordisqueé el labio —recordó haciéndolo, mordisqueándole el labio inferior—, tiré de él, entreabriste los labios, pegué mi boca la tuya y tú me diste la lengua...

—Y lo primero que pensé fue que vaya pufo, que como la gente podía ir besuqueándose así... Que aquello era un poco asqueroso... Pero al cuarto beso ya cambié de opinión...

Jana sonrió, le lamió los labios con la punta de la lengua y luego lo besó, devorándole la boca, un beso con tanta lengua, tan húmedo y tan intenso que le dijo, pegada a él, y con unas ganas infinitas de sentirle bien dentro.

—Voy a por el bolso... Ahora mismo vuelvo...

Jana salió del agua, se enroscó una toalla blanca que había a los pies de la hamaca, se calzó las sandalias y corrió hasta la casa.

Entró en el salón, cogió el bolso y regresó al jardín donde Rubén estaba esperándola fuera con el cuerpo cubierto por otra toalla.

—Ya está —dijo Jana, sacó un condón, se lo pasó y luego dejó el bolso encima de una tumbona. Rubén lo cogió, maravillado al verla con el pelo mojado y la mirada encendida de deseo.

—El que te tiene que dar las gracias soy yo a ti. Por todo. Y aunque tu verdadera intención sea perderme de vista lo antes posible...

—Eso era antes de tirarme a la piscina... Ahora deseo otra cosa...

Jana se despojó de la toalla, la arrojó sobre otra hamaca y se puso frente él, que la tomó por la cintura y la besó en la boca loco de deseo.

—Joder, cómo te he echado de menos todo este rato ¿Y qué han sido? ¿Ocho segundos? —preguntó Rubén en tanto Jana tiraba de su toalla y le dejaba desnudo otra vez.

—Yo creo que menos...

Jana descendió con la mano hasta la erección que apretó hasta hacerle gruñir, mientras le mordisqueaba el cuello.

Las manos de Rubén volvieron a volar por todas partes, así como los besos se fueron haciendo cada vez más intensos y exigentes.

Y así, sin dejar de acariciarse ni besarse, él la empujó hasta la hamaca que tenían más próxima.

Rubén se recostó, abrió las piernas y le pidió a Jana que se sentara en el hueco frente a él, para

acto seguido levantarla por las caderas, y lamerle el sexo hasta que de nuevo la puso al borde del orgasmo.

Solo entonces, se enfundó el condón y Jana se sentó a horcajadas sobre él, con la erección enorme presionando su vulva.

Se miraron, se devoraron las bocas y Jana comenzó a frotar el clítoris contra la dureza...

Pero quería más...

Así que levantó las caderas, colocó el miembro en la entrada de su sexo y lentamente lo introdujo entero.

Jana lo miró con una extraña emoción, pero es que Rubén estaba sintiendo algo parecido.

Estaban fundidos por primera vez.

Y la conexión fue tan profunda y tan intensa que los dos sintieron que aquello no era un polvo sin más.

Había muchísimo más que piel, algo que solo había que sentir y nada más.

Por eso, Jana se dejó llevar, sin reprimir nada en absoluto, y se empezó a mover sinuosa, mientras él le besaba la boca, el cuello, los pezones... A la vez que no dejaba de acariciarla, de mirarla, de sentirla, de tenerla como tantas noches había fantaseado...

Pero esa noche de luna nueva era real...

Tan real que Jana empezó a besarle a lengüetazos pidiéndole más, al tiempo que imprimía a sus caderas un ritmo mucho más fuerte.

Y él se lo dio...

Le pidió que se echara hacia atrás, tumbándose boca arriba y que colocara las piernas en sus hombros, y así comenzó a penetrarla de una manera más contundente y profunda.

Y con tal intensidad que llegó un punto en que se hizo tan implacable que Rubén solo tuvo que darle unos golpecitos en clítoris para arrancarle un orgasmo tan fuerte que al sentirlo ya no pudo más y se corrió detrás de ella...

## Capítulo 18

Rubén se tumbó al lado de Jana, que musitó con la vista puesta en el cielo estrellado:

—Esto está pasando ¿verdad?

—Ni idea. La mujer de mi vida, el polvo de mi vida, la noche más hermosa que he visto nunca, temperatura agradable y ni un puto mosquito. Tanta maravilla debe ser un sueño...

Jana lo miró sintiendo una punzada de ansiedad en la tripa y le confesó:

—Las noches de luna nueva son preciosas, es cuando más lucen las estrellas. Pero jamás había visto tantas como en este lugar... Y en cuanto a lo que acaba de pasar... ¡Menos mal que no te hice caso y no me puse en contacto con Bustillo!

—Quería que te liaras con él, antes de que el hechizo de la paja loca hiciera efecto y acabaras colgada de mí sin remedio.

—Tranquilo, que sé cuidarme sola.

—Ya, pero mira lo que pasa conmigo. Me da por hacer cosas como bañarme en bolas en molinos ajenos y... todo lo demás.

Jana sonrió y le confesó al tiempo que se echaba el flequillo aún mojado a un lado:

—El todo lo demás ha sido el mejor de mi vida. Y lo digo de verdad...

Rubén giró la cabeza, la miró arqueando una ceja y replicó:

—¿Y crees que yo lo digo de mentira?

—Pero con tu dilatada y variada experiencia sexual, esto te tiene que parecer bastante normalito.

—¿Normalito? —preguntó entornando los ojos—. Hacer el amor por primera vez con la única chica que me ha vuelto loco de remate ¿te parece algo normalito?

Jana sonrió y, aunque se había hecho la tonta con el asunto de “la mujer de su vida”, respondió:

—Visto desde ese punto de vista...

—Más que un punto de vista es un sentimiento que siempre he tenido aquí —dijo llevándose la mano al corazón—. Para mí esto no ha sido un polvo cualquiera, un viernes cualquiera. Para mí ha sido un milagro que aún no me creo. Y estoy tan feliz que hasta que me cuesta respirar.

Y Jana con el corazón a mil, reconoció con los ojos muy brillantes:

—Para mí tampoco ha sido un polvo sin más. Te tengo un cariño enorme, de toda la vida... — musitó abrazándose a él.

—Pues para mí no ha sido un polvo cariñoso. Para mí ha sido la forma de decirte que nunca he dejado de llevarte en mi corazón. Y que desde que volviste a mi vida me he dado cuenta de que tú eres lo que siempre he querido. Aunque ya sé que no puede ser... No tienes ni que decírmelo... Y encima no paro de hacer cosas insensatas que solo aumentan mi terrible reputación.

—Jajajajajaja. El caso es que me encantan las cosas que haces...

—Sí, pero para un rato.

Jana recostó la cabeza en el pecho de Rubén y siguió con las confesiones:

—No imaginas la ilusión que me hizo ver a Mini Jana en tu habitación. Yo estaba convencida de que me odiabas... Incluso, cuando Roque me contó que necesitabas mi ayuda, se me llegó a pasar por la cabeza que podía ser una estrategia para vengarte.

Rubén acaricio el pelo de Jana, negó con la cabeza y replicó:

—Cuando decidiste dejarlo, sentí mucha pena, rabia, frustración, impotencia... pero odio no. Y luego me enrollé con esas chicas para que reaccionaras, te pusieras celosa y volvieras conmigo. Era muy crío, Jana. Me equivoqué totalmente. Pero no he dejado nunca de quererte... ¿Crees que no he pensado en ti durante todos estos años? Uf. No he parado de hacerlo, pero como sabía que no podía ser... Pues nada... Me conformaba con ver la foto de tu LinkedIn...

Jana se incorporó, y con una sonrisa traviesa, también reconoció que:

—Yo te he cotilleado un poco también. Tú es que tienes mucha más presencia digital que yo, que solo aparezco en esa red y con una foto que puedo ser yo o mi prima.

—No me hables... Pero quiero que sepas que no he vuelto para vengarme...

—Si tú venganza es esta, yo encantada. No recuerdo habérmelo pasado también desde...  
*Mmmm...*

—¿Desde los tiempos en que comíamos pipas en el parque Calero? Claro que entonces, no pasábamos de los besos...

—Tenía pánico a quedarme embarazada. Demasiados problemas teníamos ya con mi padre y sus negocios absurdos que nos tenían endeudados hasta las cejas. Por aquella época, fue cuando montó el centro de autolavado de coches y su socio le estafó. Pero vamos, que veníamos de otros negocios frustrados y más estafas...

—Y tú pensabas que a mí me iba a pasar lo mismo.

—Sí. Pero me alegro muchísimo de tus logros, es admirable lo que has conseguido.

Rubén le acarició el brazo despacio, sin creerse aún que eso pudiera estar sucediendo. Tener a Jana otra vez en sus brazos, desnuda, y hablándole con la misma sinceridad que él:

—Tú siempre fuiste mi gran estímulo y motivación, quería que confiaras en mí, que te sintieras segura, y me maté a estudiar para dártelo todo. Luego, después de que me dejaras reconozco que mi motivación fue darte en las narices, para que vieras lo que te habías perdido. Mi éxito era mi mayor venganza... Y me empleé a fondo. Ya ves tú la idiotez. Pero siempre estuviste dentro de mí, hasta que apareció Úrsula y pensé que con ella había llegado por fin el momento de pasar página. Me equivoqué... A los dos meses de salir con ella, ya estaba otra vez buscándote en Google y en todas las chicas que corrían con paraguas de lunares bajo la lluvia.

—Se me rompió ese paraguas... —le contó Jana con el corazón encogido.

—Yo siempre te imaginaba con él... Y para mí esto de buscarte, de imaginarte, era algo hasta cierto punto normal. Como una especie de nostalgia que me entraba de vez en cuando y ya está... Sin embargo, fue verte otra vez en tu despacho y se removió todo. Y con los días me he dado cuenta de la verdad... No quiero a Úrsula. Es más, creo que el baño ritual que me di pidiendo amor, y luego el hechizo con el cuarzo y la vela, están funcionando... Porque eres tú a quien tengo en mis brazos, tú eres mi amor y no ella. Tú eres la que ha venido a mí, aunque no quieras nada conmigo.

—Si no quisiera nada contigo, ya estaríamos de vuelta en Madrid.

—Quieres follar para cerrar el círculo. Tú nunca dejas nada a medias. Tal vez tenías curiosidad por saber cómo sería hacerlo conmigo. Y ya la has saciado...



Jana negó con la cabeza y para quitarle dramatismo al momento, porque no le estaba gustando nada el cariz que estaba tomando la conversación, le dijo:

—No. No la he saciado. Yo solo acabo de abrir boca...

—Ah. O sea que ¿quieres repetir?

—Yo sí. ¿Tú no?

—Yo con tal de estar contigo: lo que sea. Lo que me pidas... Si quieres experimentar con tu sexualidad y probar cosas diferentes, con más gente y tal. A mí ya me aburre, pero te acompañaría encantado...

—¿Más gente? No. No... No quiero experimentar tanto... Contigo me basta.

—Si para ti no es un problema que esté enamorado de ti...

Jana negó con la cabeza y repuso sintiendo otra vez la maldita punzada en el estómago:

—Si para ti no es un problema que quiera acostarme contigo, sin más...

—Sin más, no. Con cariño entrañable —le recordó Rubén, con retranca.

—Eso es. Así. Además, yo no te convengo para nada. Soy demasiado práctica y sensata, te acabaría aburriendo igual que las orgías.

—Tú nunca me vas a aburrir, porque te adoro y porque venimos del mismo sitio. Tú y yo sabemos lo que es pasarse la tarde comiendo pipas en el parque, y eso une más de lo que puedas imaginar. Tú puedes disfrutar de cosas sencillas como esta, estar aquí al raso bajo las estrellas... De la pizza que voy a pedir ahora mismo y de la botella que voy a manganar a la anfitriona. Pero con Úrsula jamás he podido disfrutar de cosas como estas. Con Úrsula era todo elegante, perfecto, equilibrado y tan aburrido que habría cambiado cualquier cena en el sitio más caro, por una tarde contigo en el banco de las pipas.

Jana suspiró, sintiendo un vértigo tremendo, y agradeció que de repente su teléfono móvil sonara porque no sabía qué decir.

Estaba completamente desbordada.

—Un momento, voy a cogerlo. Tal vez sea algo importante...

Por la hora, Jana dedujo que sería su madre que la llamaba siempre antes de acostarse, pero con tal de escapar de esa tremenda confesión era capaz de cogerle el teléfono gustosa hasta el vendedor de seguros de decesos.

Jana se levantó, se fue directa a por el teléfono mientras Rubén le decía incorporándose también:

—Habla tranquila. Yo me voy a dar una ducha y a prepararlo todo para la cena.

Luego, se plantó a su lado, le dio un beso en los labios y se marchó en dirección a la casa, en tanto que Jana comprobaba que la llamada era de Greta:

—¡Tía, somos nosotros en manos libres desde el bar de Fabio! —exclamó Roque, con el tono de voz de cuando se moría por contarle un chisme de los gordos.

—¿Estás ya de vuelta? —preguntó Greta, convencida de que sí.

—¡Vente para acá, que tenemos mucha plancha! —le exigió Roque.

—Estoy todavía en el molino. Pero no me asaeteéis a preguntas porque aún estoy en *shock*.

—¡Uy! ¿En *shock* de qué? ¿De probar colchones? —preguntó Roque con guasa.

—Esto se está liando por momentos... Cuando le recogí en su oficina, quería volver con Úrsula. Pero después de darnos un buen paseo por el campo, le ha entrado un ataque repentino de lucidez y me ha asegurado con total convencimiento que no quiere volver con la raspa.

—¡Pues claro donde esté una bruja con los pies en la tierra, que se quite una estirada que solo orgasma con carteras de inversión y *casoplones*! —comentó Roque con retranca.

—Calla, que acaba de confesarme que está enamorado de mí —les contó entre susurros.

—¡Vaya novedad! —exclamó Roque como si tal cosa.

—¿Y tú qué le has dicho? ¿Y por qué hablas tan bajo? —quiso saber Greta, muy intrigada.

—Ha ido a ducharse y a pedir una pizza, pero puede volver en cualquier momento. ¿Y a mí me puede escuchar alguien por ahí? ¿Tenéis gente alrededor?

—Imagina, es viernes por la noche. ¡Pero están todos a su bola! Venga, desembucha... —le exigió Greta.

Jana respiró hondo y soltó del tirón y con un hilillo de voz:

—Nos hemos liado. Yo le tengo mucho cariño y ya está.

—¡No me jodas! ¿Ya está? ¿Pero qué me estás contando? ¿Por qué te ha decepcionado? ¿Por exceso o por defecto? ¿SupertrancaXXL o cacahuete? ¿Egoistón o demasiado disfrutón? ¿Muy cerdo o muy soso? ¿Muy...?

Antes de que Roque siguiera con la batería de preguntas, Jana le interrumpió:

—No me gusta hablar de intimidades. Solo os diré que repetiría las veces que hicieran falta...

—Jojojoho. ¡Lo sabía! Tiene todo el pelaje de ser buenísimo. Y tú ahora estás descolocada entera —supuso Roque, que la conocía demasiado bien.

—Pues como tú cuando volviste del cine con el viudo líquido con los morros como salchichas —le recordó Jana.

—Sí, pero no compares mi viudo con tu Rubén. A nosotros nos separan un mar insalvable de obstáculos, pero tú tienes el camino trillado. Ya no le puedes poner ni una sola pega. El tío no puede estar más centrado...

—Centrado, lo que se dice centrado... De repente, se me ha despelotado y se ha tirado a la piscina. ¡Claro que yo he ido detrás!

—Normal. Los polvos inconclusos, hija. Pues anda que no he tenido yo de esos. Eso sí que luego ha ido todo como culo, pero no va a ser tu caso... —le aseguró Roque.

—Uf. Pero es que estoy muy a gusto sola. Ni se me pasa por la cabeza salir con él en plan formal. Sin embargo, amistad y sexo tendría toda la que quisiera. Es más, se lo he planteado y dice que aceptaría la fórmula.

—Una fórmula con la que vas a acabar pillada hasta las trancas—predijo Greta.

—Como tú con Fabio —le soltó Roque, cantarín.

—En otra etapa de mi vida, me lo habría tirado ya mil veces. Ya sabéis lo ansiosa que soy. Pero solo vivo para mi venganza... Y tenemos novedades de lo más jugosas. Por eso te llamamos... Verás... Sira, la hermana de Fabio localizó a la hermana de Peláez. La chica a los dieciocho años se fue de casa y rompió las relaciones con su familia... Con todos menos con una prima... Y por esta prima nos acabamos de enterar que mañana el cerdo maldito va a ir a la boda de un primo en una finca que está al lado de tu molino. ¡Y allá que nos vamos a plantar todos!

Jana se enroscó una toalla que estaba a los pies de la tumbona que tenía más cerca, porque empezaba a hacer frío y le preguntó:

—¿Todos?

—Sí, claro. La finca tiene un restaurante muy bueno y voy a reservar para seis.

—¿Qué seis? —preguntó Jana que no le salían las cuentas.

—Nosotros tres, Fabio que se apunta a un bombardeo, Alfredo y Rubén. Me muero por verle... Y ni se te ocurra decirme que no, que os necesito para no despertar sospechas en la finca. Seremos seis amigos de comida dominguera. Luego, yo me colaré en el salón de la boda y le montaré el pollo del siglo.

—Sabes que no creo en la venganza—le recordó Jana.

—Ya, pero como no me vengue no voy a pasar página. Y me voy a quedar enquistada como tú. Y no quiero...

Jana molesta, replicó con una convicción tremenda:

—Oye, yo no estoy enquistada.

—Jo, qué no. Te estás parapetando en la fórmula esa porque te da pánico enamorarte. Y yo no quiero vivir cagada de miedo. Yo prefiero vengarme, sacudirme la rabia y empezar otra vez sin miedo. Si te hubieras vengado de *polifake*, no estarías pensando en más fórmulas que vivir tu amor a braga quitada.

Jana se sentó en la hamaca y, negando con la cabeza porque para nada estaba de acuerdo, replicó:

—Te equivocas. Yo sané mis heridas y estoy en paz. Y valoro tanto el estado en el que me encuentro que esa fórmula se adapta perfectamente a lo que quiero y deseo. No tengo miedo...

—No, no poco... —intervino Roque, en un tono sarcástico.

—Pues no, guapo. El que sí que tiene miedo eres tú, que tienes lo tuyo tan afianzado que hasta te vas de museos con tu hijastro —le recordó Jana.

Y es que después de aquel cine, Roque estuvo quedando con Alfredo sin parar. Cenas, copas, paseos, hasta que una tarde en el Retiro se encontraron con Iván, el hijo de Alfredo, y este propuso que se fueran los tres a merendar.

Roque aceptó de mala gana, pero al final resultó que el chico no tenía nada que ver con sus expectativas. Iván era divertido, abierto, ocurrente, inteligente, humilde, generoso y un apasionado del arte... Tan apasionado que llevaba tres tardes yendo al Prado con él y con Alfredo.

Él que siempre se quejaba de que no tenía amigos con los que ir a los museos, pues ahora tenía dos.

—Iván me cae genial. Es como el hermano pequeño que no tuve. Y con Alfredo estoy bien. Me sigue muy bien el rollo, le acabo de llamar para pedirle que se venga mañana a comer para hacer bulto y le ha faltado tiempo para decirme que sí. Es que lo que le pida me lo da... Pero claro... Tenemos ese mar que nos separa y no hay nada que hacer.

—Bueno, eso de que no hay nada que hacer —replicó Jana que sabía que no paraba.

—Sí, bueno... No paro de hacer... Estoy todo el día dale que te pego... Y en todos los ámbitos, pero en el sexual: flipo. Yo le llamo mi maestro consumado, porque yo creía que estaba baqueteado, pero este hombre me está enseñando las lenguas que me faltaban. Es una cosa...

—¡Qué envidia me dais! Pero sé que en cuanto le cante las cuarenta al Peláez, estaré follando otra vez como vosotros. Te mando la geolocalización del sitio y nos vemos allí a las dos —le dijo Greta a Jana, como hecho consumado.

—Pero es que nos hemos venido al molino con lo puesto...

—¡Yo tengo en casa ropa que le mangué a Néstor! —exclamó Roque—. El narciso con el que tuve aquella relación tan tormentosa. Ya sabéis que me gusta llevarme la ropa de mis amantes y olerla en mis noches de soledad...

—¡Qué asco! No se te ocurra traer nada —le ordenó Jana.

—Tía, no tienes nada de lo que asquearte. Las prendas pertenecen a mi etapa vengadora, de cuando le robaba las camisas de Versace que valían un pico y que están hasta con las etiquetas puestas. Los calzoncillos igual... ¡Están a estrenar! Y Néstor tiene el mismo fachón que Rubén.

—Y yo tengo un vestido de Zara que es rollo Jacquemus que me he puesto una vez porque me queda pequeño, que es perfecto para ti.

—Pero no sé si Rubén tendrá algo que hacer en Madrid. Y hemos venido con mi coche...

—Tiene que estar en una nube, a lo que le digas te va a decir que sí. Como si le pides matrimonio ahora mismo... Este te dice que sí, ¡pero de cabeza! —le aseguró Greta.

Jana se echó a reír y levantándose para regresar a la casa, se despidió de ellos:

—No tengo otra cosa que hacer que pedirle matrimonio. Os dejo que sois unos liantes...

## Capítulo 19

Jana se despertó a la mañana siguiente en la habitación principal, desnuda y sola, después de haberse pasado la noche entera sin parar de hacerlo.

Y luego, cuando los pajarillos empezaron a cantar, cayó en un sueño profundo del que acababa de despertar feliz como no recordaba.

Saltó de la cama, abrió la ventana y por la luz que entraba dedujo que serían como poco la una de la tarde.

A esas horas Rubén, que era pura energía y vitalidad, seguro que habría hecho miles de cosas...

Pero ella no.

Ella tenía agujetas por todo el cuerpo y no tenía ganas más que de meterse en la cama otra vez.

Con él.

Eso sí...

Sonrió de recordar todo lo que había pasado esa noche, y respiró el olor a campo de esa mañana que no podía ser más hermosa.

El cielo estaba despejado, hacía calor pero no agobiaba, el río discurría tranquilo y todo estallaba de color y de vida.

Incluso ella, esa mañana sintió como si de repente hubiera pasado de un invierno durísimo y feo a una primavera infinita.

Lo que hacía un polvo.

Bueno, uno...

Uno y los que vinieron después.

Volvió a sonreír de recordarlo y se fue derecha al cuarto de baño.

Se duchó, se puso un albornoz que encontró doblado en una estantería y que olía de maravilla a lavanda, y justo en ese momento la puerta se abrió y apareció Rubén:

—¡Buenos días! —exclamó con una sonrisa enorme y los ojos chispeantes de felicidad.

—¡Qué susto me has dado! ¿Por dónde andabas? —le preguntó Jana, llevándose la mano al pecho.

Rubén la agarró por la cintura, le plantó un buen beso en los labios y le contó:

—Me desperté hace un buen rato. Me fui a correr por el campo, pasé por el pueblo a tomarme un café con porras y a comprar unas cosas para volver a desayunar contigo, luego estuve nadando una hora, me he puesto al día con las noticias, he estado respondiendo correos, he cerrado varias reuniones para la semana que viene... Bueno, poca cosa...

Y lo dijo completamente en serio lo de la poca cosa.

Jana se sintió la tía más vaga del universo, porque es que no tenía ganas ni de encender el móvil.

No quería saber nada de nadie.

Solo de él.

Que la cogió de la mano y le mostró dos bandejas con asas y patas, sobre las que había dispuesto un desayuno en el que no faltaba de nada.

Leche, zumo natural, tostadas, fruta, huevos, croissants, aceite de oliva, tomate, aguacate, queso, jamón... Y...

—¡Una palmera de chocolate! —exclamó Jana, muerta de la risa—. No hacía falta. Ya reparaste tu error en su día, que estuviste invitándome durante un montón de meses.

—Pero sigo en deuda. Lo de aquel euro fue imperdonable —dijo Rubén, muy serio.

—Jajajajajajaja.

—No te rías, que ese maldito euro fue uno de los culpables de que te perdiera.

—Me pillaste en un momento horrible. Sufría mucho de ver a mi madre agobiada y exhausta de tanto currar. Y a mi padre que intentaba enmendar sus pifias, pero que en realidad lo único que hacía era hacerlas más grandes. Vivía en una angustia perpetua. Tú no tenías culpa de nada...

—No te di la seguridad que necesitabas. Pero ahora sí. ¡Métete en la cama! —le ordenó.

Jana le miró con los ojos como platos y, flipada con que ese hombre siempre tuviera ganas, susurró:

—¿Otra vez, quieres que...?

—Sí tú quieres sí. Pero antes tenemos que desayunar...

Jana se metió en la cama otra vez y farfulló encantada porque tenía ganas de todo, de desayunar y de repetir:

—Esto es un sueño, pero has traído demasiada comida.

—Lo que sobre para mañana...

Jana le miró pasmada y preguntó sabiendo cuál iba a ser la respuesta:

—¿Esta noche también la vamos a pasar aquí?

—El lunes enviaré a alguien para que lo deje todo niquelado. Y ya he repuesto la botella de vino. Anoche cogí una y hoy he dejado tres...

Rubén le colocó la bandeja delante y Jana no pudo evitar pensar en lo imbécil que había sido Úrsula por dejar escapar a un tío así.

¡Si hasta se había tomado la molestia de poner un jarroncito con flores silvestres!

—Te lo agradezco, yo es que aún no me creo que esté aquí.

Rubén se sentó junto a ella en la cama, con su bandeja del desayuno y replicó:

—Ni yo. Jamás voy a olvidar esta noche, ni este lugar... Si lo comprara ¿te sentirías más segura respecto a mí?

Jana estuvo a punto de escupir el zumo que se estaba tomando:

—Oye, que no soy como Úrsula. Yo me procuro mi propia seguridad, no necesito que nadie venga a dármele. Me gano muy bien la vida.

—Ya, pero tú necesitas a tu lado una pareja con un trabajo estable. No un empresario que podría en cualquier momento perder todo lo que ha conseguido.

—Eso no te va a pasar...

—Pero si pasara, te daría cierta tranquilidad saber que tenemos esta casa...

—Si estuvieras en situación de perderlo todo, también perderías esta casa. Así que deja de decir tonterías...

—Además, tú no quieres tener pareja —afirmó tras beberse su zumo del tirón.

—Estoy muy bien como estoy.

—Y si me comprara el molino ¿vendrías a verme?

Jana sonrió, y con unas ganas enormes de besarla otra vez, respondió:

—Y podrías hasta ponerme una habitación en la casa de invitados...

—No. Pero vendrías a esta. Es la que tiene mejores vistas... —masculló con una cara de diablo tremenda.

—No tendría inconveniente, tampoco. Y la verdad que la casa como inversión es una gran oportunidad. Y no lo digo porque quiera vendértela...

Rubén le clavó la mirada y habló con un convencimiento absoluto:

—Yo solo me la compraría por recordar eternamente esta noche.

Jana sintió un vuelco al corazón y replicó con la vista puesta en la tostada que estaba untando con tomate, porque se veía incapaz de sostenerle la mirada:

—Eso que dices es muy bonito y muy halagador. Pero las inversiones deben obedecer a otros parámetros más racionales.

—Yo soy muy básico, cuando tengo que contratar a alguien, elegir a un socio, o involucrarme en un proyecto, me pregunto siempre si me vería de por vida trabajando con ese tío, con ese socio o implicado en ese proyecto. Y si la respuesta es sí, voy para adelante con todo. Sin embargo, como sea incapaz de proyectarme en el tiempo, me echo siempre para atrás. Con esta casa es lo mismo... Estoy seguro de que podría vivir aquí para siempre... y por supuesto que contigo.

Jana dio un mordisco a la tostada, mientras pensaba que ella también podría pasarse la vida entera en ese *casoplón* y con él, sin más preocupaciones que tumbarse al sol, recoger margaritas del campo y follar a todas horas...

Pero la vida era otra cosa.

Si bien, no le dio tiempo a replicar nada, porque de repente se escucharon unos bocinazos y luego a Roque gritar:

—¡Jana, ya estamos aquí!

—¡Estos están aquí! ¡Se nos ha hecho supertarde!

Jana dejó la bandeja del desayuno en el suelo, saltó de la cama y se fue directa a la ventana donde vio a Roque apoyado en la Vito de Alfredo que iba al volante y Greta y Fabio detrás:

—¡Hola! —saludó a todo el grupo, moviendo la mano.

Todos le devolvieron el saludo y Roque tras escrutarla durante unos instantes, le gritó:

—¡Venga, deja de hacer las cochinas que estéis haciendo y baja a por los modelitos que os hemos traído!

—¡Estamos desayunando! —exclamó Jana, muerta de la vergüenza.

—Sí, ya... Jojojojo. Si no hay más que ver el brillo postcoital que tienes en la cara...

—¡Deja de decir chorradas! Y espera que voy para allá...

Jana abandonó la ventana, se calzó unas zapatillas de baño y le dijo a Rubén que estaba muerto de risa:

—Madre mía. Qué vergüenza. ¡Y tú encima le ríes las gracias!

—¡Siempre me ha hecho mucha gracia! No lo puedo evitar... Pero lo del brillo es verdad...

Jana refunfuñó, dio un manotazo al aire y salió disparada hasta la puerta de la casa donde estaba esperándole Roque con las bolsas de ropa:

—Toma y daros prisita que Greta está de los nervios...

—Vale. Gracias. Nos vemos allí —dijo cogiendo las bolsas.

—No. Déjalo, para algo tiene que servir la Vito de este. Os esperamos y nos vamos todos juntos. Así es más creíble nuestro papel de amigos domingueros. Por cierto, recuerda que tenemos 44 años. Coméntaselo a Rubén, por favor.

—¡Todavía sigues mintiéndole! —exclamó Jana, alucinada.

—Deja que al hombre le hace ilusión que sea de su quinta. No voy a darle un disgusto a estas alturas del partido. Tú tranquila que va a salir todo bien. Si se pone nostálgico con las cosas de su tiempo, tú di a todo que sí y te declaras fan de Espinete, de los Virkikis y de la Bruja Avería.

Jana bufó, empujó la puerta que había dejado entreabierta y le reprochó:

—Lo tuyo no tiene nombre...

—Va a ser muy divertido. Ya verás...

—La mentira nunca es el camino. En fin... Me piro a cambiarme...

Jana pasó al salón a coger su bolso, donde había metido la bolsa de maquillaje y unas bragas de repuesto por si acaso, y regresó al dormitorio principal:

—¡Vístete de prisa, por favor! Vamos a ir todos en el mismo coche, nos están esperando... — habló pasándole la bolsa con su ropa.

Jana le había contado la noche anterior lo del plan de Greta, y Rubén se apuntó al instante porque le apetecía estar todos juntos otra vez después de tanto tiempo.

—¡Uy, esto va a estar divertido! —exclamó sacando una camisa de seda con el clásico estampado barroco de Versace, a estrenar.

—Roque dice lo mismo, pero yo estoy de los nervios. Ya sabes cómo es Greta y el pollo que puede ser capaz de montar. Bueno, me voy a cambiar... Aunque me da pánico abrir la bolsa y ver lo que habrá metido Lady Vendetta.

Rubén la miró con una cara de enamorado tremenda y replicó:

—Da lo mismo. Todo te queda bien.

Y acto seguido, se quitó el albornoz, se quedó en bolas y Jana con una sonrisa de lo más tonta en los labios, masculló:

—Hay algunas prendas que me desgracian, pero te agradezco el cumplido. Y te lo devuelvo, porque vaya cuerpazo. ¡Madre mía!

Y se dio la vuelta para meterse en el cuarto de baño, ya que como siguiera frente a él tres segundos más iba a sacar la cabeza por la ventana a gritarle a los de la Vito que se fueran sin ellos...



## Capítulo 20

Después, se armó de valor y sacó de la bolsa un vestido negro satinado, cortísimo, de escote profundo y tirantes finos cruzados a la espalda, que no se hubiera comprado en la vida.

Ella era mucho más recatada...

Pero era eso o el vestido de las margaritas que debía estar hecho un gurrño en algún rincón del jardín, junto con el sujetador y las bragas.

Así que no había nada que hacer...

Se puso el vestido, se miró en el espejo y tuvo que reconocer que le quedaba bien. No era para nada su estilo...

Pero era lo que había.

Así que se puso las bragas de emergencia que llevaba siempre en el bolso, unas de batalla de algodón, se maquilló a toda prisa, con mucho antiojeras, rímel y barra de labios rosa, y se peinó con su desastroso flequillo a un lado.

Luego, salió y se quedó muerta al ver a Rubén disfrazado de chulazo malote, con la camisa de Versace que le marcaba todo y un pitillo blanco que lo mismo.

—¡Dios mío! —farfulló, mientras él se echaba el pelo hacia atrás de un modo que no pudo resultar más *sexy*.

—Tengo hasta los mocasines con la medusa bordada. ¡Y son de mi talla!

Jana se quedó alucinada mirándole los pies porque no podía creerlo:

—¡También le mangó los mocasines! ¿Pero tanto les cuesta a esta gente hacer un duelo clásico que se tienen que tirar por el maldito camino de la venganza?

—Para ti es venganza, pero para él es justicia.

—Menuda justicia pasándose por el forro todos los valores que aprendió en casa: respeto, honradez, decencia...

—Tranquila que he visto que el jardinero tiene ropa limpia en la caseta. Si quieres se la tomo prestada por un rato...

—A ver, que el Néstor este fue un cerdo con él, jugó con sus sentimientos, le engañó, le humilló, machacó su autoestima...

—Pues tú dirás qué disfraz prefieres...

—Quédate así, que estás buenísimo —dijo calzándose las sandalias.

Rubén la miró fascinado, con ese vestido tan *sexy* que potenciaba todos sus encantos y exclamó:

—¡Tú estás preciosa! El vestido te queda como un guante.

Jana se echó el pelo hacia delante para taparse los pezones que seguro que ya tenía disparados y, tras colocarse bien un tirante, confesó:

—Voy sin sujetador. Es que no me queda otra con la espalda abierta que tiene el vestido. ¡Y menos mal que hoy hace un calorazo tremendo! —canturreó girándose para mostrarle la espalda.

Rubén la miró de arriba abajo y, con unas ganas tremendas de arrancarle el vestido y marcando

un bulto de impresión en la entrepierna, gruñó:

—Por los pezones no te preocupes. A mí me gusta que se marquen, que se te pongan duros cuando te digo cosas...

Jana más excitada todavía, replicó tras morderse los labios:

—Pero bragas sí que llevo. Siempre llevo unas de repuesto en el bolso —habló orgullosa de ser una chica precavida.

Sin embargo, Rubén clavándole la mirada encendida de deseo le exigió:

—Quítatelas.

Jana, con unas ganas tremendas de arrojarse a su cuello y que se liara bien parda, le recordó:

—Tiene que ser uno rapidísimo que Greta está atacada...

—Yo no tengo ningún inconveniente, pero te digo lo de las bragas porque vas a lucir el vestido mejor sin ellas. Como es tan ceñido se nota demasiado que llevas debajo unas de las que cubren el ombligo.

Jana se miró en el espejo de cuerpo entero que había junto a tocador de estilo toscano y comprobó tenía toda la razón. Todo el pueblo iba a enterarse de que llevaba puestas las bragas de emergencia:

—Antes llevaba unas de repuesto de salir, o sea unas bonitas, pero como soy célibe solo pienso en la comodidad —le explicó mientras se quitaba las braguitas.

—Pues si te digo en lo que yo pienso...

Jana dejó las braguitas sobre la mesilla y no tuvo más que fijarse en la entrepierna de ese hombre para hacerse una idea de lo que estaba pensando.

—Este pantalón es un escándalo —susurró frente a él, apretando la erección por encima del pantalón.

Rubén sabía que acababa de pintarse los labios, pero ese pintalabios rosa le estaba erotizando tanto que no pudo evitar agarrarla por el cuello y besarla en la boca con todas sus ganas.

Luego descendió con las manos hasta los pechos, que juntó, apretó y liberó abriendo el escote.

Rubén devoró los pechos, mordisqueó los pezones y la puso tan al límite de todo, que Jana cayó de rodillas frente a él, le desabrochó el pantalón, le bajo el calzoncillo y tras acariciar la erección, la tomó en su boca.

Rubén enterró los dedos en el cabello de Jana, que lamía, chupaba y le aceptaba cada vez más...

Y lo hacía tan bien, estaba tan excitado, y la situación le provocaba tal morbo que, tras unas penetraciones profundas y contundentes, se corrió en los pechos de Jana.

—Ni en mis mejores sueños... —masculló Rubén, sintiendo que si el paraíso existía tenía que ser muy parecido.

—Es una locura. Me pones demasiado... —musitó Jana, medio mareada—. Me voy al baño a limpiarme, que estos van a empezar a meternos bocinazos a la de ya...

Rubén ayudó a Jana a que se levantara y la acompañó al cuarto de baño, donde mientras ella se limpiaba de una manera que a Rubén no le pudo resultar más sensual, él se situó detrás de ella, coló la mano por debajo del vestido y empezó a masturbarla.

Jana se dejó llevar por esas caricias, en tanto que él con la otra mano le extendía el jabón por los pechos.

Y justo entonces empezaron los bocinazos...

Y Jana ya no pudo más, porque entre los nervios y los tironcitos suaves en los pezones, él solo tuvo que golpetear el clítoris un poco, para arrancarle un orgasmo descomunal.

Después de recobrar el aliento, Jana terminó de acicalarse, Rubén hizo lo mismo y aparecieron en el jardín con tal cara de felicidad que en cuanto Roque los vio aparecer gritó:

—¡Vaya cara de flipados!

Los dos se subieron al coche, Roque hizo las presentaciones y Greta les dijo encantada de verlos juntos:

—¡Estáis radiantes!

—Es el campo. El aire libre. La naturaleza... —se justificó Jana que tras mirarse en el espejo retrovisor se percató de que no se había pasado el cepillo después de caer de rodillas en la tentación.

Y comenzó a plancharse el pelo con la mano en tanto que Rubén reconocía sin más:

—En mi caso es ella. De siempre. De toda la vida. Ya lo sabéis vosotros...

—¡Claro que lo sabemos! Y yo me alegro un montón. Perdonad mis prisas, pero es que estoy ansiosa perdida. Estoy a punto de consumir mi venganza, gracias a la inestimable colaboración de Fabio que es un amor de hombre, y ya solo pienso en llegar cuanto antes a la finca —le explicó Greta.

Fabio le agradeció el elogio con una sonrisa enorme y unas ganas de besarla que se moría y ella pensó que qué pena que tuviera tanta sed de venganza porque ese hombre era para llevárselo a casa y encerrarse con él tres siglos.

—¡Arranca, Alfí, por favor! —le pidió Roque a Alfredo, que arrancó y al hacerlo se conectó radio.

Y empezó a sonar *Freedom* de Wham...

—¡Y pensar que nosotros todavía no habíamos nacido cuando se estrenó esta canción! —exclamó Rubén canturreando entusiasmado.

Roque se giró, con una cara de pánico tremenda, y miró a Jana que justo en ese instante se acordó de que se le había olvidado comentarle que tenían 44 años.

Por eso, ella intentó arreglarlo gritando con una euforia de lo más impostada:

—¡Somos de la generación de Don Pimpón!

Rubén la miró extrañado y preguntó muerto de risa:

—¿De Don Pimpón? ¿El que recorría el mundo con sus zapatones rosas?

—Sí, y de *La Bola de Cristal*, de la Bruja Avería, de Epi y Blas, y de la abeja Maya... —replicó Roque muy nervioso, fulminando con la mirada a su hermana.

—Jajajajajaja. ¿Vuestros primos mayores también os pasaban videos de esa época?

Roque miró a Alfredo muerto de la vergüenza, este le sonrió y se cantó la canción entera como si nada.

Y no volvieron a hablar del asunto, hasta que llegaron a la finca.

Aparcaron, y aprovechando que se habían quedado apartados del resto del grupo, Roque se excusó con Alfredo:

—Pensaba contarte lo de la edad más adelante...

—¿Para cuándo lleváramos los documentos al registro civil para casarnos? —preguntó Alfredo arqueando una ceja.

—Te veía tan entusiasmado cuando hablábamos de cosas de tu época que me daba cosa quitarte

la ilusión de que estabas saliendo con uno de tu tiempo.

—De mi tiempo. ¡Ni que fuera un tío de hace mil años!

—No te estoy llamando abuelo, pero nos sacamos quince años. Miento para vender cremas — reconoció abochornado bajando la vista al suelo.

—¿Y crees que no lo sé? ¡Me parto de risa cuando empiezas a hablarme de Milli Vanilli o Modern Talking!

Roque lo miró con los ojos como platos y exclamó risueño:

—¡Serás cabrón! ¡Tú gozándola y yo dejándome los cuernos para hacerme pasar por uno de tu quinta!

—Cuernos no tienes. Míos, por lo menos no. Solo salgo contigo. Ya lo sabes...

—Yo desde lo de Ámsterdam solo me acuesto contigo, tonto con todo el mundo, porque no sé separar negocio de placer, y me gusta gustar, pero solo follo contigo. Eso sí, sigo pensando lo mismo. Solo tenemos presente.

Alfredo sentía una mezcla de pena y rabia cada vez que le decía eso, porque él opinaba de otra forma:

—Y yo sigo pensando lo mismo: estoy enamorado de ti.

Roque al escuchar de nuevo lo que Alfredo le dijo por primera vez en Ámsterdam sintió el mismo vértigo, la misma ansiedad, el mismo zarpazo en la boca del estómago.

Si bien, en esta ocasión se revolvió nervioso el pelo con la mano y preguntó:

—¿No te importa que te haya mentido?

—Mentías para hacerme feliz. ¿Por qué iba a importarme? Al contrario...

—¡Y te lo has pasado teta a mi costa!

—Y a ti se te ha abierto todo un universo.

—Ya te digo. En el trabajo todos comentando la última serie de Netflix y yo siempre callado porque soy adicto a *Falcon Crest*.

Alfredo se partió de risa, luego le plantó un beso en los labios y le dijo:

—Lo que has hecho por mí, no lo ha hecho nadie...

—¡Y yo no lo haría por nadie más! Pero es que tú eres muy especial para mí. Y luego tienes tan buen encaje, te miento como un bellaco y te lo tomas con esta alegría...

—Me mentiste por una buena razón.

Roque resopló, se cruzó de brazos y repuso avergonzado:

—Sí, venderte una puta crema. Una razón muy noble.

Alfredo le sonrió y le confesó para que dejara de sentirse culpable:

—Gracias a tu mentira, cuando estoy de bajón, no tengo más que pensar en ti y acabo partiéndome de risa.

—Vamos, que soy tu payaso favorito.

—Eres mi todo favorito. Eres un tío genial. Divertido, ocurrente, inteligente, sensible, cariñoso, cañonazo...

—Y embustero —insistió Roque, poniendo morritos.

—Y pesado como tú solo —replicó Alfredo, dándole un beso en los labios.

—Sí, pero jodidamente *sexy* —le recordó Roque abrazándolo y con los labios pegados a los suyos.

—Y caliente... —masculló Alfredo, mordisqueándole el labio inferior.

—El más... ¡Todo lo mío es más! —musitó Roque, mirándole divertido.

—Muy más... Extra de más.

—¡Pues anda que tú!

Greta les gritó desde la puerta de entrada a las instalaciones de la finca exigiéndoles que se dieran prisa, ellos dos se apartaron y Alfredo le habló:

—Es todo tuyo. Y aunque solo tengamos presente, me hace muy feliz que hoy hayas querido que conozca a tu gente.

Roque deseó que ese presente fuera muy largo, pero no se lo dijo y en su lugar le hizo un resumen del panorama sentimental de las chicas:

—Y esto está que arde: mi hermana está colgada total de Rubén y Greta se está pillando por Fabio. Pero aún no se coscan...

—Entonces son como tú, que aún no te has percatado de que estás profundamente enamorado de mí.

Roque se enganchó del brazo de Alfredo, y decidió que lo mejor era tomárselo a risa, porque como se lo tomara en serio iba a agobiarse muchísimo. Por eso dijo:

—Jajajajajajaja. ¡Qué gracioso eres, Alfi! Venga, vamos para el restaurante que no quiero perderme nada. Porque lo de la venganza de esta va a ser antológica...

## Capítulo 21

A Greta le bastaron cinco minutos de interrogatorio a la recepcionista de la finca para enterarse de que los invitados de la boda estaban a punto de llegar y que desde la última mesa del fondo del restaurante, justo la que estaba pegada a la cristalera, tenía un control absoluto de todos los que accedieran al cóctel de bienvenida y luego al banquete nupcial.

Así que Greta les pidió a sus amigos que se apurasen pues por nada del mundo quería perder esa mesa.

A toda prisa, atravesaron un vestíbulo enorme, decorado al estilo rústico chic, con paredes en melocotón y mobiliario de anticuario, después cruzaron un patio de estilo cordobés, repleto de geranios y gitanillas, y salieron a otro gran vestíbulo en cuyo fondo a la derecha había una escalera, en el centro una puerta de cristal que daba al jardín y a la izquierda una puerta historiada de madera maciza por la que se entraba al restaurante.

Hacia esa puerta se dirigieron, si bien Jana y Rubén se quedaron más rezagados, porque les entraron unas ganas locas de besarse.

Y tras unos cuantos buenos besos, siguieron los pasos del grupo, pero cuál no fue su sorpresa que cuando estaban a punto de alcanzar la puerta, de la escalera de enfrente vieron que bajaba aferrada a una carpeta negra la mismísima Úrsula.

Ellos se quedaron de piedra, paralizados, y Úrsula horrorizada con lo que estaba viendo, porque no podía ser, masculló ya frente a ellos:

—Rubén, ¡por Dios! ¿Qué haces aquí?

—Hemos venido a almorzar y ¿tú?

—Trabajando, llevo el *catering* de una boda. Pero es que te miro y no te reconozco. ¿Qué diablos te ha pasado?

—No sé a qué te refieres. ¡Yo estoy muy bien!

Úrsula los escrutó con la mirada y, con un mohín de asco, respondió:

—Mírate, qué pintas llevas. ¡Si parece salido de un video de Rosalía! Es obvio que la flipada de los gnomos es una pésima influencia para ti. Conmigo tenías clase, pero ahora... ¡No tienes más que mirarte en un espejo para ver en qué te ha convertido esta!

Y no solo eran las pintas, sino que ya no quedaba ni rastro del Rubén pálido, ojeroso y deprimido que vio por última vez. Ahora solo le faltaban las castañuelas en las manos de la felicidad que irradiaba el muy cabrón.

Porque no podía hacerle eso...

Y más ahora que estaba enmendándose, estaba empezando a actuar como un tío maduro, sensato y cabal, y ella se estaba percatando de demasiadas cosas.

Y mientras Úrsula estaba con esos pensamientos, Jana que se moría por decirle unas cuantas cosas, no pudo ni abrir el pico, porque Rubén de pronto la agarró por la cintura, la estrechó contra él y le informó de que:

—Es la última vez que te refieres a ella de esa manera tan ofensiva. Se llama Jana y estoy enamorado de ella.

Úrsula la miró con desprecio y rompió a reír de una forma que no pudo resultar más falsa:

—Jajajajajajajajajaja. Pero ¿qué broma es esta? A ti lo que te sucede es que no superas mi ausencia y te has enganchado de la primera que ha pasado.

Tras escuchar aquello, la que se partió de risa pero de verdad fue Jana que repuso:

—¡Oh sí, tiene una pena enorme! No para de llorarte por las noches. Jajajajajajajajaja.

Úrsula miró a Rubén con el ceño fruncido y le pidió con un cabreo tremendo:

—Rubén tenemos que hablar... Es algo muy importante. ¿Puedes concederme unos minutos a solas?

Rubén que no quería separarse ni por un instante de Jana, y menos para encontrarse con esa mujer que encontró de lo más borde y grosera, por no hablar de su aspecto de institutriz estricta con su moño tirante y su impecable traje sastre de color chocolate, respondió:

—Nos están esperando para almorzar. Llama a Roberto y queda con él para que recojas las cosas que aún tienes en mi casa.

—No es eso de lo que tengo que hablarte. Es algo que es mucho más urgente y que debemos de tratar ahora...

A Jana no le hacía ninguna gracia que Rubén se quedara hablando a solas con esa raspa, pero lo mejor era que escuchara de una maldita vez lo que tuviera que decirle y ya mandarle a la mierda para siempre.

Por lo que agarró a Rubén por el cuello, le plantó un besazo en los labios, y con tanto ímpetu que se le salió un pecho, luego se colocó bien el escote y le dijo:

—Despacha tu asunto rápido. Te espero dentro.

Jana entonces se dio la vuelta, y caminó hacia el restaurante con un bamboleo explosivo de las caderas y el vaivén *sexy* de sus nalgas redondas y divinas, sueltas y libres.

Rubén sin poder dejar de mirarla y con una erección tremenda, tuvo que hacer un ejercicio de contención titánico para no ir detrás de ella y pegar su erección contra ese culo de carnes liberadas, que se movían sensuales de un lado a otro.

—Rubén tienes que escucharme... —le ordenó Úrsula, apretando fuerte las mandíbulas de la rabia que le daba de verle así de idiotizado.

Pero Rubén lo único que hizo fue soltar un gruñido cavernícola, bronco y gutural, sin poder dejar de admirar a Jana:

—*Grrrrrrr.*

—Rubén, por el amor de Dios, ¿me puedes atender?

Rubén no quería atenderla, Rubén lo que quería era irse con Jana y decirle que la deseaba con tantas ganas que le dolía.

Si bien en su lugar, Rubén la miró y respondió con cierta displicencia:

—Dime.

—¡Salgamos al jardín! A la izquierda hay un banco donde podemos hablar tranquilos.

Rubén abrió la puerta que daba al jardín, le cedió el pasó, cruzaron el umbral y salieron a un jardín enorme con palmeras y árboles frutales.

Acto seguido, se dirigieron al banco de madera donde ya sentados, Rubén le pidió:

—Sé breve, por favor.

—Después de lo que he visto, voy a empezar a creer en las brujas. Porque es obvio que esa te ha hechizado...

—¿Esto es eso tan importante de lo que tenías hablarme?

—Es que eso es lo único que puede explicar que hayas perdido la cabeza por esa tía tan vulgar que va por la vida con una teta fuera. Y espera que igual tampoco lleva bragas...

—No. No lleva —dijo Rubén, con una sonrisa perversa.

Úrsula resopló, se mordió los labios y, haciendo acopio de autocontrol y paciencia, le habló:

—No me gusta verte así. Vestido como un mamarracho y babeando por una ordinaria que no te merece.

—Me voy. ¡No pienso escuchar ni un insulto más! —exclamó levantándose.

Úrsula le agarró de la mano y le pidió en un tono que era más exigencia que súplica:

—¡Siéntate, joder! Tengo que hablarte de Mayte...

Rubén se zafó de su mano, negó con la cabeza, y bufó porque ya lo que le faltaba era perder el tiempo hablando de esa:

—No tengo nada que hablar de Mayte.

Y cuando ya regresaba al restaurante, Úrsula le soltó sin anestesia:

—Me enrollé con ella.

Rubén que lo primero que pensó fue que no había escuchado bien, se giró, recortó la distancia que había entre ellos y le preguntó:

—¿Qué?

—Siéntate. ¡Maldita sea!

Rubén se sentó y Úrsula le confesó con los ojos llenos de lágrimas:

—Nos liamos hace un año y medio. No sé cómo pasó. No soy bisexual. Solo sé que empecé a sentir una atracción muy fuerte por ella y un día decidí probar. Y me gustó...

Rubén sintiéndose un memo por haber estado perdiendo tantísimo el tiempo masculló:

—Joder...

—Me gustó tanto y me volví tan loca que aprovechaba cualquier ocasión para estar con ella. Además, como siempre le pasaba algo es que no tenía que inventarme excusas. Siempre había algún problema, algún drama, algún contratiempo y siempre terminábamos haciendo el amor.

—¿De verdad que es necesario que me cuentes esto? —preguntó porque aquello ya era demasiado.

—Es que necesito que conozcas toda la historia —aseguró llevándose la mano al pecho—. Y lo cierto fue que las dos acabamos enganchadísimas, pero ella no se conformaba con ser mi amante. Y entonces empezó a pedirme que te dejara. Yo no podía. Me dabas mucha pena y luego estaba mi familia. Ya sabes cómo son de conservadores. Imagina si me planto en casa con una novia. ¡Los mataría del disgusto! Así que le dije que siguiéramos así... Pero ella nunca lo aceptó... Y empecé a decirme que tú eras un mujeriego y que no tenías que darme ninguna penita porque disparabas a todo lo que se movía. Luego, para demostrármelo te escribieron y tristemente, caíste en su trampa:

Rubén se revolvió en el asiento porque estaba de la historia de la trampa hasta las narices y replicó furioso:

—¿De verdad que esa señora sigue pensando que se lo quiero comer todo?

—Pues sí. Y lo peor es que yo la creí. Me decepcioné tanto contigo, que ya sabes lo que pasó. Cogí las cosas y me fui, pero en qué hora... Porque estas semanas que he estado viviendo con ella



se me ha caído la venda, Rubén.

Úrsula colocó la mano sobre el brazo de Rubén, este miró la mano espantado, la apartó y masculló:

—A mí es que lo de la venda, como comprenderás, me da lo mismo.

—No, no te da. Porque tienes que saber que después de unas semanas de convivencia con Mayte, me he dado cuenta de que no la soporto. Su vida es un caos. Tiene una situación financiera horripilante, atrae los problemas como las mierdas a las moscas, me agobia, me controla, es terriblemente celosa y no para de exigirme que la presente en sociedad como mi novia. Estoy desesperada y profundamente arrepentida de haberme dejado manipular. Porque ahora te creo... Estos días que he visto cuánto has sufrido y luchado por mi amor, me he dado cuenta de quién eres y, sobre todo, lo más importante, que es a ti a quien amo con todo mi corazón.

Rubén no pudo evitar echarse a reír, porque aquello no podía ser más patético:

—¿A mí o a mi recién estrenada cartera de inversión?

Úrsula dio un respingo y replicó sumamente ofendida:

—¡Eso es un golpe muy bajo! No puedes decirme eso cuando te estoy hablando con el corazón en el mano.

Rubén convencido de que la conversación ya no daba para más, se levantó y le dijo:

—Ya, pero yo también me he dado cuenta de a quien amo, y no es a ti...

Úrsula se levantó, le retó con la mirada y, negando con la cabeza, le habló:

—Tú no la amas. Fue solo tu pañuelo de lágrimas. Y ya no la necesitas. Estoy aquí otra vez... Y estoy dispuesta a volver contigo a casa esta misma noche...

Rubén, pensando que ni aunque fuera la última mujer de la tierra volvería con ella, repuso:

—Me temo que tengo otros planes para esta noche, y también para el resto de mi vida. Y en ellos no estás tú...

Úrsula esbozó una sonrisa que daba más miedo que otra cosa y le recordó:

—Ella te dejó porque eras una mierda de tío... Un chavalito de barrio, que no tenía más que grillos en la cabeza. Y justo ahora que tienes pasta, pierde hasta las bragas por ti. ¿No te da qué pensar?

—Tú me das mucho más, que estuviste engañándome durante año y medio, que me dejaste tirado y que ahora que tu amante te ha salido rana, quieres volver porque yo encajo mejor en tu mundo hipócrita.

—No es eso. Es que me he dado cuenta de que eres tú al que amo. ¿A la flipada la crees y a mí no? Me parece tan injusto, cuando yo he sido la que he estado a tu lado durante estos tres años, peleando contigo para llevar a tu puñetera empresa a lo más alto.

—No se trata de a quien crea, sino a quien amo. Y la amo a ella. No hay más. Así que gracias por irte de casa aquella noche, porque así pude volver a reencontrarme con Jana. Que tengas mucha suerte, Úrsula. Y que seas muy feliz...

Rubén le plantó un beso en la frente que no pudo resultar ni más frío ni más humillante para Úrsula, y se marchó al restaurante ansioso por regresar junto a Jana...

## Capítulo 22

Jana estaba preocupada por esa conversación, si bien decidió no preguntar nada hasta después de comer, que salieron a la terraza a tomarse un café.

Desde ese lugar también se tenía una buena vista de lo que pasaba en el banquete nupcial, donde por cierto hasta el momento no había ni rastro de Peláez.

Jana se apartó un poco del grupo con la excusa de que quería ponerse al sol, se cubrió las zonas expuestas con el protector que llevaba en el bolso y como supuso al instante Rubén fue detrás.

—No he sacado el tema de Úrsula en la mesa, porque no quería que Roque te hiciera un interrogatorio.

—Me lo he imaginado. Además, de que no me apetecía para nada hablar de ella.

Jana dio un sorbo a su café y, aun a riesgo de quedar como una cotilla, preguntó:

—¿Y todo bien con ella?

Rubén se revolvió en el asiento, resopló y respondió todavía sin dar crédito:

—Llevaba un año y medio liada con Mayte, que obviamente me hizo el lio con el WhatsApp para que Úrsula me dejara. Luego, tras plantarme se fue con ella y después de unas semanas de convivencia, Úrsula se ha percatado de que no la soporta, que no tiene un céntimo y que quiere volver a casa. Así que he pasado de golfo a cornudo... ¿Cómo te quedas?

—Yo muerta. Y ahora entiendo por qué te salía la carta del diablo.

—¡Por los cuernos que yo tenía encima! Y que le agradeceré eternamente porque me han llevado hasta ti. Pero ¿sabes que ha tenido la osadía de decirme que la interesada eres tú y no ella?

Jana, que de esa mujer se esperaba cualquier cosa, replicó:

—¿Ah sí?

—Dice que en su día me dejaste porque era un mindundi sin más capital que los grillos de mi cabeza, pero como ahora tengo pasta: se te caen las bragas por mí...

—Jajajajajajajaja.

—Si supiera que en realidad mi dinero te importa un bledo y que lo único que te interesa es mi cuerpo...

—¡Y tu cara también! —bromeó Jana—. Aunque cuando éramos adolescentes, tu físico era una de las cosas que más me echaban para atrás de ti. Eras tan guapo que salías siempre en el primer puesto de las listas de buenorros que circulaban por el instituto.

—¿Había listas de eso?

—No eran listas que se colgaran en un corcho, eran cosas que se hablaban. Y le gustabas a todas. Eras como un billete de 50. Nadie te hacía ascos. Y yo lo llevaba fatal. Tenía pánico a que acabaras yéndote con cualquiera. Tu belleza me hacía sentir insegura. Pero ahora te miro y pienso: joder, ¡qué suerte tengo!

—¡Suerte la mía! Y también entiendo por qué me salió la carta de La luna, porque lo que tenía

que aceptar era que nunca he dejado de amarte. De hecho, he vuelto a repetirle a Úrsula que estoy enamorado de ti. Y es que lo asumo encantado, pero tú no te agobies. Ni te sientas presionada tampoco...

A Jana la interpretación de la carta le hizo todo el sentido, pero para nada se sentía presionada ni agobiada porque Rubén le confesara sus sentimientos. Lo que de verdad sentía era pena y frustración por cómo se habían desarrollado las cosas. Si hubiera aparecido en otro momento, todo habría sido tan distinto. No obstante, qué más daba ya... Por eso replicó:

—No me siento así para nada. Y termina de contarme lo de Úrsula, al final qué ha pasado.

—Le he dicho que la que me provoca toda la desconfianza es ella, que es la que me ha engañado y la que quiere volver conmigo porque quedo mejor en el comedor de sus padres en los almuerzos de los domingos. Luego le he deseado que tenga mucha suerte y adiós muy buenas. No quiero saber nada más de ella. Y no solo porque en la vida estaría una tía que me quiere por puro interés, es que estoy enamorado de ti.

Jana pensó que eso de ir sin bragas le estaba dando muchísima suerte.

Y no era que hubiese dudado de los sentimientos de Rubén, pero temía que durante esa charla Úrsula hubiera podido manipularle con cualquier cosa para que volviera con ella.

Menos mal que ya estaba lejos...

Rubén no se merecía a una tía tan cabrona como Úrsula, ni tampoco una como ella que cada vez que le decía que estaba enamorado de ella se quedaba con cara de seta.

No podía poner otra, pues en ese momento de su vida su cara no daba para más.

Así que suspiró, se quedó mirándole con esa cara y replicó:

—Ya.

—Jajajajajaja. Lo dices con una resignación...

—Esta situación me tiene totalmente desconcertada. Si hubieras aparecido en otro momento, viviría esto de la misma manera que tú. Pero como me había hecho la idea de estar sola, como solo esperaba verte en YouTube y tener sueños *hot* contigo, esto me ha pillado totalmente desprevenida. Y estoy pues como me ves... Con esta cara de: por qué a mí, Señor...

—Me encanta esa cara, como todas las tuyas.

—Yo la detesto. Es como de drama barato.

—Más bien de drama moderno.

—Calla, que para dramas los que me he imaginado mientras comíamos. He llegado a pensar que lo que tenía que decirte era que estaba embarazada...

—¡Pero si desde que empezó a liarse con la desdichada petarda no me tocaba ni con un palo!

Jana le miró muy seria y le dijo con total convencimiento:

—Ya, pero se podía haber inseminado con espermatozoides que tuvieras congelados y estar esperando quintillizos...

—En el molino iban a estar de maravilla, desde luego —bromeó divertido.

Jana resopló, apuró su café y le confesó mientras se colocaba bien un tirante:

—Uf. Lo he pasado fatal... Pero la realidad lo supera todo: jamás habría podido imaginar que Úrsula estuviera liada con Mayte.

—Ya ves, tú creyendo que soy un golfo y soy un bendito pringado. Un año y medio poniéndome los cuernos y yo sin coscarme. Pareciéndome todo lo que sucedía de lo más normal...

—No me hables, que algo sé de eso.

Y no dijo nada más, porque de repente se escuchó una carcajada de Greta que se lo estaba pasando genial, al tiempo que aguardaba para ejecutar su venganza.

—Como este tío tarde mucho en aparecer, yo creo que Greta va a acabar liada con Fabio. ¿O son cosas mías?

Jana se giró para mirarlos y Greta estaba con la cabeza apoyada en el hombro de Fabio y llorando de risa:

—Es lo mejor que podría pasar...

—Y a Roque se le ve bien con su pareja...

—No son pareja. Salen, entran, se comen con la mirada, se entienden a la perfección, pero según Roque les separa un océano infinito de obstáculos que harían que, si tuvieran algo serio, todo se fuera a la porra.

—Pues sí que estamos bien. Estamos rodeados de dramas... —masculló Rubén—. ¿Habrá alguien por aquí que sea feliz? Igual ni los novios de la boda lo son...

Jana se encogió de hombros, y cerró los ojos unos instantes. El sol pegaba fuerte, sentía el calor atravesando la fina tela de su vestido. Sobre todo, lo sentía en esas partes de su anatomía que normalmente estaban cubiertas. Era una sensación agradable que se acrecentó cuando cruzó las piernas y sintió una presión justo ahí. Qué descubrimiento... Y no le quedó otra que confesar:

—Pues a mí esto de ir sin bragas y sujetador me está provocando una extraña felicidad. Y permíteme la frivolidad...

Rubén solo tuvo que escuchar aquello para que la sangre se le fuera a esa parte...

—Sí, frivoliza todo lo que quieras, por favor —habló acercando su silla a la de Jana y abriéndose la camisa un par de botones más.

Jana, con un deseo infinito de arrancarle la camisa y devorarlo, replicó:

—Ahora ya sí que estás chulazo total...

—Y todo por tu culpa... Eres una pésima influencia para mí. Solo quiero quitarme toda la ropa y hacértelo otra vez.

Jana sonrió, se apartó el pelo hacia atrás para que no le quedara duda de lo que le estaban pasando a sus pezones y replicó:

—Pues es malísimo eso de quedarse con las ganas...

Rubén se acercó a ella, le mordisqueó el cuello y le susurró al oído:

—Si subimos por las escaleras por donde ha aparecido Úrsula, seguro que encontramos algún lugar donde encerrarnos.

Jana con la sangre ardiéndole entera, se puso de pie y colgándose el bolso, le dijo:

—Mí yo más loco me dice que vayamos. A los otros no pienso escucharlos...

Rubén se levantó, la agarró de la mano y juntos abandonaron el jardín...

Entraron en el vestíbulo, subieron por las escaleras y accedieron a un pasillo larguísimo a cuyos lados había distintas dependencias.

Rubén, tras comprobar que no había cámaras, empezó a intentar abrir alguna puerta; si bien, solo la penúltima del fondo se abrió...

Era un despacho pequeño, con una ventana que daba al jardín, en la que no había más que una mesa y una estantería.

Rubén cerró la puerta con pestillo, luego se acercó hasta ella, la agarró por las caderas y la besó desesperado en la boca.

Jana le devolvió el beso, y así estuvieron hasta que Rubén la empujó contra la pared, y por fin hizo lo que lleva horas deseando.

Le abrió el escote, le acarició los pechos, los mordisqueó y luego le dio la vuelta.

Jana apoyó las manos en la pared, Rubén le separó las piernas, le pidió que echara la pelvis hacia atrás y deslizó una mano hacia el sexo empapado y otra hacia los pechos.

Así comenzó a estimularla, entre caricias y tironcitos, que derritieron hasta tal punto a Jana que le suplicó que se lo hiciera...

Rubén cogió un condón del bolso de Jana, se lo puso y en la misma posición, con Jana de pie con las manos apoyadas en la pared, la agarró por las caderas, la atrajo hacia sí y la penetró desde atrás.

Jana gimió, la sensación era tan intensa como necesitaba y Rubén comenzó a hacérselo...

Al principio, profundo y suave, y cuando ella le pidió más, profundo y salvaje, al tiempo que las caricias en los pezones y en el clítoris se hacían mucho más intensas, más implacables, más certeras.

Tanto que llegó un punto en que aquello se hizo casi insoportable y Rubén solo tuvo que presionarle el sexo con la mano, para que Jana sucumbiera a un orgasmo que él sintió perfectamente.

Más excitado que nunca, se apartó de ella, le dio la vuelta y le devoró la boca.

Luego se quedaron mirándose, y la conexión emocional fue tan brutal, era tal la intimidad, que Jana sintió un vértigo tremendo y Rubén solo pudo musitar:

—Te quiero.

Luego, la agarró por las caderas, la levantó, ella le rodeó el cuerpo con las piernas y él volvió a deslizarse entero dentro de ella.

Jana apoyó la espalda en la pared, inclinó la pelvis y arqueó la espalda para sentirle más profundo todavía.

Rubén gruñó y ella que se moría por devolverle el te quiero, solo pudo farfullar:

—Fóllame.

Si bien, le brillaban tanto los ojos, expresaban tanta emoción, su cuerpo temblaba de tal forma, que a Rubén esa palabra le sonó más a te quiero que a otra cosa.

Y empezó a penetrarla, sin dejar de mirarla, sin dejar de sentirla, sin dejar de decirle con cada beso, con cada penetración, que no pensaba dejar de amarla ni un solo día de su vida.

Y así estuvieron hasta que llegó un punto en que las penetraciones se hicieron más duras, más contundentes y Jana con la fricción volvió a tener un orgasmo brutal...

Y Rubén, ya sí que no pudo más y, tras sentir esos espasmos tan intensos, se corrió también entre gemidos agónicos.

Exhausto, dejó a Jana en el suelo, sin dejar de abrazarla...

Y entonces sucedió que se miraron, y la sensación de fusión fue tan poderosa y tan plena que no hizo falta decir nada más.

Porque esa era la auténtica verdad.

La que estaba más allá de los temores, las dudas y los prejuicios...

## Capítulo 23

Después regresaron con sus amigos y al final acabaron todos en la fiesta de la boda, donde Greta estuvo preguntando a unos y otros sin que nadie supiera decirle.

Pero no pensaba rendirse...

Ya le pillaría, ya...

Pero hasta que ese momento llegara, no pensaba caer en el desánimo ni en la tristeza.

Para nada...

Se plantó en la pista de baile con sus amigos y allí estuvieron matados de la risa hasta que la cerraron de madrugada.

Y aunque hubo mucha coreografía grupal, también hubo baile agarrado que perpetró junto a Fabio.

Y bailaron tan pegados que hubo varios momentos en que estuvo a punto de que se le fuera la cabeza y todo lo demás detrás.

Por eso, cuando a eso de las cinco de la mañana llegaron al molino, donde decidieron pasar la noche, arrastró a Jana hasta el cuarto de baño y le suplicó:

—Ya sé que te estoy pidiendo un favor enorme, pero necesito que duermas conmigo esta noche. No me puedo quedar sola en una habitación, porque la puedo liar y muy gorda, y antes necesito consumir mi venganza.

Jana que estaba agotada de tanto baile y de tanto polvo, porque a eso de las tres de la mañana volvieron a hacerlo en la parte de atrás del jardín, recibió encantada la propuesta:

—El favor me lo haces tú a mí. Porque como lo haga otra vez con Rubén se me va a ir la pinza y voy a acabar diciendo cosas de las que a lo mejor luego me arrepiento.

Greta sonrió de oreja a oreja y le preguntó muerta de la curiosidad:

—¿Cómo que otra vez?

—Tenemos una atracción brutal. Lo hemos hecho un par de veces en la finca, pero ha habido varios momentos en los que ha sido mucho más que un polvo a salto de mata. Más que piel. Ha sido algo demasiado íntimo y fuerte. Y sé que como lo haga otra vez va a pasar igual... Es como si fuéramos dos estrellas que se atraen irremisiblemente, colisionan de forma bestial y se funden creando otra cosa... Y no puede ser... Porque él me dice que me quiere y yo... Yo tengo que pensar... Tengo que pensar mucho antes de volver a hacerlo con él, porque no quiero pifiarla.

Greta la notó tan angustiada que le preguntó a ver si podía ayudarla:

—¿Qué te tienes que pensar? ¿No te fias de él? ¿Sigues pensando que es un cabrón con pintas?

—Qué va. Además, esta noche se ha enterado de que la ex estaba liada con la amiga. Le ha estado poniendo los cuernos durante un año y medio... Así que no... La cosa no va por ahí... Soy yo. Es mi libertad. Es que estoy a gusto sola y no entraba en mis planes enamorarme...

—Ya pero cuando follas, te fusionas y surgen galaxias nuevas. Uf. Lo tienes chungo, chata...

—Por eso, no quiero volver a liarme con él. Me voy a confundir y necesito claridad de

pensamiento.

—A mí me pasa algo parecido... Sé que como me líe con Fabio, se me van a acabar quitando las ganas de vengarme del cerdo. Y no puedo permitirlo... Tengo que vengarme como sea. Ese tío va a recibir su merecido como que llamo Greta López.

—¡Qué pesada estás con la venganza!

—Tengo que hacerlo, de verdad. Además, me viene muy bien porque así evito precipitarme con Fabio. Con esto de la venganza, me está dando tiempo a ir conociéndolo poco a poco, a que el potaje se cueza a fuego lento. Y me está gustando... Ya empecé a encontrarle el gusto con el cerdo, pero ahora con Fabio estoy perfeccionándome en este arte de la no precipitación. Y no veas lo que me cuesta reprimirme: esta noche he estado a punto de besarlo un montón de veces. Y es que cada día que pasa me gusta más. Y me río muchísimo con él. Después de tanta relación fallida creo que al final no hay nada mejor para lidiar con la decepción, que siempre llega, es el sentido del humor. Y él lo tiene... Y una tolerancia a la frustración a prueba de bombas. Y es inteligente, y trabajador, y generoso y lo más importante: buena persona. Y está como un queso... Es tan perfecto para mí que no quiero cometer los errores de siempre. Sexo en la primera cita y apertura en canal en tiempo récord. Me arrebató tanto, me doy tanto, espero tanto que el suflé siempre se me viene abajo. Esta vez no quiero que sea así...

Por eso, las dos amigas acabaron durmiendo en la habitación que daba a la piscina, Rubén se quedó en la principal, Fabio en la del fondo y Roque y Alfredo decidieron instalarse en la casa de invitados, donde siguieron con la fiesta... y los gritos pudieron escucharse hasta en el pueblo de al lado.

Al día siguiente, regresaron a Madrid...

Jana y Rubén viajaron solos en el coche, y estuvieron hablando de todo menos de lo más importante que había pasado ese fin de semana.

Solo cuando llegaron a su destino, Rubén le dijo antes de despedirse:

—Anoche te quedaste a dormir con Greta por algo más que para evitar que ella asaltara el cuarto de Fabio. ¿Me equivoco?

Jana tragó saliva, negó con la cabeza y musitó nerviosa:

—Es que ha sido todo demasiado intenso.

Rubén sabía perfectamente lo que le estaba pasando, así que le dijo para que dejara de agobiarse:

—Voy a estar dos semanas de viaje por el sudeste asiático con un proyecto de monitorización de unas piscifactorías. Ya vamos hablando...

Luego, sonrió, se acercó hasta ella y la besó suave en los labios.

—Vale —susurró Jana, con unas ganas horribles de agarrarlo por el cuello y besarlo bien besado.

Pero no lo hizo...

Como tampoco lo hizo Rubén, que tenía las mismas ganas pero que para no liarla más, prefirió decir:

—Nos vemos a mi vuelta...

Luego salió del coche y antes de meterse en el portal, volvió a decirle adiós con la mano.

Jana suspiró y pensó que lo mejor era que las cosas se quedaran así y que con un poco de suerte y con el paso de los días se acabaría poniendo orden en su cabeza.

De momento, y ya en casa, empezó a echarlo muchísimo de menos y no solo en su cama.

Extrañaba sus miradas, sus caricias, sus ocurrencias, su vitalidad, su fuerza, su coraje, su empuje, sus ganas...

Y a medida que fueron pasando los días su ausencia se le fue haciendo cada vez más grande, más dura, más insoportable.

Y es que Rubén era demasiado. Era tan intenso y tan apasionado que lo llenaba todo, le había regalado el mejor fin de semana que recordaba, los mejores besos, el mejor sexo, el te quiero más sentido que había escuchado en los labios de alguien...

Sin embargo, Rubén no quería hablar de eso...

Rubén le escribía wasaps desde aeropuertos, desde hoteles, le mandaba fotos simpáticas desde Vietnam o desde Camboya, pero nunca hacía referencia a lo que pasó el maravilloso fin de semana en el molino.

Eran mensajes más propios de dos amigos, que de un hombre enamorado.

El único toque romántico de esos días, por llamarlo de alguna manera, fue que por sistema le daba los buenos días y las buenas noches, con un montón de corazones rojos.

Corazones que seguramente también se los pondría a su madre o a su hermana.

Así que tampoco tenían por qué significar nada...

Incluso a medida que fueron pasando los días le dio por pensar que a lo mejor a Rubén ese tiempo le estaba sirviendo para reflexionar y para darse cuenta de que lo había sucedido entre ellos no había sido más que sexo.

Que no estaba interesado en una relación con una mujer en cuya agenda no estaba marcada la opción de enamorarse.

Que ya había tenido bastante con la raspa de Úrsula como para perder el tiempo con una tía que solo quería sexo y amistad.

Y lo entendía.

Lo entendía perfectamente, aunque ella cada día que pasaba lo extrañaba más y más.

Tanto que cuando dos sábados después quedó en el bar de Fabio, todos se percataron de que no dormía demasiado bien últimamente:

—¿Por qué no le dices de una vez a Rubén que no puedes vivir sin él? —le preguntó Roque que estaba sentado en una de las mesas azules del fondo junto a Alfredo.

—Lo mismo te pregunto yo —le dijo Alfredo con guasa.

Roque le miró, lo besó en los labios y le pidió divertido:

—¡Tú calla, Alfi! ¡No enredes!

—Pero es que Alfredo tiene razón. Tú eres el que tienes que abrirte, pues eres correspondido. Pero yo... Uf. ¡Cualquiera sabe! —replicó Jana, lánguida, encogiéndose de hombros.

Greta se revolvió en la silla, mientras no paraba de lanzar miraditas a Fabio y preguntó:

—¿Cómo que no sabes? ¿No te confesó que estaba enamorado? ¿Cómo va a dejar de sentir en dos semanas?

—Si quieres te paso mi teléfono móvil y analizas los mensajes que cada día son más fríos y desabridos. Este se lo ha pensado mejor y ha decidido pasar de mí. Además, *quien hace un cesto hace ciento...* Yo ya se la jugué en una ocasión. ¿Quién le asegura que no se lo voy a hacer otra vez?

Roque batió las manos al aire y sentenció convencido:



—Yo lo único que sé es que si estás montando este dramón es porque le quieres. Si pasaras de él, no perderías ni un instante en contar los corazones que te manda.

—¿Te sigue poniendo corazones? —preguntó Greta, con curiosidad.

—Sí, cada día me pone tres o cuatro más. Pero es porque se le debe ir el dedo.

—¿Qué dices? Lo que no me queda claro ya que me he debido perder algún capítulo es si te has aclarado. ¿Quieres algo serio con él o no?

Roque se echó a reír, miró a su hermana con cara de que no tenía remedio y replicó:

—¿Aclarado? Jajajajajaja. ¡Pero si esta es la gata Flora!

Jana resopló, se echó el flequillo a un lado, se quedó mirando con aire melancólico por la ventana y reconoció:

—Solo sé que le echo tanto de menos que todas las noches me duermo mirando su foto y amanezco así, aferrada al móvil...

—Y ya verás cómo acabas haciéndolo trizas, por tonta —le previno Roque mirándola con cara de que era una pánfila.

—¿Y por qué no se lo dices? Te echo de menos. Son solo cuatro palabras que tampoco te comprometen demasiado —le sugirió Greta.

—Porque ayer hubo un eclipse de luna de fresa y no es aconsejable tomar decisiones importantes, ni empezar nada nuevo.

Aunque sí hizo un ritual y escribió en un papelito un deseo...

Deseo que no pensaba confesar a nadie.

—No es por la luna de fresa, es porque no tiene idea de lo que quiere, porque está cagada y porque es tan ceniza que ahora está convencida de que pasa de ella. Ya ves tú, el pobre hombre que anda por esos caminos de Dios, que las estará pasando canutas para escribirle los wasaps, que lo mismo tiene que estar zafándose de bichos peligrosos, como subiéndose a árboles para pillar señal... Y esta pava pensando que no quiere nada con ella... —aseguró Roque.

Jana miró a su hermano con desdén y le soltó sintiéndose más incomprendida que nunca:

—¡Qué fácil es ver la paja en el ojo ajeno!

Y se lo dijo porque a pesar de que lo suyo con Alfredo iba cada día mejor, porque ya dormía en su casa la mitad de los días y le había reconocido que era el tío por el que más había sentido en su vida, se negaba a admitir que tuviera nada serio con él.

Según Roque el mar de obstáculos seguía entre ellos y de ahí no había quién le sacara.

Hasta que apareció él.

Néstor.

Y es que lo de la viga que le había reprochado Jana le sentó tan mal que prefirió levantarse a por una cerveza antes que decirle cuatro cosas a su hermana.

Cosas como que quién se creía que era ella para sacarle las vergüenzas en público.

Acabáramos.

Eso solo podía hacerlo él...

Y sonrió de solo pensarlo, cuando ya se dirigía a la barra; si bien cuál no fue su sorpresa que un pedazo de tiarrón le devolvió la sonrisa y era él.

Néstor.

El mayor capullo que había conocido en su puñetera vida...

## Capítulo 24

Néstor al ver que Roque se acercaba a él, se enderezó más todavía y le lanzó su mejor mirada de cabronazo cósmico.

Esa que sabía que era irresistible...

Roque estaba seguro de que ese tío no estaba ahí por casualidad, Néstor jamás frecuentaba baretos como el de Fabio, así que para acabar cuanto antes, y ya frente a él, le soltó borde:

—¿Qué demonios vienes buscando?

—Gusi, ¿qué modales son esos? ¿No me dices ni un triste hola?

Roque le fulminó con la mirada y replicó hablando con desprecio:

—Aquí el único gusano que veo eres tú.

Es más, el primer día que le llamó Gusi tenía que haberle mandado a la mierda, pero en su día hasta le pareció gracioso.

Y es que, al principio, ese cabrón era un encanto. Divertido, abierto, lúcido, tolerante, amable y cañonazo: como para no caer en su red. Si bien, dos semanas después, dejó de interpretar el papelón de chico encantador, y empezó a mostrar su verdadero rostro de narciso perverso.

—Jojojojojojo. ¡Qué carácter! Tío, ¿pero no eres tan feliz con el abuelo?

Con esa sola pregunta, Roque supo por qué ese impresentable estaba allí: no soportaba su felicidad. Llevaba desde lo de Ámsterdam subiendo fotos con Alfredo y hacía exactamente media hora que acababa de colgar otra besándole en los morros, con el hashtag #enlagloria y un arcoíris, con la ubicación en el baretito de Fabio.

Y claro le había jodido tantísimo que ahí estaba para amargarle la fiesta. Pero no se lo iba a consentir....

—Soy muy feliz. Y si te pica, te rascas. Lo siento. A pesar de que hiciste de todo para apagar mi luz, no solo no has podido, sino que brilla más que nunca.

Néstor soltó una carcajada, lo miró con desprecio y asco, como si fuera un saco de basura maloliente y replicó:

—Tú siempre tan ridículo y tan cursi. ¿Tú tienes luz? ¿Dónde? ¿En la linterna de tu móvil de juguete? Porque te miro y solo veo a un tío sin carisma, ni talento, ni clase, que tiene un trabajo que no le sirve ni para alquilarse un cuartucho de mala muerte y que ahora se ha pegado a un abuelo con pasta para que le solucione la vida. Sin embargo, tengo malas noticias para ti, Gusi. Porque más pronto que tarde ese madurito se cansará de ti y se buscará otro más joven, más guapo y más capaz, que verdaderamente le satisfaga en la cama.

Después de todo lo que había pasado, a Roque esas palabras solo le provocaron un ataque de risa:

—Jajajajajajajajaja. Pero ¡mira que eres miserable! ¿No tienes nada mejor que hacer un sábado por la noche que venir a tocarme los huevos?

—Ya quisieras tú que te los tocara.

—No. Tú tocar poco. Tú eres más de tumbarte en la cama, mirarte al espejo que tienes puesto en el techo de tu habitación y que te lo hagan todo, porque tú lo mereces, porque tú eres un dios. Pero dime aparte de porque te mueres de envidia de verme, ¿a qué has venido?

Néstor le miró con suficiencia y un mohín de asco y respondió:

—¿De qué puedo tenerte envidia? No tienes dónde caerte muerto, tienes un cuerpo de escombros y te estás tirando a ese Robert Redford decrepito. Por favor... Yo tengo mi empresa, me cuido y me follo a gente de nivel. Solo una vez cometí el error de tirarme a una morralla como tú, porque me diste lástima, te lo entregué todo y más, y tú me lo agradeciste mandándome a tomar viento fresco.

Roque se revolvió el pelo con la mano y, como le veía bastante despistado, creyó conveniente recordarle lo que de verdad había pasado entre ellos:

—Te mandé a tomar viento fresco porque eres un cabrón con pintas, manipulador, caprichoso, egoísta, soberbio y mentiroso que acabó destrozándome.

—Jojojoho. Esto es lo que me quedaba por oír... ¡Yo te destrocé a ti!

—Acabé harto de tus exigencias, de tus desprecios, de tus infidelidades, de que me hicieras sentir como una auténtica mierda, para colocarte en tu puto pedestal. Porque en el fondo, a pesar de tu aparente seguridad en ti mismo, de tu aire de triunfador, por dentro te sientes tan pequeño, tan insignificante, tan poca cosa, que tienes que aplastar a los que tienes a tu lado para llegar a creerte que vales algo.

Néstor apretando con fuerza las mandíbulas, y con la mirada cargada de ira, aseguró:

—No sigas, nene, que no vales ni para juntar dos frases con criterio. Deja los análisis para la gente con cerebro y tú dedícate a moverle el culito a los abuelos y a sacarles la pasta. Que no sirves para más...

A Roque le había costado tanto llegar a estar frente a ese cabrón, manteniéndole la mirada, sintiéndose fuerte y seguro, y escupiéndole toda la verdad, que no quiso marcharse sin decirle:

—¿Sabes lo triste? Que te creí. Tus palabras calaron tan hondo que llegué a pensar que tenías razón. Que yo no valía nada. Me costó mucho tiempo y terapia aceptar que el problema lo tenías tú y no yo. Que necesitabas acabar con mi creatividad, con mi alegría y con mi desparpajo para no sentirte tan despreciable, tan mediocre y tan gris.

—Y la terapia ¿quién la paga? ¿El abuelo? —preguntó con un sarcasmo que a Roque le sentó como una patada en el hígado.

Así que loco por perder de vista para siempre a ese tío, respiró hondo y verbalizó por primera vez lo que no se había atrevido a confesar ni ante sí mismo:

—Se llama Alfredo, estoy enamorado hasta las trancas de él y no es abuelo. Es padre de un chico maravilloso al que adoro y los tres somos una familia. Esa cosa que tú nunca tendrás porque no hay Dios que te aguante...

Néstor se echó a reír, dio un sorbo a su cerveza y exclamó:

—¡No me jodas! ¿Tú? ¿Una familia? ¡Pero no si no puedes mantenerte a ti mismo! Di mejor que te vas a acoplar en la casa del abuelo para vivir a la sopa boba.

A Roque le entraron ganas de cogerle por las solapas de la chaqueta de firma que llevaba, pero como no quería montar un pollo en el bar del bueno de Fabio, optó por seguir con la verdad, que después de todo era lo que más daño iba a hacerle:

—Te equivocas. Me voy a vivir con él porque lo amo. Porque es una persona maravillosa, a la

que tú no le llegas ni a la suela del zapato. Porque lo quiero, le respeto, le cuido, me importa... Y yo a él.

Néstorapuró la cerveza, dejó el vaso sobre de la barra y repuso con un cabreo tremendo:

—Me ha caído por casualidad tu foto de Instagram, estaba cerca de este antro y he decidido pasar a ver si en directo lo vuestro era menos patético. Pero no... ¡Es mucho peor! Dais mucha pena. Así que me voy, que ya he visto bastante.

Roque sonrió, pues las palabras de ese tío le resbalaban por completo y le pidió antes de que se marchara:

—Sí, vete a la mierda y quédate allí. ¡No quiero volver a verte en mi vida!

Luego, le pidió una cerveza a Fabio que le preguntó preocupado:

—¿Todo bien?

—¡Mejor que nunca! Gracias a ese cretino acabo de ver la luz...

—Genial. Yo en cuanto tenga un hueco, estoy con vosotros. Mi hermana acaba de llamarme y tiene unas pistas nuevas...

Roque le dijo que perfecto, aunque a esas alturas estaba convencido de que ese pobre hombre se inventaba las pistas para tener todo el día a Greta metida en su bar.

Y ella encantada, porque le gustaba tanto Fabio que prefería que no se precipitara nada.

—Fabio dice que ahora viene, que la hermana tiene nuevas pistas... —le informó a Greta en cuanto volvió a la mesa.

Todos le miraron expectantes, puesto que no habían perdido ripo de lo que había pasado durante su conversación con Néstor, y Greta le apremió a que contara:

—Vale, pero ¿qué ha pasado con Néstor? Te juro que ha habido un momento en que hemos pensado que os enganchabais.

—No lo he hecho por Fabio. No le voy a montar un espectáculo. Pero me ha venido genial cruzarme con ese.

—¿Ah sí? —preguntó Alfredo, arqueando una ceja.

Roque miró a Alfredo, sonrió, le agarró de la mano y le pidió emocionado:

—Sí, porque gracias a él, he verbalizado por primera vez la verdad que llevo dentro. Y me jode habérsela dicho a él antes que ti. Incluso antes que a mí mismo. Así que perdóname, yo soy así de estúpido.

—¿Perdonarte por qué? —inquirió Alfredo, nervioso de verle tan emocionado.

Roque le miró con los ojos brillantes, respiró hondo y le soltó con el corazón que se le iba a salir del pecho:

—Ha tenido que venir este cabronazo a tocarme las narices, para que reconozca que estoy enamorado hasta la médula de ti, que te amo y que quiero que seamos una familia. ¡Qué coño, yo me siento que lo somos ya los tres! Y estoy tan feliz que el domingo vais a venir a casa, o sea a la de mis padres, a comer arroz con costillas.

Jana que estaba escuchando con los ojos como platos exclamó llevándose las manos a la boca:

—¡Te ha costado arrancar, pero ya vas lanzado y sin frenos!

—Es que este hombre no se merece que yo me frene ni un segundo más. A partir de este momento ¡ya voy todo loco!

—Pero ¿esto va en serio? ¿Me compro vestido para la boda? —preguntó Greta que era de natural precipitada.

—A ver, que tan loco no voy. De momento, quiero que conozca a mis padres. Lo otro ya vendrá después...

Alfredo que no daba crédito, que pensaba que faltaba una eternidad para escuchar esas palabras de la boca de Roque, repuso:

—Yo encantado, pero ¿qué ha pasado con el mar de obstáculos que nos separaban? Obstáculos que a mí siempre me han importado un bledo, pero como a ti te agobiaban tanto...

—Me costaba aceptar que alguien como tú pudiera quererme. Y me aferraba a los putos obstáculos para no reconocer que todavía seguía con la autoestima un tanto maltrecha después de lo que me pasó con Néstor. Algo en mi interior me decía que no me implicara demasiado contigo, porque no soy lo suficientemente bueno, porque no merezco a un tío tan increíble como tú. Tenía ese runrún dentro, atormentándome, pero no quería hacerle caso y prefería centrarme en todo eso que nos separaba. Hasta que he tenido a ese gilipollas enfrente y me he dado cuenta de que mi temor es completamente infundado. Porque me quiero más de lo que pensaba, porque gracias a ti me siento el tío más *sexy* y lúcido del planeta, y sobre todo porque te amo con todas mis fuerzas.

Alfredo que para nada esperaba escuchar esas palabras, se retiró un par de lágrimas que le corrían por el rostro con el dorso de la mano y solo pudo musitar:

—Y yo a ti...

## Capítulo 25

Después de la declaración de Roque, y de que brindaran por ello, Fabio les trasladó las nuevas pistas que acababa de facilitarle la prima de Peláez.

Se trataban de dos direcciones que a lo largo de la semana descubrieron que tampoco suponían un hilo del que empezar a tirar.

Una era la de un piso que alquiló hacía dos años en Torrelodones y la otra la de una empresa de seguros en la que hacía un año que no trabajaba.

Pero ella no iba a rendirse...

Porque con Greta López no se jugaba.

Ese era su mantra.

Y el jueves quedó con Fabio para que le acompañara a tatuárselo en letras chinas en el estudio de tatuajes donde él se había hecho todos los suyos.

Estaba además muy cerca del bar, así que quedó con él allí y juntos se fueron caminando hasta el estudio...

—Creo que cada vez estamos más cerca de encontrarlo —le aseguró Fabio, esa mañana lluviosa de junio.

Greta iba enganchada del brazo de Fabio, bajo un paraguas enorme negro que él había traído, y estaba feliz pisando charcos con sus Hunter amarillas.

—No tengo prisa —canturreó Greta.

—No, ni yo tampoco —replicó Fabio, encantado de pasear con ella bajo la lluvia.

—Eres más mono, Fabio. Te agradezco muchísimo todo lo que estás haciendo por mí y en especial que me acompañes a hacerme el tatuaje.

—Es un placer siempre. Y hoy más todavía. Adoro la lluvia.

Greta le miró con una complicidad total, porque a ella la lluvia la ponía contenta...

—Y yo. Esta mañana me ha dado una alegría enorme despertarme con el sonido de la lluvia.

—A mí también. Y me he puesto doblemente feliz, por la lluvia y por saber que iba a verte —se sinceró Fabio.

—Pues igual que yo. Y me parece precioso que nos estemos diciendo estas cosas bajo la lluvia. Es algo nuevo para mí...

—Para mí también lo es. Es la primera vez que ayudo a alguien a vengarse de uno que estoy deseando que no aparezca.

—Jajajajajajajajaja. ¡Cómo te entiendo! Creo que ya no quiero que aparezca para seguir yendo a tu bar.

—A mí bar puedes venir siempre que quieras.

—Pues iré. Me encanta ir.

—Los días que vienes pasa el tiempo muy deprisa. Pero lo mejor es cuando te acompaño hasta tu casa...

Los últimos días, estaban incorporando esos paseos nocturnos hasta la casa de Greta.

—Y luego, el beso en la mejilla...

—Eso es lo mejor.

Greta sonrió, se mordió los labios y aunque tenía ganas de todo, decidió que lo mejor era ir solo un poco más allá:

—Me gustas desde el primer día que te vi. Te encontré un tío muy atractivo. Morenazo, tan concentrado, tan serio, con esa mirada tan animal...

—La mirada animal me la provocaste tú, rubia explosiva, con tus ojazos, la boca carnosa, las curvas de vértigo y esa manera de caminar como una pantera. ¡Te juro que en ese instante deseé ser todos los lunares del vestido que llevabas! Y pensé que Peláez no podía tener más suerte, hasta que te presentaste en mi bar por segunda vez y ahí ya toda la fortuna fue mía.

Greta se paró, lo miró a los ojos, luego a los labios y musitó diciendo la verdad. Porque es que ya no podía hacer otra cosa:

—Soy una impulsiva y una ansiosa que llevo aguantándome las ganas de besarte desde que te conozco.

—Joder, pues ¡no te cuento yo!

Greta acercó los labios a los de Fabio y susurró casi rozándolos:

—Pero creo que esto es lo mejor que nos podía haber pasado, porque con la cosa de la venganza ya sabemos muchas cosas el uno del otro. Y hoy además he descubierto que te gusta la lluvia como a mí, con lo que ya tenemos bastante recorrido andado.

—Muchísimo... —repuso Fabio.

Greta entonces le besó en los labios, suave y despacio, y luego se apartó:

—Llevo toda la vida cometiendo el mismo error con los tíos. Me lanzo a la piscina, aunque no haya agua, me doy entera y luego descubro que lo que tengo es algo que no quiero. Me precipito y la pifio siempre. Y ya estoy harta. Empecé a hacerlo distinto con Peláez y me salió rana. Pero como no soy de tirar la toalla, decidí que iba a hacerlo mejor contigo. Porque me gustaste muchísimo. Y aunque pareciera que estaba priorizando la venganza a todo lo demás, en realidad lo que estaba haciendo era servirme de la venganza para ir despacio contigo. Y la verdad es que cada día descubro algo nuevo que me fascina, que estoy sintiendo cada día más por ti y que en definitiva creo que esta vez no la estoy cagando demasiado.

—Para nada. Por mi parte, va genial. Estoy loco por ti.

Greta sintió que le daba un vuelco al corazón y preguntó:

—¿Muy loco?

—Absolutamente loco. Me gusta todo lo que veo. Y lo que intuyo también.

—Vaya, pues sí que va bien. ¿Y ahora qué hacemos?

Fabio señaló al portal que tenían al lado y masculló mirándola con un deseo infinito:

—Ese es el portal...

Greta se quedó mirando el portal, donde había un cartelito que indicaba el nombre del estudio de tatuajes y replicó con las piernas temblándole:

—Ah, el portal...

Fabio la cogió de la mano y tirando de ella entraron en el portal que estaba abierto...

—El estudio es en el primer piso —informó Fabio mientras terminaba de cerrar el paraguas.

Greta echó un vistazo a las escaleras y después lo miró...

—Estoy nerviosa —musitó sin dejar de temblar.

—Tranquila, que todo va a salir bien. Mi amigo es un gran profesional.

—No estoy nerviosa por el tatuaje. Es por ti.

—¿Por mí?

Greta volvió a mirarle a los labios, se mordió el labio inferior, y luego desesperada le agarró por el cuello y lo besó en los labios:

—Es que me muero por hacer esto.

Fabio la tomó por la cintura, la pegó contra él y le devolvió el beso, pero esta vez ella entreabrió los labios y el beso fue otro.

Más intenso, más profundo, más húmedo...

Tan excitante que terminaron en un chiscón que había al fondo del vestíbulo, devorándose las bocas y con Greta musitando:

—Yo también soy esta.

—¡Qué maravilla!

—He estado autocontrolándome, pero al final la cabra siempre tira al monte...

—Amo a las cabras —murmuró Fabio, sin dejar de besarla.

—Es que me gustas mucho, me pongo mala cada vez que te veo con esas camisetas casi a reventar, con ese aspecto tan duro, y al mismo eres tan dulce... Eres una mezcla letal de cosas que no puedo resistir. Cuando hablo contigo me das paz, pero solo tengo que mirarte a esa boca que tienes unos instantes para que me entren unas ganas horribles de darte toda la guerra del mundo. Así que dime qué hago...

—Bésame.

Greta le lamió los labios, lo besó hasta quedarse casi sin aliento y luego confesó:

—Quiero que salga bien. Ya sé que nos hemos conocido en unas circunstancias un tanto raras. Pero yo juraría que estoy enamorada de ti...

Fabio no dijo nada, se limitó a caer de rodillas frente a ella, y a enterrar la cabeza en su sexo.

Luego, le levantó el minivestido negro de escote cuadrado, le rompió el tanga y se quedó fascinado al ver el pubis rasurado, que acarició con la yema de los dedos susurrando:

—Quiero tatuarte algo aquí...

Greta temblando de puro deseo, le acarició el pelo y preguntó:

—¿Qué?

Fabio acercó la lengua al sexo de Greta y dibujó una T con la punta:

—Esto es una T —musitó y volvió a escribir con la punta de la lengua otra letra—: Y esto una E...

Y así siguió letra a letra hasta que escribió “Te quiero”.

Greta muerta de la emoción, se arrodilló frente a él y tras besarle le confesó:

—Me parece que no voy a subir a tatuarme nada.

—¿Ah no? —replicó Fabio, con ganas de seguir tatuándole miles de letras por todas partes.

—Me quedo con el tatuaje que acabas de hacerme. Me gusta mucho más...

—A Greta López se la ama... Yo la amo. Y si Greta López quiere, se lo puedo tatuar con letras chinas de saliva cada noche.

Greta suspiró y, con la mirada encendida de deseo, replicó:

—Greta López está flipando... Pero quiere, ¡vaya si quiere!



Después, le rodeó el cuello con las manos y le besó con tanto ímpetu que acabaron en el suelo.

Y ahí siguieron besándose, acariciándose y volviéndose locos, hasta que no pudieron más y Greta le propuso:

—¿No tendrás un condón por ahí? ¿O crees que me estoy precipitando demasiado? Si lo piensas dilo, yo no tengo inconveniente en aplazar esto para otra ocasión.

Fabio sonrió y le dijo mientras se apartaba, se ponía de pie y echaba la mano al bolsillo de atrás de su pantalón:

—Puedo aplazarlo medio minuto, lo que tarde en sacar el condón de la cartera.

Greta se partió de risa, y él ya con el condón en la mano, tiró de su mano para que se levantara:

—Me llegas a decir que lo dejábamos para otro día y me habría dado algo —confesó Greta desabrochándole el pantalón.

—Ya hemos pasado de fase. Ahora ya tocan otras cosas...

—Y menudas cosas —musitó colando la mano por debajo del calzoncillo y apretando la tremenda erección.

Fabio gruñó, abrió el condón y se lo pasó a ella para que se lo pusiera.

Greta lo hizo y, él preso de un deseo incontenible, la agarró por las caderas, la alzó, ella rodeó el cuerpo de Fabio con las piernas, y así cargando con Greta la empujó contra la pared.

—Me muero por hacerlo... —murmuró Fabio.

Después la miró, la besó en la boca y colocó el miembro en la entrada del sexo de Greta.

—Y yo —musitó Greta, al tiempo que movía las caderas lo justo para que él se enterrara entero.

Y los dos gimieron, por la sensación tan electrizante, porque estaban excitadísimos por la situación, por el momento, por las ganas de tantos días reprimidas y porque aquello era más que un polvo una mañana lluviosa en un chiscón de un portal.

Y así comenzaron a hacerlo, dándose todo, diciéndose todo, con besos, con caricias, con penetraciones que poco a poco fueron a más, y más y más...

Hasta que Fabio se corrió entre jadeos agónicos y luego dejó a Greta en el suelo.

Entonces, deseoso de darle el mismo placer, se arrodilló ante ella y volvió a tatuar, con saliva, letras y más letras, hasta que ella también sucumbió a un orgasmo brutal, mientras no paraba de decir:

—Te quiero. Te quiero. Te quiero.

## Capítulo 26

Unos días después, un sábado por la mañana, Jana estaba haciendo una tabla de ejercicios cuando recibió la videollamada de su mellizo:

—¡Necesito que me hagas un favor y tu respuesta solo puede ser sí! ¡Venga dime que sí! — exclamó Roque en cuanto su hermana aceptó la llamada.

—No. Por supuesto que no —replicó sudorosa y jadeante.

—Tía, ¡estabas follando! ¿Está Rubén por ahí? —inquirió Roque con la vista clavada en la pantalla, a ver si le veía por algún lado.

—¡F follando con mallas y camiseta! ¿Tú estás tonto? Y Rubén estará en su casa, supongo. Desde que regresó de su periplo por el sudeste asiático aún no nos hemos visto. Y no sé si nos veremos, porque solo hablamos por WhatsApp y la cosa está cada vez más fría.

Roque negó con la cabeza, convencido de que su melliza exageraba y dramatizaba como siempre, y le preguntó:

—¿Te has echado las cartas?

—No. ¿Para qué?

—Para que veas lo tonta que eres porque acabo de escribirle unos mensajitos y me ha respondido majísimo y amoroso como siempre. De hecho, yo he supuesto que estabais juntos, lo que pasa es que he contactado antes con él porque es más enrollado y menos sieso que tú.

Jana frunció el ceño, pues no se fiaba de su hermano para nada y le preguntó mosqueadísima:

—¿Para qué le has escrito a mis espaldas?

—¿Qué reacción es esa, nena? ¡Qué territorial y dominante! Ni que fuera tuyo y solo tú pudieras escribirle.

—La reacción de alguien que sabe que en cualquier momento me la puedes liar parda.

—Nada. Tranquila. Solo le he pedido que se venga a comer a casa mañana. Y le ha faltado tiempo para decirme que sí. ¡Está ansiosito por estar contigo! —dijo como si tal cosa, mientras comprobaba el estado de su manicura.

Jana a punto de que se le cayera el teléfono móvil de la mano, de los nervios que tenía encima gritó:

—¡Tú estás mal de la cabeza! ¿Cómo se te ocurre?

—Tranquila, chica, que te va a dar algo. Se me ocurre porque no me puedo presentar en casa con mi viudo líquido, como le llamas tú, y unos milhojas. Necesito algo más que amortigüe el impacto y esos sois vosotros. ¡Os necesito! No me podéis dejar solo en esto. Tú sabes lo que me costó contarle a papá mi verdad.

—¡Pero si papá sabía tu verdad desde que tenías tres años!

—Es un hombre chapado a la antigua. Y mamá es más abierta, pero que me presente con un viudo que me saca quince años y su hijo de catorce: puede ser un poco *shock*. A ver que sé que van a estar encantados, porque ellos siempre han querido ser abuelos y yo les traigo un nieto que

es de exposición, y ya crecídito para evitarles achaques de espalda y demás, pero hasta que lo digieran nada mejor para endulzar el plato que la alegría de veros juntos. ¿No te parece?

Jana dio un respingo, cabreadísima, pues su hermano no podía ser ya más manipulador:

—¿Qué? ¿Le has pedido a Rubén que venga a casa para anunciar que estamos juntos? ¡Va a pensar que le estoy acosando! ¡Pero si pasa de mí!

—Anda, anda... No digas chorradas. ¡Le ha faltado tiempo para apuntarse a la comida! ¿Cómo va a pasar de ti?

Jana ya hiperventilado, se sentó en el sofá y abanicándose con la mano preguntó:

—¿Contesta! ¡Maldita sea! ¿Le has dicho que venga en calidad de mi novio?

—¿Cómo se te ocurre? No soy tan liante. Yo respeto, hija. Yo solo le he invitado a que venga a casa el domingo a comer arroz con costillas. Ahora eres tú la que tienes que hacer el resto. Más que nada porque el lunes les conté a los papis que tú y él estáis juntos. ¡Oh, y están felices! Rubén siempre les cayó genial. Y ya están al día de lo fenómeno que es. Le mostré las cosas que hace con sus sensores, vimos sus entrevistas de YouTube y cuando estaban que burbujeaban de felicidad: ¡zas! Les solté mi bomba... ¡Yo también soy feliz! Y les coloqué videos de la clínica podológica que no tiene la pátina de sofisticación y modernidad de una empresa como la de tu Rubén, pero tiene el encanto de lo clásico. Y ya cuando salió mi Alfi, presentándose, mamá se puso muy contenta porque lo ve clavado a Robert Redford en *Memorias de África*. La pobre no hizo alusión a la edad ni nada. Es tan discreta. Y yo aproveché la emoción, para contarles que es viudo, que tiene un hijo que es un primor y que les he invitado a comer el domingo, porque amo a Alfi y voy absolutamente en serio con él.

Jana tapándose la cara con la mano de la desesperación, le reprochó a punto de llorar:

—¿Por qué me tienes que meter en tus movidas? ¡Sabías perfectamente que Rubén y yo estamos distanciados!

—¡Te pone mogollón de corazones por las mañanas y por las noches! Y me ha dicho que sí a comer arroz con costillas. ¿De qué puñetera distancia hablas? Además, lo que tenías que haber hecho es hablar con él cuando regresó de su viaje y dejarte de mensajitos.

—Me podía haber llamado él...

—Pero te recuerdo que tú fuiste la que no quisiste dormir con él la última noche en el molino, tú eres la que estás feliz con tu soledad, la que no quiere enamorarse. Digo yo que tendrías que darle algún tipo de señal, si es que quieres estar con él, obviamente. De momento, el domingo te toca fingir que lo amas locamente, le he dicho a mamá que estáis enamoradísimos. Luego, haz lo que te dé la gana. Pero vamos, tonta serías si dejaras pasar la oportunidad que te pongo en bandeja.

Jana no pudo evitar reírse, en medio de ese drama, porque su hermano era el colmo:

—No, si todavía te tengo que dar las gracias.

—Por supuesto. Te estoy dando el empujón que solo un hermano que te idolatra puede darte. Pero si lo estás deseando, nena. ¡No te hagas la interesante!

—Rubén solo ha dicho sí a comer arroz con costillas. Que tú sabes además que le encantaban.

—¿Y? ¡No te lo voy a dar todo hecho, chica! ¡Cúrratelo un poco tú! Le llamas, le cuentas y ya verás como entra al trapo. ¡Va salir todo genial, ya verás!

Jana resopló, cayó derrotada en el sofá y se lamentó:

—¿Cuándo dejarás de incordiar?

—Por eso quiero que vengas a la comida, para que nuestros padres comparen y digan: lo que

nos quitaron por un sitio, nos lo dieron por otro. Tú eres la perfecta, la normativa, la triunfadora, la que hace siempre lo correcto y yo el que estudia una carrera sin salidas, el que es capaz de inventarse lo que sea para colocar una crema, el que no se va de casa ni con agua caliente, el que es adicto a la bollería industrial, el que confunde el pie de su suegro con un perrillo...

—¿Qué es eso del pie? —preguntó Jana muerta de risa.

—Alfi me presentó a sus padres el otro día, entré al salón y vi una cosita peluda. Me tiré a ella pensando que era un terrier y ¡era mi suegro con unas zapatillas de Chewbacca!

—¿De verdad?

—¡No me hagas recordar! Yo enganchado a su pie y gritando: ¡Y esta cosita tan *pechiocha*!

—Jajajajajaja. Yo no sé qué haríamos sin ti. Eres la alegría de la casa. Y un tío genial... Tocas las pelotas como nadie, pero genial. Y no te compro para nada el cuento del mellizo malo y la melliza buena, porque no es así. Te gusta lo que haces, te gusta vender cremas y hablar con la gente, tus estudios te permiten disfrutar de lo bonito del mundo y ya no vas por ahí buscando la aprobación de cualquiera para sentirte importante. Ahora te aceptas como eres, estás a gusto en tu piel y amas a un tío que es un sol. No se puede pedir más. Y si lo analizas bien: aquí la única disfuncional soy yo.

—Lo de ser una bruja con los pies en la tierra tiene su miga, sí.

—Jajajajajajajajaja.

—Anda, venid a comer con nosotros, por favor. Tu presencia hará que me sienta mejor y más seguro. Además, así estamos todos juntos como la gran familia disfuncional y distópica que somos.

—¿Qué tío más pelma, por Dios! No me extraña que el mes pasado te hicieran otra vez el vendedor del mes.

—¡Y ya van ocho meses consecutivos!

—Cuelga, que ya me ha quedado claro el mensaje.

—Mañana, a las dos y media en punto. Va a ser muy divertido, te lo prometo...

—Sí, como la llamadita que ahora voy a tener que hacer a Rubén...

—¡Bieen!

—¿Todavía no te he dicho para qué le voy a llamar?

—¡Para qué va a ser! Eres mi hermana y sé que, si te pidiera un riñón ahora mismo, me lo darías. Así que esto que es un favorcito de lo más fácil, una comida, ya ves tú: ¿cómo no me vas a dar el gusto? Además, seguro que no tienes nada en la nevera y te estoy apañando el domingo.

—Sí, lo que te digo, que me estás haciendo un favor. ¡Venga, cuelga ya! ¡So plasta!

Jana colgó y decidió que lo mejor era llamar a Rubén en ese mismo instante y no pensarlo demasiado.

Así que marcó su número, con cierto cosquilleo en el estómago, que fue a más a medida que los tonos iban sonando.

Lo que Jana no podía ni imaginar, era que Rubén en su casa al percatarse que quien llamaba era ella por poco no le dio algo.

Porque en su desesperación, y ya que era 13 de junio, le había puesto una vela a una estampa de San Antonio, que encontró en uno de los libros de Don Luis, para que intercediera ante su complicadísima causa.

Y para su más absoluto pasmo, al momento le invitó Roque a comer a casa de los padres de

Jana.

Pero es que al rato ahí estaba ella...

Llamándole.

No daba crédito. Después de dos semanas de intercambiar mensajitos de lo más asépticos, porque no quería quedar como un pelmazo y estaba respetando sus espacios y sus tiempos, la cosa se había puesto tan fría que había empezado a temerse lo peor.

Menos mal que San Antonio le acababa de devolver cierta esperanza, por eso cogió el teléfono con el corazón que se le salía por la boca y exclamó intentando disimular su alegría:

—¡Hola!

Jana respiró aliviada al escuchar que descolgaba el teléfono y replicó yendo directa al grano antes de que se arrepintiera:

—¡Hola! ¿Qué tal? Mira, te llamo por lo de la comida en casa de mis padres mañana. Verás, Roque no te ha contado toda la historia. Mañana va a presentar a su novio y al hijo a mis padres, y según él nos necesita para amortiguar el impacto. Que ya ves tú que impacto, si mis padres van a estar encantados con ellos. Pero el caso es que Roque les ha contado que tú y yo estamos juntos. Las cosas de Roque. Ya sabes...

Rubén agarró la estampita de San Antonio, la besó y, dándole gracias por el milagro, ya que aunque fuera de mentira iban a tener que fingir que estaban juntos, farfulló:

—Sí, sí, lo sé.

—Y dice que nuestra felicidad hará que mis padres digieran mejor lo suyo. Es una chorrada, pero se le ha metido eso en la cabeza. Así que, si vienes mañana a la comida, por seguir con el guion de este petardo, tendrías que fingir que eres mi pareja.

—Ya —musitó haciendo un esfuerzo de contención infinito para que no notara que estaba a punto de gritar de felicidad.

Luego se llevó la estampa al pecho y se juró a sí mismo que en cuanto colgara se iba a La Florida a dar gracias al santo.

Porque aquello solo podía ser un milagro...

Jana en cambio, al notarle tan lánguido, se puso en lo peor y replicó:

—Entiendo que es un fastidio y de verdad que, si no te apetece, no vengas: no tienes ningún compromiso.

Y Rubén, por no quedar como un pelma, respondió para que no se agobiara, ni sintiera que no respetaba sus espacios y sus tiempos:

—No, tranquila, si adoro a tu hermano, por él hago lo que sea, y el arroz con costillas de tu madre sabes que me encanta.

Para Jana esas palabras fueron como un jarro de agua fría, pero lo disimuló lo mejor que pudo y exclamó en un tono cantarín:

—¡Genial!

Y Rubén terminó rematándolo cuando le propuso:

—Nos vemos entonces mañana en casa de tus padres. Quedamos en el portal para subir juntos...

Vamos, que ni se tomaba la molestia de pasar por su casa a recogerla.

Si necesitaba alguna evidencia más de que no quería nada con ella, ahí la tenía.

Y encima justo cuando ella tenía las cosas más claras que nunca.

¿Pero es que lo suyo con Rubén estaba destinado a que nunca saliera bien?

## Capítulo 27

Jana apareció en el portal de la casa de sus padres a las 2. 27 horas, donde Rubén ya estaba esperándola con un ramo de margaritas en la mano.

Obviamente, eran para su madre que le encantaban, como él había recordado.

¡Menuda memoria!

Y ¡qué guapo estaba! Entre el bronceado de sus días recorriendo las piscifactorías asiáticas y sus desgastadas botas Alden, tenía un aspecto de aventurero que era irresistible.

Qué bien le sentaban las camisas blancas y cómo le quedaban los Levi's; aunque a ella ya le debería dar lo mismo porque ese tío estaba ahí por su hermano y el arroz con costillas de su madre.

Con todo, le sonrió como una pánfila al plantarse frente a él y Rubén exclamó intentando mostrar la máxima indiferencia para no agobiarla:

—¡Hola Jana! ¿Cómo estás?

—Bien ¿y tú?

—Bien, bien...

Se dieron dos besos fríos y rápidos en las mejillas, que a Jana no le pudieron poner más triste.

Porque en el mismo portal donde se habían dado besos de película ahora se besaban así...

Como dos extraños.

Pero la vida era esa mierda.

Y no se podía hacer nada.

Y mientras Jana entraba en ese bucle de melancolía y derrotismo, Rubén pensaba que no podía estar ni más guapa ni más *sexy* con el conjunto de dos piezas que llevaba, compuesto por falda a la rodilla plisada a rayas verticales y camiseta de tirantes a juego.

Modelito que se había comprado el día anterior después de pasarse la tarde entera buscándolo.

Porque ¿qué se ponía una cuando todo estaba perdido?

Pues al final un dos piezas, con su punto elegante por si hay que volver a casa con el no definitivo, y *sexy*, por si suena la flauta y hay luz al final del túnel.

Y tras los besos, Jana sacó de un bolsito negro la llave, abrió el portal y le invitó a que pasara.

Rubén sintió una emoción tremenda, que le puso al borde las lágrimas, cuando volvió al portal en el que había sido tan feliz.

Y es que estaba todo igual, las mismas baldosas ajedrezadas y la puerta roja del ascensor cubierta de esmalte satinado para tapar los desconchones.

Ojalá que con lo suyo pasara igual y que pudiera seguir siendo como siempre.

Pero Jana estaba bastante esquiva; de hecho, entraron en el ascensor y se situó en el otro extremo con la vista clavada en el suelo.

Y a él no se le ocurrió nada mejor para romper el hielo que decirle:

—Las botas se han quedado con el uso de un color como los zapatos de Don Pimpón. Me las

he puesto para hacerle un guiño, como vuelvo al barrio después de recorrerme el mundo.

Jana se río, negó con la cabeza y aseguró mientras se echaba el flequillo a un lado:

—Son más bien de Indiana Jones...

Rubén encantado de haberla hecho reír, sonrió como un bobo, y la miró con tal complicidad que los dos sintieron lo mismo.

La misma punzada, la misma certeza, el mismo deseo...

Pero el ascensor llegó a la segunda planta y tuvieron que abandonarlo, para dar paso a la farsa.

—Recuerda que somos una pareja.

Rubén asintió, puesto que la miró y sintió no solo que lo eran, sino que no habían dejado nunca de serlo.

Y sintiéndose el hombre más feliz del mundo, la agarró de la mano...

Jana al notar esa mano fuerte y ancha otra vez sobre la suya se estremeció entera y se lanzó a llamar al timbre, ya que como se quedara unos instantes más ahí no respondía.

Y al momento la madre de Jana abrió la puerta y se quedó maravillada al verlos:

—¡Qué alegría más grande! ¡Qué parejón hacéis! ¡Qué bueno volver a verte, Rubén, y de la mano de mi hija! ¡No concibo mayor felicidad!

—¡Ni yo, Gloria! ¡Qué ilusión que todo vuelva a ser como antes! —exclamó Rubén, muy convincente en su papel, más que nada porque no estaba interpretando nada. Era él en estado puro.

Y entusiasmado y feliz le entregó el ramo de flores...

Jana que no sabía dónde meterse, sintiéndose fatal por mentir a su madre y odiando a su hermano por obligarle a hacer semejante ridículo, pasó al salón donde su padre y demás estaban departiendo entre risas.

Se saludaron y luego Jana arrastró a su hermano hasta su dormitorio donde le recriminó:

—Estoy pasando el mayor bochorno de mi vida por tu culpa...

—¿Bochorno? Pero si se te ve encantada de la manita de Rubén.

—Nos hemos dado la mano justo antes de entrar a casa. Está haciendo el paripé por ti y porque nos tiene cariño. Nada más. Este pasa de mí.

—¿Tú has visto cómo te mira?

—Está bordando el papel, pero es obvio que no quiere nada conmigo.

—¿Has hablado abiertamente del tema? —le preguntó Roque, convencido de que estaba en fase dramática.

—¿Para qué voy a hablar de algo que es evidente? Nos hemos estampado dos besos congelados en las mejillas y hemos subido en el ascensor hablando de don Pimpón. Me dirás...

—Nena, es que el balón está en tu tejado, tú eres la que tenías haberle metido un morreo como Dios manda.

—¡Ojalá fuera tan sencillo!

—Es que lo es. Ahora mismito vete a por él, arrástralo hasta tu cuarto y dile algo así como: “¡déjate de Don Pimpón que yo lo que quiero es pipón!”.

—Tío, tú no puedes hablar en serio...

—Completamente. Y sabes que tengo razón, en el fondo y aunque no lo reconozcas tienes que estar harta de tu vibrador por muy eficiente que sea. Aparte de que tienes al pobre hombre sin saber a qué atenerse...

—¡Déjame tranquila que me estás poniendo muy nerviosa!



—Perdona que el que está presentando a su novio viudo líquido en sociedad soy yo.

—¿Y tú qué tal?

—Alfi estaba tan nervioso que se han plantificado una hora antes. La primera media hora hemos estado hablando de los dedos martillo de mamá. Pero ahora la conversación ya se va abriendo más y yo solo he metido la pata una vez.

—Ay madre... ¡Mejor no saber!

—No, es que me he puesto a elogiar el arte culinario de mi suegro. El otro día nos hizo una ensalada muy buena con productos de su huerta y yo con los nervios he soltado cuando ha salido el tema de la cocina: “¡Mi suegro tiene el pepino bien gordo!”.

Jana soltó una carcajada y repuso porque no podía ser cierto:

—No puede ser...

—Sí, hija sí. Menos mal que mi Alfi no me lo tiene en cuenta. El pobre se parte de risa por amor. ¡Qué suerte tengo!

—Yo sabía que todo iba ir bien, te juro que no sé qué pinto aquí. Porque ni están en *shock*, ni la noticia les ha producido ningún impacto, ni necesitan sales para digerir que eres feliz.

—Pues yo sí sé lo que pintas. Estás aquí para multiplicar por dos la felicidad de tus padres. ¿Te parece poco?

—Me siento como una impostora, esto es tan...

Jana no pudo decir nada más, porque su madre les llamó para que acudieran al salón a hacerse unas fotos:

—Primero una foto del nieto con los abuelos, que por fin hemos hecho realidad nuestro sueño —dijo la madre pasándole el teléfono móvil a Roque.

—Mi madre lleva queriendo ser abuela desde que yo tenía cinco años —les contó Roque, que se puso a disparar fotos sin parar—. Así que ten paciencia, Iván, porque le faltan dos minutos para que te retuerza los carrillos y empiece a contar que antes todo esto era campo.

—Anda, calla y ahora hazme fotos con mis dos yernos cañones, que la abuela tiene que presumir en Instagram.

Gloria se enganchó por un lado al brazo de Rubén y por otro al de Alfredo, mientras que Roque decía:

—Pareces doña Hilariona, con el moreno y el rubio...

—Tú búrlate de mí todo lo que quieras, que me da lo mismo: ¡no quepo en mí de felicidad!

Después de las fotos, almorzaron el famoso arroz con costillas que les encantó a todos, de postre tomaron brochetas de albaricoque y plátano que había preparado Roque y después de recoger, como había salido a colación el tema del dominó, el padre que también era aficionado propuso jugar una partida.

Todo transcurrió con tanta normalidad que parecía que llevaban todos los domingos haciendo lo mismo.

Además, Rubén se estaba tomando tan en serio su papel con Jana que cuando no le cogía de la mano, le pasaba la mano por el hombro o le estampaba un beso en los labios.

Vamos, que parecía su novio de toda la vida...

Y su madre estaba tan encantada, que cuando salió del cuarto del baño y se cruzó con Jana en el pasillo, la empujó hasta su habitación para decirle:

—Cómo me alegro de que al final el tiempo haya puesto todo en su sitio. En su día te dije que te

equivocabas al dejarle. Sin embargo, tú insistías en que era un golfo y que tenía muchos pájaros en la cabeza... ¿Te acuerdas?

—Sí, claro. ¡Menuda plasta soy!

—Siempre sospeché que no le dejaste por eso.

Jana frunció el ceño y preguntó muerta de la curiosidad:

—¿Y por qué le dejé según tú?

—Desde luego no por las razones que argüiste. Porque estando contigo nunca te engañó. A lo mejor su guapura te pudo producir cierta desconfianza o inseguridad, pero no como para dejar la relación. Y lo de que tuviera el sueño de montar su propio negocio tampoco fue una razón de peso. Entiendo que tuvieras cierto resquemor por lo que había sucedido con los negocios de tu padre, pero en casa aprendiste que de todo se sale. Y cuando han venido mal dadas hemos hecho piña y hemos salido adelante.

—Sobre todo eras tú la que trabajabas como una mula.

—Todos arrimabais el hombro. Y lo de tu padre sabes que también fue mala suerte. No tenía por qué sucederle a Rubén lo mismo, como de hecho no le ha pasado. Así que yo creo que si le dejaste fue por otra razón...

—Dime cuál porque no tengo ni idea —dijo Jana con verdadera curiosidad por saber.

—La razón es que tú siempre has sido un poco rarita...

Jana se echó a reír, porque lo que menos se esperaba era que su madre saliera por ahí:

—¿Quieres decir mema?

—No, me refiero a que siempre has sido especial. Diferente. Vamos, que heredaste la vena esotérica de tu abuela y eso te ha hecho sentirte siempre distinta y tal vez incomprendida. Eso hizo que crecieras con ciertas inseguridades, y sobre todo con el miedo a que no te acepten tal cual eres.

—Y por eso según tú dejé a Rubén —musitó Jana al tiempo que le estaban haciendo bastante sentido las palabras de su madre.

Porque era verdad que siempre había tenido la sensación de ser un bicho raro y porque fue toda una sorpresa que Rubén entrara en su universo, que la aceptara, y que la quisiera. Y a lo mejor fue tanta su sorpresa que llegó a asustarse lo suficiente como para inventar unas cuantas excusas para salir corriendo.

—Exacto. De repente apareció alguien que te quería tal y como eres, te entró el pánico y huiste. Pero bueno, eso ya es agua pasada. Lo importante es que tú ya no solo te aceptas a ti misma, sino que aceptas que te quieran. Por eso estoy tan feliz, Jana. Por fin dejaste de huir...

Jana miró a su madre y estuvo a punto de decirle la verdad, que después del mejor fin de semana de su vida, se había despedido de Rubén dejando todo en el aire y que aún no se había atrevido a decirle nada.

Estaba muerta de miedo, temía que él ya se hubiera hartado definitivamente de ella, y que toda la magia que había entre ellos se hubiera esfumado para siempre.

Pero bien pensado solo eran temores... Putos temores. Y ella estaba ya harta de tener miedo, tan agotadita que le dijo a su madre y que fuera lo que tuviera que ser:

—Sí, por fin...

Y volvió al salón, le dio un beso a Rubén con toda la verdad que había en su corazón y él llegó a creer que esta vez a lo mejor todo podía ser diferente...

## Capítulo 28

A las siete de la tarde, cuando acababan de terminar una partida de dominó, Jana recibió un wasap de Rubén que le decía:

*Me tengo que ir. ¿Te vienes conmigo para seguir con el paripé o prefieres quedarte?*

Jana que tenía que hablar con él como fuera, le respondió a toda velocidad:

*Me voy contigo.*

Rubén leyó el mensaje, carraspeó un poco, se puso de pie y comunicó al resto que:

—Me lo estoy pasando genial, pero tenemos que irnos...

Jana se levantó, se colgó el bolso, se pegó a él y dijo:

—Sí, tenemos cosas muy urgentes que hacer.

—Como regar el cactus triste que tienes... —intervino Roque muerto de risa.

—En serio —repuso Jana, mordiéndose los carrillos para no soltar una carcajada.

—En serio —insistió Roque.

Jana decidió ignorar a su mellizo y empezar a dar besos a todos para salir cuanto antes, mientras Rubén daba las gracias:

—Ha sido un placer pasar el domingo con vosotros. Siempre me hacéis sentir como en casa, la comida estaba buenísima y ojalá que pronto podamos repetirlo.

Gloria se enganchó del brazo de Rubén y le dijo al tiempo que le acompañaba hasta la puerta:

—Está es tu casa. Eres uno más de la familia.

Rubén se lo agradeció a la vez que pensaba que ojalá que así fuera, se despidió de ella y llamó al ascensor.

Jana le dio a su madre también las gracias por todo y ella le recordó a su hija por si acaso:

—Ya no eres la chica que sale corriendo...

—Eso parece —murmuró Jana encogiéndose de hombros.

Abrazó a su madre, se metió en el ascensor donde ya estaba esperándola Rubén y cuando la puerta estaba a punto de cerrarse apareció Roque para gritar:

—¡Ábrete! ¡Ábrete bien! ¡Saca toda la chicha que tienes en la nevera!

La puerta se cerró. Jana muerta de la vergüenza miró a Rubén que le preguntó risueño, en tanto que el ascensor descendía:

—¿Ábrete? ¿Y de qué chicha habla?

—Ni idea. No sé quién es ese tío. Pero tengo que decirte una cosa, ¿tendrías un momentito?

—Esta noche vuelo para Chile, tengo que estar en una hora en el aeropuerto. Tenemos unos minutos...

—Con unos minutos tengo bastante para lo que es la idea esencial. Luego, para el desarrollo igual necesito más tiempo. Pero para lo que viene siendo la chicha, me basta con unos minutos —farfulló Jana, bastante nerviosa.

—La chicha —masculló Rubén abriendo la puerta del ascensor y poniéndose nervioso también.

—Sí, lo gordo... Lo más gordo...

Salieron del portal y para sorpresa de Rubén se dirigieron en dirección al parque donde se habían pasado la adolescencia.

—Me llevas al banco de las pipas —habló Rubén, con un nudo en la garganta.

—No lo había pensado, me he puesto a andar, pero sí. Vamos, para allá, Me viene estupendamente para lo que tengo que decirte. Si no tienes inconveniente, claro.

Rubén pensó que como la cosa se pusiera fea, a ver cómo lidiaba con todos los recuerdos que se le iban a echar encima. Si bien, lo que dijo fue:

—No. Ninguno. Qué va...

Y caminaron hasta el banco sin decir nada, porque Jana estaba de los nervios y él ya no sabía a qué atenerse.

Y es que, aunque hacía un rato le había dado un beso de verdad, o al menos él lo había sentido así, el resto del tiempo se había mostrado un tanto distante. Y lo que era mucho peor, en ese justo instante tenía tal cara de pánico que solo podía presagiar lo peor.

—¿Nos sentamos? —le preguntó Jana.

Rubén lo primero que pensó fue que le estaba proponiendo sentarse para que no se cayera al suelo cuando escuchara lo que tenía que decirle.

Pero con todo esbozó una sonrisa, respiró hondo y respondió sentándose:

—Sí, por supuesto.

Jana se sentó a su lado, abrió su bolso y sacó un papelito blanco doblado:

—El otro día hubo una luna de fresa y yo pedí lo que está escrito en este papel.

Jana lo desenvolvió y él replicó cada vez más nervioso:

—¿Pero no hay que guardar el papel con los deseos hasta que se cumplan?

—Sí, pero mi deseo ya se ha cumplido.

Jana, dispuesta a abrirse en canal, le mostró emocionada el papel en el que Rubén pudo leer: “Ser feliz”.

Y se quedó lívido, porque lo primero que se le pasó por la cabeza fue que la única razón por la que estaban sentados en el banco en que se habían besado por primera vez, era para cerrar el círculo.

Porque si el deseo de Jana de ser feliz se había cumplido, era más que evidente que para que lo que le habían servido los días que habían estado separados era para percatarse de que estaba feliz sola, que no necesitaba complicarse la vida y que por eso le había llevado hasta ese banco, para darse el último maldito beso.

Así que ya no le quedó más que confesarle con una pena que no le cabía en el pecho:

—Ayer estaba tan desesperado que le puse una vela a San Antonio. Y sucedió que al momento Roque me llamó, luego tú y hace un rato me has dado un beso que me ha hecho creer por unos instantes que podía producirse el milagro. Pero está visto que lo nuestro no puede ser...

Rubén bajó la vista al suelo y Jana temiéndose lo peor le preguntó:

—¿Por qué dices eso?

Rubén señalando el papel el papel, respondió totalmente convencido:

—Ahí lo pone bien claro. Tu deseo era ser feliz y dices que ya se ha cumplido. Así que yo me quedo fuera de la ecuación...

Jana se revolvió en el asiento, negó con la cabeza y exclamó:

—¡Es justo al revés! Mira, yo estaba muy a gusto sola, pero en estos días me he dado cuenta de que no puedo vivir sin ti. A ver, que vivir vivo, pero contigo es todo mejor. Por eso se ha cumplido mi deseo, porque si estás tú soy feliz, feliz del todo.

Rubén sin dar crédito, le preguntó mirándola a los ojos emocionado:

—¿Entonces no quieres cerrar el círculo?

—¿Qué círculo?

—El círculo para finiquitarme para siempre. Aquí me diste el primer beso y aquí me vas a endilgar el último...

Jana negó con la cabeza y, con el corazón laténdole con fuerza, replicó con la absoluta verdad:

—No. Te he traído aquí para decirte que te quiero y que no pienso cometer el mismo error dos veces.

Rubén resopló porque no se lo creía y habló cogiéndola de la mano:

—Estos días atrás has estado tan fría que yo te juro que he pensado que me ibas a mandar a la mierda otra vez.

—Yo era fría porque tus mensajes también lo eran... —reconoció Jana.

—Porque no quería presionarte, ni agobiarte. Pero no había día ni noche que no te dijera con los tropecientos corazones que te echaba muchísimo de menos, que te quiero con toda mi alma y que te necesito tanto que me duele.

Jana suspiró, sonrió y confesó para que supiera hasta qué punto se había comido la cabeza:

—Pues estaba convencida de que eran los mismos que ponías a tu madre.

—Pues no. No son los mismos. A ver si aprendemos a decodificar corazones, maja.

—Pero es que cómo vería la cosa de chungu que cuando hemos subido en el ascensor y me has dicho lo de Don Pimpón he terminado de convencerme de que pasabas de mí, y que venías al almuerzo por Roque y el arroz con costillas.

—Con tu hermano me parto de risa y el arroz de tu madre es espectacular. Pero ni muerto me hartaré de ti. Tan solo estaba esperando a que me dijeras algo. Yo te dejé claro en el molino qué es lo que siento...

Jana resopló y le recordó, pues ella era la reina de los “pero”:

—Ya, pero estos días podías haber cambiado de opinión...

—No he cambiado de opinión en años, Jana. Te quiero desde siempre.

Jana entrelazó los dedos con los de Rubén y sin pensárselo ni un segundo replicó:

—Joder, y yo. Lo que pasa es que yo no tuve tu valor...

—Lo mío no fue valentía, es que no podía hacer otra cosa más que quererte.

—Yo también te quería, pero tenía demasiados miedos... Mi madre me acaba de decir algo hace un rato que me ha dado mucho que pensar. Según ella, yo no te dejé por las razones que siempre esgrimo...

—Es que no soy tan guapo como para que salieras corriendo —repuso Rubén, risueño.

—Sí que lo eres. Pero tranquilo que lo llevo genial. Y en cuanto a que seas un golfo...

—¿Golfo? —le interrumpió Rubén, porque ese tema le irritaba bastante—. Cuando no he tenido pareja, me he divertido. Pero con pareja siempre he sido fiel. Así que, de golfo no tengo nada. Al revés, he sido un maldito cornudo. Y estoy seguro de que la cornamenta que nos encontramos en el campo, fue una señal de la madre naturaleza para mí. Vamos, más que una señal, su manera de gritarme: ¡Espabila, pringado!

—Jajajajaja. Puede ser...

—Y en lo que respecta a mis pájaros... En el peor de los escenarios habríamos salido adelante... ¿Quién no sale adelante contigo con la magnífica relación que tienes con el dinero?

Jana se encogió de hombros y se dispuso a decirle toda la verdad:

—Magnífica, no sé, pero se me da bien la gestión de activos. Ya verás cómo multiplicamos los tuyos. Pero a lo que voy, que mi madre está convencida de que realmente te dejé porque no podía aceptar que alguien me quisiera. Y tengo que reconocer que a lo mejor no le falta razón. Tú fuiste la primera persona con la que me mostré tal cual soy, hasta te conté lo del gato y los duendes, y no saliste corriendo. Al contrario, siempre me respetaste y nos hicimos tan cómplices...

Rubén asintió y, acariciándole el dorso de la mano con el pulgar, aseguró:

—Te respeté y te admiré. Por eso acudí a ti cuando estaba tan perdido...

—Lo sé. Sin embargo, yo no aceptaba ciertas partes de mí y creo que tal vez por eso decidí alejarme de ti. No entendía por qué podías quererme... Era un bicho rarísimo.

—Joder, ¡pues a mí siempre me has vuelto loco!

—Siempre estabas ahí —recordó Jana, sonriéndole—. Pero yo sentía que no lo merecía. Y tal vez por eso hui... Perdóname.

—No hay nada que perdonar. Estamos aquí y eso lo que importa.

—La pifíe, pero bien pifiada. Sin embargo, esta vez será diferente...

—¿De verdad?

Jana recortó la distancia que había entre ellos, se pegó a él y le confesó:

—Ya me acepto con todo, me quiero lo suficiente como para decirte que te amo y que esta vez no pienso marcharme.

Luego, acercó los labios a los de Rubén y le besó suave en los labios.

—Tu magia funciona. Tanto pedir amor y aquí lo tengo. Porque esto es cierto, ¿verdad?

Jana con los labios pegados a los suyos, asintió con la cabeza y musitó:

—Sí. Muy cierto. Mi madre acaba de recordarme que ya no soy la chica que sale por piernas. Y tiene razón. Estoy aquí y no pienso irme. Aunque tengas que marcharte ya...

—Espero que no sea un inconveniente para ti lo de mis viajes. He estado dándole vueltas a eso también, estos días... He llegado a pensar que a lo mejor no te hacía ninguna gracia tener un novio tan viajero como don Pimpón...

Jana le agarró por el cuello, le besó esta vez más mucho más profundo y más intenso, y musitó:

—Me encanta. Además, tú eres muchísimo más guapo...

—Y a lo mejor alguna vez hasta puedes escaparte conmigo —propuso Rubén con su mirada de diablo.

—Seguro. Me chiflaría conocer al mono aquel de la selva.

—Te lo presento cuando quieras...

Rubén tiró de la mano de Jana, y la cogió por las caderas para que se sentara a horcajas sobre él.

—¿Cuándo vuelves? —le preguntó mordiéndose los labios de deseo y sintiendo la tremenda erección presionando su pubis.

—Vuelvo el 23, el día de mi cumpleaños, siempre hago una fiesta que termina en hoguera. Y lo hago por ti, que me enseñaste a quemar lo malo la noche de San Juan.

Jana le mordisqueó el cuello, apretándose bien contra él y le cuchicheó al oído:

—Se me va a hacer larguísimo hasta tu cumpleaños... No sé si lo soportaré.

Rubén comprobó la hora que era y se le ocurrió algo para que la espera se les hiciera más llevadera:

—Tengo que pasar por casa a recoger la maleta, si quieres vente y...

Jana sonrió de oreja a oreja, se le encendió la mirada y terminó la frase diciendo:

—Le ponemos remedio, sí...

## Capítulo 29

Días después, a las nueve menos cinco de la noche, Jana entraba en el portal de Rubén con una planta enorme de peonías en las manos:

—¡Hola Roberto! Vengo a la fiesta de cumpleaños de Rubén...

Jana saludó al portero amigo y él le sonrió desde su garita encantado de verla otra vez:

—En un rato también subiré. Estoy escribiendo los papelitos con lo malo para luego quemarlo en la hoguera —dijo mostrándole cuatro folios.

—Vaya... ¡Lamento que hayas tenido un año tan malo!

—No solo quemo lo mío, también meto lo de mi gente.

—Ah...

—De aquí a que suba me he escrito diecisiete folios, mínimo.

Roberto dejó los folios sobre la vieja mesa francesa de madera y le pidió con un gesto de la mano que se acercara:

—Y entre las cosas malas que voy a quemar está lo de Rubén. Y te lo cuento como amigo, no como portero. Como portero soy una tumba y no desvelo los secretos de mis vecinos, pero como amigo tienes que saber que Rubén lo ha pasado fatal.

—Cuando lo de Úrsula y tal —supuso Jana.

Roberto negó con la cabeza y, bajando aún más la voz, replicó:

—Contigo lo ha pasado peor todavía. Porque a ti te ama de verdad y el pobre hombre no imaginas cómo se desesperaba. Sobre todo, después del molino... Uf. Fueron días terribles para él, le mataba la incertidumbre, el pobre hombre no sabía ya qué hacer. Estuvo por Vietnam y Camboya sin dar pie con bola, ¿te contó que se cayó de una barca y salió hasta en la prensa local, que otro día trastabilló y por poco no se mata rodando por un barranco, que los mosquitos le pusieron la cara como un pan porque siempre se olvidaba de echarse el repelente o que estuvo un montón de días yéndose por la patilla por zamparse tanta comida exótica debido a la ansiedad que tenía encima?

Y a pesar de todo, cada día se tomaba la molestia de mandarle los corazones, pensó Jana.

—¡Madre mía! No sabía nada —musitó.

—Sí, pero es que la semana siguiente en Madrid fue ya un suplicio para él. Estuvo machacándose en el trabajo y en el gimnasio para no pensar y luego por las noches para liberar tensiones jugaba conmigo al pádel hasta que caía exhausto. Daba una pena verlo... Pero yo siempre le decía que se tranquilizara que todo iba a salir bien. Y es que no soy adivino, pero tantas horas de garita te enseñan a conocer bien a la gente. No tengo más que mirar a los ojos de alguien para saber si es de los que dan por saco o de los que te hacen la vida más fácil. Úrsula era de las que saben hacerte la vida un putito infierno con un solo chasquear de dedos, lo supe desde la primera mirada que crucé con ella. Pero tú no eres así. Yo te miré a los ojos y supe que ibas a hacer feliz a mi amigo.



—Muchas gracias por la confianza.

—Sí, la tienes toda. Por eso, le dije que dejara de agobiarse y que esperara y confiara tranquilo. Y mira, estás aquí. Me alegro tanto... Él te adora.

El portero sonrió, con su sonrisa perfecta, salió de su garita y llamó al ascensor mientras Jana decía con total convicción:

—Y yo a él.

Roberto entonces fijó la vista en la planta que llevaba en las manos y dijo:

—Y las peonías son una elección perfecta, porque es justo lo que le faltaba a su terraza.

Jana sonrió, el ascensor llegó, Roberto le abrió la puerta y se despidieron hasta más tarde.

Jana pulsó el botón del ático, si bien esta vez cuando las puertas del ascensor se cerraron no sintió ese vértigo extraño. Al contrario, sonrió a esa chica feliz que le reflejaba el espejo, a esa a la que le brillaban los ojos muchísimo y a la que su cabello suelto y su vestido verde de popelín, largo hasta los pies, sin mangas y cuello redondo, le conferían un aspecto como de hada.

Y así, con un buen mariposeo en el estómago y convencida de que estaba donde tenía que estar, apareció en el ático y se plantó frente a la puerta de la casa de Rubén.

—¡Hola! ¡Feliz cumpleaños! —exclamó en cuanto este abrió la puerta.

—¡Hola! ¡Muchas gracias! Trae que te ayudo con la planta... —se ofreció por gentileza y porque se moría por besarla.

Jana le tendió la planta mientras le explicaba:

—Es un regalito de cumpleaños. Las peonías traen siempre amor y felicidad...

Rubén agarró la planta con una mano, con la otra la cogió por la cadera y la atrajo hacía así:

—Pues sí, es justo lo que me acaban de traer...

Y la besó en la boca con la desesperación de las ganas que llevaba acumuladas desde la última vez que habían estado juntos.

—Jo, ¡cómo te he echado de menos! —musitó ella con la respiración entrecortada por el pedazo de beso.

—¡Qué largo se me ha hecho! Pero ya estás aquí... Pasa, por favor...

Jana entró en la casa y escuchó un bullicio tremendo que venía de la terraza:

—Está lleno de gente.

—Es un clásico, vienen más por la hoguera que por mi cumpleaños...

—Ah, ¡pues como yo! —exclamó Jana bromeando.

—Mientras vengas, me da igual todo. Y no soy el único que está flotando de felicidad, ¿has visto que Don Luis tiene una cara distinta?

Jana se quedó mirando el retrato del antiguo dueño y la verdad era que parecía un poco menos adusto de lo habitual...

—Joder, sí, parece como si medio sonriera y todo.

—Si te fijas bien, se le ha caído un trozo de pintura de la comisura derecha de la boca, lo que hace que parezca que medio sonríe. Pero vamos, tú y yo sabemos que esto no es azar. Esto es que el tío está que no cabe en sí de gozo de lo que vio el otro día...

—¡Madre mía, qué vergüenza como viera! —replicó Jana entre risas después de recordar el polvo a salvo de mata del último día.

—Vio amor. Y está encantado de que en su casa reine el amor y la pasión. Con su media sonrisa nos está dando la bendición...

—¡Se lo agradezco, don Luis! —aseguró Jana llevándose la mano al pecho.

—Y con la bendición de este buen hombre, ya puedes venirte a vivir a casa sin temor a que su espíritu te sobresalte en mitad de la noche.

—¿No vas un poco deprisa? —preguntó Jana muerta de risa.

—Creo que ya hemos esperado bastante, ¿no te parece?

—Me ha estado contando Roberto, en calidad de amigo, lo mal que lo pasaste días atrás. ¡Hasta te caíste de una barca!

—Uf. ¡Qué bochorno! Si llegas a ver cómo la gente se descojonaba de mí... ¡Salí hasta en los telediarios locales! Estaba fatal, no podía concentrarme, ni pensar en nada que no fuera en ti. Y ya cuando regresé a España, como los días pasaban y no me decías nada: me temí lo peor.

—Yo estaba igual, como te veía tan distante... ¡Menos mal que Roque propició el encuentro!

—Ha llegado hace un rato con Alfredo, me han regalado un queso buenísimo.

Jana pensó que era muy típico de Roque hacer regalos de ese estilo:

—Y no me digas más, ¡te ha dicho que de lo que se come se cría!

—No. Le he dicho que para que se ponga más queso todavía... —habló Roque, que de repente apareció en el vestíbulo.

—Uf. No sé para qué te invoco —le saludó su hermana, estampándole un beso en la mejilla.

—¡Hola nena! Pues porque ahora mismo estaba pensando en ti y en lo mucho que te envidio por vivir en la casa de este tío de bigotes. ¡Qué vistas, qué luz, qué espacioso y qué portero más buenísimo tenéis en la finca! A ver, que yo soy de mi Alfi, pero ojos tengo. ¡Y vaya si ven! ¡Qué tiaco! Es que no os priváis de nada.

—No vivo aquí, Roque. Así que deja de incordiar, guapo —refunfuñó su hermana.

Sin embargo, a Roque le daba igual lo que dijera su hermana, puesto que él sabía mejor que ella lo que le convenía. Por eso, siguió largando:

—Pero se mudará en breve, Rubén. Confía en mí. Y es que hace unos días le entraron hormigas en el dormitorio y eso a nivel espiritual significa que tiene que pirarse de su casa. Que su sitio está en otra parte... Las hormigas suelen anunciar cambios de residencia. Aparte de que el contrato de alquiler le vence en dos meses...

—No inventes, anda —le exigió Jana.

—¿No es cierto que entraron hormigas? —repuso Roque frunciendo el ceño.

—Me refiero a lo de los significados...

—Y si es así, yo encantado. Le acabo de proponer a Jana que se venga a vivir conmigo... —le contó Rubén a Roque.

—Lo vamos viendo. No hay prisa tampoco —replicó Jana, sin darle importancia.

—Ya ves tú, como total este hombre solo lleva esperándote mil años... —ironizó Roque—. Tú no preocupes, Rubén, que las hormigas están a favor de obra y en tres días está aquí.

Y tras decir esto, se despidió de su hermana dándole un beso en la mejilla y sin que le diera tiempo a replicar nada.

—No te enfades con Roque —le dijo Rubén, abrazándola otra vez.

—No, si no me enfado. Y en el fondo tiene razón... Tal vez esté aquí en tres días, pero no porque me hayan empujado las hormigas a las que tengo ya casi controladas, sino porque estoy harta de quedarme dormida aferrada a tu foto del móvil. Qué quieres que te diga, ya puestos a elegir: prefiero dormirme abrazada a ti.

—Es una buena razón. Sí.

—Y luego están las ganas que tengo de compartir mi vida contigo, porque más que nada es que te quiero. Te quiero demasiado. Y esa es otra muy buena razón. ¿No te parece?

Rubén loco de felicidad, replicó con una sonrisa enorme:

—Me temo que por lo que estás diciendo, no te va a quedar otra que venirte. O nos vamos los dos con las hormigas. Lo que tú prefieras...

Jana no pudo replicar nada, porque en ese instante sonó el telefonillo y Rubén se fue a abrir.

Eran Greta y Fabio, que de la mano entraron en el portal, abrieron la puerta del ascensor que estaba en la planta baja, se metieron dentro y, cuál no fue su sorpresa que cuando estaban a punto de pulsar el botón del ático, alguien abrió la puerta.

Y de sopetón, apareció él, que se quedó lívido al ver a la parejita:

—¡Buenas noches, Julio! —le saludó Fabio alzando una mano.

Peláez muerto de la vergüenza, pulsó el botón del segundo piso y dándoles la espalda masculló:

—Buenas...

Y a Greta, que ni en sus mejores fantasías había soñado verse a cara a cara con ese impresentable en un espacio reducido y sin posibilidad de escapatoria, le dio por reír.

Reír y reír a carcajada limpia, más que nada porque ese desgraciado ya le importaba una soberana mierda.

Y sobre todo porque era feliz...

Tanto que agarró a Fabio por el cuello y le comió la boca con ganas.

Peláez sin saber dónde meterse, y mientras la subida del ascensor se le hacía eterna, empezó a sentir que le faltaba el aire.

La atmósfera del ascensor era demasiado pesada y las paredes del cubículo parecían, a cada instante, estrecharse más y más.

Y encima de fondo, los ruiditos de los besos de la pareja que tenía detrás que, tras descojonarse de él en su cara, ahora estaban a punto de ponerse a follar delante de sus narices.

Claro que prefería eso a que esa loca le montara un pollo en su propia casa. Y todo porque decidió irse de su vida sin dar explicaciones...

Cosa que tampoco fue para tanto, pensó.

Lo habían pasado bien, pero él jamás tendría nada serio con una tía como ella que era obvio que no conocía la decencia ni el decoro.

Nada que ver con él...

Por eso se había cuidado, como hacía con todas las tías como ella, de no facilitarle ningún dato personal. La pena había sido que la mala fortuna le hubiera llevado al bareto de Fabio y que ahora esos dos fueran a la fiesta del vecino de arriba. Otro descastado, pensó.

Dios los criaba y ellos se juntaban...

Así que después de todo, había hecho lo correcto.

Sí.

Lo correcto.

No paró de repetírselo una y otra vez, mientras el maldito ascensor ascendía...

No obstante, no se fiaba para nada de esa tía impulsiva y resentida que en cualquier momento podía montar el escándalo padre en su propia casa.

¿Se atrevería a hacerlo? ¿Tendría tan poca clase?

Agobiadísimo, sin que apenas le entrara el aire por la nariz y con una ligera sensación de mareo, apoyó una mano en la pared y cerró los ojos pidiendo clemencia.

Y es que de repente le dio el palpito de que, como el ascensor se quedara atascado entre dos pisos, no iba a contarlo.

Hiperventilando, con un nudo en la garganta terrible y un zumbido en los oídos de lo más desagradable, Peláez se aflojó el nudo de la corbata y empezó a abanicarse con la mano.

Momento en el que Greta, dejó suspendidos los besos, para decirle:

—Gracias, Peláez.

Él que esperaba cualquier cosa menos un agradecimiento, se giró, sudoroso, con taquicardias y unas nauseas horribles, y solo pudo balbucear:

—¿Eh?

Greta se quedó mirándole, alucinada con la cara de susto que tenía y replicó:

—¡Uy, qué mala cara tienes, chico!

—*Efkefeijkok* —farfulló Peláez algo ininteligible, se retiró el sudor de la frente con el dorso de la mano y dio gracias al cielo porque en ese justo instante el ascensor se parara en su planta.

Abrió boqueando la puerta, abandonó el ascensor como si estuviera a punto de arder en llamas y cuando ya se creía a salvo, Greta puso la mano en la puerta para evitar que se cerrara y le habló sin un ápice de resentimiento:

—Te agradezco muchísimo tu espantada de aquella noche, porque gracias a mis ganas infinitas de encontrarte para escupirte lo cerdo y miserable que fuiste, conocí a Fabio y soy absolutamente feliz... ¡Buenas noches, capullo!

Acto seguido, apartó la mano de la puerta para que se cerrara y rompió a reír...

## Capítulo 30

Cuando ya llevaban un buen rato en la fiesta, Greta se quedó a solas con Jana y Roque y les contó lo que le había sucedido con Peláez:

—Tanto buscarlo y vive en el mismo portal que Rubén. De traca. Pero mira, al final Greta López ha podido reírse a mandíbula batiente de ese sinvergüenza. Y el coño te lo tatúa el otro a salivazos... chica, ¡no puedes pedir más! Bueno, sí, tenemos que hablar con Roberto para que nos cotillee cositas de ese golfante y al mismo tiempo se nos recree la vista. Un momento que os lo traigo... —dijo Roque que salió disparado a buscar a Roberto.

—Te advierto que ya no me interesa saber nada más de Peláez. Pero bueno —comentó Greta, divertida.

—Ya, pero como a este le encanta enredar... ¡Qué le vamos a hacer! —musitó Jana, cogiendo un canapé de salmón de la mesa que tenía al lado.

—Tú conocías bien la sed de venganza que tenía, pero ha sido verle: ¡y partirme de risa! Es que no podía parar de reír... Y luego me han entrado unas ganas de besar a Fabio que te mueres. Ahora eso sí, ese no se ha ido sin que le llamara cerdo, miserable y capullo. Más que nada por dejar las cosas claras y llamarle por su nombre, no había en mí un afán de venganza o de revancha. Soy demasiado feliz como para perder el tiempo con bajezas...

—Y yo me alegro un montón de que seas tan feliz —aseguró Jana tras comerse el canapé.

—Como yo me alegro de lo vuestro. Aunque estaba cantando, porque en cuanto follas fusionándote: estás perdida.

—Sin remisión... —afirmó Jana, con una sonrisa enorme.

Y entonces, apareció otra vez Roque enganchado del brazo de Roberto:

—Os traigo a este portento de la naturaleza para que nos revele información del vecino del segundo. Le he contado a grandes rasgos la faena que te hizo y no se ha sorprendido para nada... ¿Verdad, Roberto?

Roberto negó con la cabeza, dio un sorbo a la copa de vino que llevaba en la mano y contó:

—Hablo en calidad de amigo, quiero decir que porque sois amigos de mi amigo, porque como portero siempre cumplo con el secreto profesional.

—Sí, claro, desembucha como amigo... —dijo Roque, instándole a que contara.

—No me ha extrañado que sea un canalla, ya que se lo vi en los ojos la primera vez que nuestras miradas se cruzaron. Llegó a la comunidad hace seis meses, se negó a poner en el nombre en el buzón y me exigió que dijera, si alguna señorita preguntaba por él, que no vive en el edificio.

—Jajajajajajaja. Pues esta señorita le ha llamado por su nombre hace un rato... —habló Greta muerta de risa.

—¿Bajo y le escribo en el buzón “puto cerdo cabrón, para que las señoritas que vengan a buscarle no tengan pérdida? —sugirió Roque, con los ojos chispeantes por la ocurrencia.

—Ponte mejor a escribir lo que vayas a quemar en la hoguera que luego te dan las doce con el

folio el blanco —le aconsejó Jana, que sacó un cuaderno de su bolso, arrancó una hoja y después le pasó un bolígrafo.

—Ah, pues sí. Porque el año pasado se me hizo tardísimo y quemé un folio donde ponía “toda la mierda”, pero este voy a ir más al detalle.

Roberto sacó un fajo de folios del bolsillo de atrás del pantalón y dijo:

—Como yo. Diecinueve folios que van a ir a la hoguera... Pero son los malos rollos de toda mi gente.

Roque se llevó la mano al pecho y replicó aliviado al saber que no era solo lo suyo:

—¡Qué susto me he pegado! Y me ha dado una penita... Un tío con un corazón de oro que no le cabe en su pecho palomo no se merecía tener tanta mierda. Uf. ¡Qué peso me quitas de encima! Bueno, pues me voy a escribir mis cositas... Porque también quiero extenderme con lo bueno, que necesito que se me cumplan muchas cosas con mi Alfi.

La fiesta siguió, Rubén apareció para presentarle a Jana a sus amigos, a sus compañeros del trabajo, a clientes...

Y también estuvieron conversando un buen rato con su familia, a los que Jana ya conocía y que se alegraron mucho de saber que estaban juntos.

Otra vez.

—Cuando Rubén me ha contado que estaba saliendo con alguien, no me ha sorprendido nada que haya pasado tan rápido el duelo porque su relación con Úrsula hace mucho que estaba más muerta que viva. Sin embargo, cuando me ha confesado que la chica eres tú, me he quedado de pasta de boniato. ¡No podía creerlo! —le comentó la madre de Rubén a Jana.

—¡Ni yo me lo creo todavía! —exclamó Rubén, risueño.

—Ni yo tampoco —habló Jana, riéndose.

—A ver si esta vez mi hijo no lía ninguna. Esta tiene que ser la buena —le dijo la madre a Jana.

—¡Pero si yo no he liado nunca ninguna! —refunfuñó Rubén.

—Pues a lo mejor por eso todo se fue al traste. Tan malo es hacer como no hacer—le recordó su madre.

—No, si él no tuvo culpa de nada... —reconoció Jana encogiéndose de hombros—. Fui yo.

—Porque este no lo hizo como debía, pero escarmentó y ya verás qué bien va a ir en esta segunda ocasión —insistió la madre de Rubén.

—No, si ha ido bien siempre —dijo Jana, mirando a Rubén con amor.

—Más le vale, que no me entere yo que no sea así —le advirtió su madre, con guasa.

—Madre, para ya, que Jana va a acabar echándose para atrás —le pidió Rubén, poniendo una mueca graciosa.

—No, tranquilo, que me quedo —intervino Jana.

—¡Qué alegría, Jana! Porque mira la cara de idiota que tiene este desde que está contigo.

—Jana te prometo que esta señora, aunque no lo parezca, es mi madre.

—Digo la pura verdad —repuso la madre—. Eres la única chica por la que mi hijo ha perdido la cabeza. Todavía guarda en un armario de casa cosas de que cuando fuisteis novios: entradas de cine, servilletas donde dibujabais monigotes, tus gomas del pelo...

Antes de que su madre siguiera haciendo el inventario completo, Rubén le recomendó a su madre:

—Mamá, yo creo que el próximo año no deberías perderte las hogueras de Alicante.

—Pues sí, estoy harta de perdérme las por no faltar a tu cumpleaños. Pero bueno, aquí tampoco se está mal. Y este año parece que has acertado algo más con el *catering*, voy a probar eso tan colorido que están sacando por allí... Jana, estoy feliz de que cargues con este fardo. ¡Te adoro, guapa!

La madre de Rubén se marchó volando a por la bandeja de canapés, y ellos siguieron hablando con unos y con otros hasta que llegó la hora en que a Rubén le tocó soplar las velas de su tarta de cumpleaños, y antes de hacerlo pensó un deseo que tenía todo que ver con la chica que estaba a su lado.

La misma chica que después de zamparse la tarta, le llevó de la mano hasta un rincón detrás de unas plantas y le dijo:

—Tengo un regalito para ti.

Rubén sonrió, le miró poniendo cara de tipo sagaz y masculló tendiendo la mano:

—Mi Casio.

—¿Qué? —replicó Jana divertida.

—No me jodas, que yo me había hecho ilusiones con mi peluco Casio.

Jana metió la mano en el bolso y sacó una especie de cajita rectangular envuelta en papel de regalo azul:

—Pues no. Pídetelo para Reyes. Hoy te toca abrir esto... —dijo risueña.

—Lo de Reyes me gusta. Me encanta que te proyectes en el tiempo conmigo, porque te ves pasando las Navidades junto a mí, ¿verdad?

—Sí, claro —respondió Jana, sin dudar—. Y los Carnavales...

—Y ya puestos, deberías enganchar con la Semana Santa...

—Vale.

—Y yo que tú, me pasaba también aquí el verano. Corre un fresquito en agosto en la terraza que es una maravilla...

—Y si vamos a la playa, tampoco estaría mal...

—De acuerdo. Y en otoño te quedas también, más que nada porque tengo una cantidad de plantas que me dan unas flores en esa época que son un espectáculo. Y ya nos vamos de empalmada hasta la Navidad... En aquel árbol del fondo suelo colgar tres kilos de bolas y de luces. Pero ahora que estás tú conmigo pondré esto como una verbena. ¡No imaginas la ilusión que me hace pasar contigo la Navidad!

—Y a mí. Pero de momento tenemos que pasar la noche de San Juan. ¡Venga, abre esto!

Rubén cogió el paquete, se quedó mirándolo fijamente y preguntó con la mirada chispeante:

—Oye, ¿esto no será un anillo de compromiso?

—Jajajajajajajajajaja. ¿En esta caja tan grande?

—No sé. A lo mejor es un anillo y... ¿un par de gemelos?

—¡O una pelota de *ping-pong*! Pues no. No es eso. Es algo para esta noche... ¡Venga abre!

—¿Algo guarrillo? —preguntó con la mirada más chispeante todavía—. ¿Quieres abrir nuevos caminos?

—¡Lo que quiero que abras es el paquete de una vez! —replicó Jana, muerta de risa.

Rubén rasgó de un tirón el papel de la ansiedad que tenía por saber qué era y comprobó que era:

—¡Un cofre de madera! —Luego lo abrió pensando que habría algo dentro y canturreó—: Que

está vacío...

—¿Cómo va a estar? Es para esta noche.

—¿Noche de piratas? ¿Tengo que esconder el cofre y tú...? —preguntó con su mirada de diablo.

—¡Déjate de piratas! El cofre es para el ritual de esta noche... Además de escribir en un papelito lo malo y quemarlo, esta noche tienes que escribir tus deseos en otro, luego introducirlo en el cofre, cubrirlo con hojas de laurel y dejarlo bajo la luz de la luna destapado.

—¿Y cuándo lo cierro?

—Al amanecer lo cierras, lo dejas en la estantería de tu dormitorio, por ejemplo, y durante el resto del año puedes ir consultando el papelito cuando quieras para comprobar qué deseos se han cumplido.

—Y voy tachando, como con la lista de la compra.

—Exacto.

—Miles de gracias, porque tengo unos cuantos deseos que quiero que se cumplan —exclamó encantado, estampándole un beso en los labios.

Jana metió la mano en el bolso y sacó otro cofre idéntico:

—Me he comprado el mismo. Y también me he traído las hojas de laurel, por si tú no tenías...

—Perfecto. Una sola duda, los cofres ¿dónde las ponemos esta noche? Si quieres que la pasemos juntos, claro...

—Quiero, absolutamente quiero.

—¿Con mi fantasma o con las hormigas?

—Mi casa es muy mona. Pequeñita, pero con mucho encanto.

—Me encantaría conocerla. Y si estás muy apegada a ella, nos podemos instalar en tu casa, lo único que tendría que llevarme el cuadro de Don Luis, su biblioteca y las plantas. Soy un chico con ciertos lastres...

—Pues mi casa mide 35 metros cuadrados —musitó Jana encogiéndose de hombros.

—Vaya. Entonces, te va a tocar venirte. ¿Tú te ves viviendo aquí? Quiero decir, un año tras otro...

Jana sonrió, asintió con la cabeza y respondió sin pensarlo:

—Perfectamente.

—¿Y conmigo dentro?

Jana asintió, guardó el cofre en el bolso, le rodeó el cuello con las manos y dijo muy seria:

—Eso tendría que pensarlo un poco más...

—Lo entiendo.

—Ya lo he pensado —dijo Jana con una sonrisa enorme—. ¡Me veo!

—Joder, la chica que ya no huye tiene las cosas clarísimas.

—De momento sí.

Rubén abrió los ojos como platos, dio un respingo y repuso:

—Joder, Jana, ¿de momento? Pásame un papel, que esto tengo que arreglarlo esta noche. Voy a pedir un deseo en cursiva y negrita, que te vas a enterar...

—Jajajajajajajaja. Te estoy vacilando. Te quiero. Te quiero muchísimo...

Rubén suspiró, se revolvió el pelo con la mano y tras mirarla emocionado confesó:

—Y yo... ¿Tú sabes que no habido noche de San Juan que no haya pensado en ti? Y por fin



estás aquí...

Jana le besó en los labios, sonrió y susurró con los labios pegados a los de él:

—Por fin...

## EPÍLOGO

Un año después, Rubén se despertó junto a Jana, en el dormitorio de estilo toscano con vistas al río, en el molino que ya era suyo.

En ese lugar empezó por segunda vez su historia de amor irrepetible y no pudo resistirse a comprarlo...

—¡Buenos días! ¡Feliz cumpleaños! —le felicitó Jana con un ojo abierto y otro cerrado.

Rubén la besó en los labios, mientras estiraba el brazo para coger algo de la mesilla de noche:

—¡Buenos días! ¡Miles de gracias, amor!

—¿Te he dicho que te quiero?

—Unas ochocientas mil veces... Pero puedes repetirlo las veces que quieras...

Y tras decir esto, algo se cayó al suelo y Jana se sobresaltó:

—¿Qué se ha caído?

Rubén se incorporó, se agachó, dejó el cofre de madera sobre la mesilla, desplegó el folio que había guardado un año antes y se tumbó otra vez junto a ella:

—El cofre. Es que quería comprobar cuántas cosas se han cumplido de la lista. Y tengo muchas tachadas...

—¿Cuáles? —preguntó Jana que había vuelto a cerrar los ojos porque estaba muerta de sueño.

—¿Te las puedo decir?

—Claro. Ya se han cumplido...

—Pues he tachado: “Ser feliz con Jana”, “amor infinito con Jana”, “seguir poniendo sensores en todas partes y que Jana lo vea saludable”. Pero me falta tachar una cosa importante y hoy que es mi cumpleaños creo que es un buen día para ponerle remedio.

Jana alzó la cabeza para ver qué ponía y él retiro el papel para que no pudiera leerlo:

—¡No! ¡Todavía no, que no se ha cumplido Espera un momento...

Rubén saltó de la cama, se dirigió al armario, cogió una cajita del bolsillo de una chaqueta azul y volvió otra vez a la cama.

Jana con los ojos entornados, pero cada vez más despierta preguntó:

—¿Qué traes ahí?

Rubén con esa mirada salvaje suya, respondió arqueando una ceja:

—Algo muy mágico.

Jana frunció el ceño, miró la cajita roja y replicó:

—¿Tan mágico como qué?

—Tan mágico como el amor.

Jana se incorporó, cada vez con más curiosidad, y quiso saber sujetándose la cabeza con la mano:

—Y ¿me va a gustar?

—Espero que sí.

Jana se sentó en la cama de un respingo y ya completamente despejada, le exigió:

—¡Déjame ver lo que es!

Rubén se incorporó también, se puso de rodillas frente a ella, dio la vuelta a la caja y Jana comprobó que en la parte superior ponía: Cartier.

—Espera que tengo que hacer antes algo...

Jana estupefacta, le miró casi sin aliento y solo pudo farfullar con el corazón que se le iba a salir del pecho:

—¡Ay Dios!

—Sí, lo siento, pero tengo que hacerlo. Hace un año escribí: “casarme con Jana” y si no te lo he pedido antes es porque no quería agobiarte. Pero vamos, debo deseando hacer esto desde que tenía doce años y practicaba con las anillas de las latas de Coca-Cola.

—¡No puede ser! ¡Y estamos en bolas! —exclamó Jana, llevándose las manos a la cara de la impresión.

—Pues cree, porque es. Y si para ti es importante estar vestida, nos vestimos...

—Deja, que estoy que no puedo más. Sigue... Sigue...

Rubén abrió la caja y apareció un anillo de oro rosa y diamantes de impresión que dejó a Jana fuera de combate.

—No —musitó hiperventilando.

—Sí. Lo siento, pero sí...

Jana se quedó mirándole emocionada y le preguntó porque es que era todo increíble:

—¿Te quieres casar conmigo?

—El anillo es para eso. Pero si quieres que le demos otro uso...

—El anillo es una preciosidad —dijo mirándolo fascinada.

—Sí, el anillo está bien y aunque mi madre diga que soy un fardo, creo que como compañero de viaje a ratos hasta puedo ser divertido.

Jana le miró, se echó el flequillo a un lado y replicó nerviosa y risueña:

—Muy divertido.

—Además, te recuerdo que tus cartas del tarot decían hace un montón de años que lo nuestro era inexorable. Pero como tú te empeñaste en retorcer el destino... Y no es un reproche... Yo solo tuve que estar pensando un montón de años...

—Oye que te recuerdo que también te lo pasaste muy bien...

—Empecé a pasármelo verdaderamente bien el día que me planté en tu despacho por primera vez.

—¡No me lo recuerdes!

—Me puse malísimo, solo con rozarte un dedo...

—Uf. Pues yo... ¡Menuda atracción! Pero estaba convencida de que no podía ser, de que tenías que volver con Úrsula como fuera: y no había manera. Todos los hechizos salían al revés...

—Porque el destino es así. Por mucho que lo tuerzas, por mucho que quieras esquivarlo, lo que está destinado a ser para ti, va a ser para ti, te pongas como te pongas. Y yo soy todo para ti. Pero con esto no quiero condicionarte para que me digas que sí. Es solo una observación...

Jana sonrió, y con los ojos brillantes de emoción, le tendió la mano y le pidió:

—No digas más, que no tienes que convencerme de nada. Y además es irremisible. Así que sí. Y un millón de veces sí. ¡Ponme el anillo!

Rubén le puso el anillo, después se besaron hasta quedarse casi sin aliento y ella le preguntó:  
—¿Te quedan muchas cosas por tachar de la lista de los deseos?

Rubén asintió, pero no pensaba decir que había escrito: “tener hijos y perros con Jana”, hasta que se cumpliera.

—Algo queda sí... Pero que vengan cuando tengan que venir...

\*\*\*

Y vinieron...

Porque diez años después, Rubén intentaba concentrarse en escribir la lista de los deseos de la noche de San Juan, mientras dos niños mellizos y tres perros correteaban a su alrededor.

Y se estaban poniendo tan pesados, que al final escribió una sola palabra: “Amor” y decidió que eso sería lo que iba a meter en el cofre.

A Jana le pareció tan buena idea que se la copió y escribió lo mismo.

—La que liaste cuando te lanzaste a la piscina aquella noche... —le recordó Jana, a gritos, después de que un mastín enorme la tirara al suelo.

Después, se la echaron encima Luis y Juan, los mellizos que pasaban del amor al odio en cuestión de segundos...

Tal vez porque la mayor diversión de Luis era chingar a Juan, o tal vez porque Juan estaba obsesionado con llevar a Luis por el camino correcto.

Vamos, que a Jana esa relación le sonaba bastante... Y por eso estaba feliz de saber que sus hijos siempre se iban a tener el uno para el otro.

Después, Rubén se unió al grupo y replicó para que no lo olvidara:

—La que liaste tú, con tu varita...

—Y no me arrepiento —dijo Jana convencida.

—Ni yo —musitó Rubén, mirándola con su cara de idiota de siempre.

Un poco después, llegaron a la fiesta Roque y Alfi, que llevaban un montón de años casados y que acababan de ser abuelos.

Iván quería ser un padre joven y ellos... unos abuelos *sexies*.

Y quienes tampoco faltaron fueron Greta y Fabio que, aunque eran de no precipitarse, ya tenían cuatro hijos.

Y, como cada año, una vez más, esa noche Rubén sopló las velas de su cumpleaños pensando en Jana...

Después, ambos pudieron quedarse a solas unos instantes y, en la parte de atrás del jardín, junto a un sauce y bajo la luz de las estrellas brillantes, brindaron con champán por la magia que los había llevado hasta allí.

La magia del amor.

La magia del destino.

La magia que siempre iba a estar ahí.

Esa noche y todas las demás.

Porque lo suyo, a pesar de todo, a pesar de todas las adversidades y contratiempos, desde el principio estaba destinado a ser para siempre...